



Ellas... por ellos

LEONARDO CUÉLLAR • IGNACIO RODRÍGUEZ REYNA • FRANCISCO VALDÉS UGALDE •
IGNACIO PADILLA • GABINO CUÉ MONTEAGUDO • MACARIO JIMÉNEZ • JOSÉ
SARUKHÁN KERMEZ • TRINO • IGNACIO LÓPEZ TARSO • NICOLÁS ALVARADO •
JAVIER CORRAL JURADO • ALEJANDRO VALENZUELA DEL RÍO • JUAN GUILLERMO
FIGUEROA PEREA • LUIS H. ÁLVAREZ • RICARDO TRABULSI • RICARDO BUCIO MÚJICA





CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

**Secretaría de
Gobernación**

Alejandro Poiré Romero
SECRETARIO

**Consejo Nacional
para Prevenir la
Discriminación**

Ricardo Antonio Bucio
Mújica
PRESIDENTE

Junta de Gobierno

*Representantes del Poder
Ejecutivo Federal en la
Junta de Gobierno*

Max Alberto Diener Sala
SECRETARÍA DE
GOBERNACIÓN

Carlos Alberto
Treviño Medina
SECRETARÍA DE HACIENDA
Y CRÉDITO PÚBLICO

Pablo Antonio
Kuri Morales
SECRETARÍA DE SALUD

Guillermo Edmundo
Bernal Miranda
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA

Patricia Espinosa Torres
SECRETARÍA DEL TRABAJO
Y PREVISIÓN SOCIAL

*Representantes designados
por la Asamblea Consultiva*

Roy Campos Esquerria
Katia D'Artigues
Beauregard

Rogelio Alberto
Gómez-Hermosillo Marín
Mauricio Merino Huerta
Francisco Javier
Rangel González

Instituciones invitadas

María del Rocío
García Gaytán
INSTITUTO NACIONAL
DE LAS MUJERES

Miguel Ángel
Carreón Sánchez
INSTITUTO MEXICANO
DE LA JUVENTUD

Xavier Antonio
Abreu Sierra
COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO DE
LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Alejandro Lucas
Orozco Rubio
INSTITUTO NACIONAL
DE LAS PERSONAS
ADULTAS MAYORES

José Antonio Izazola Licea
CENTRO NACIONAL PARA
LA PREVENCIÓN Y EL
CONTROL DEL VIH / SIDA

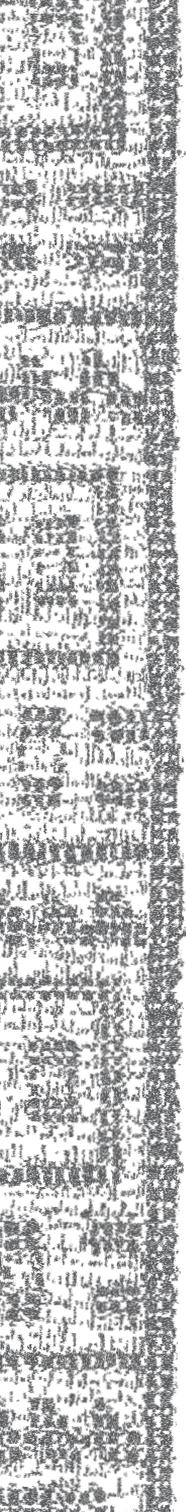
María Cecilia Landerreche
Gómez-Morín
SISTEMA NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
INTEGRAL DE LA FAMILIA

Rodrigo Quevedo Daher
José Antonio Silva
Peñuñuri
SECRETARÍA DE LA
FUNCIÓN PÚBLICA

Asamblea Consultiva

Mauricio Merino Huerta
PRESIDENTE

Karina Ansolabehere Sesti
Judit Ester Bokser
Misses de Liwerant
Roy Campos Esquerria
Miguel Carbonell Sánchez
Katia D'Artigues
Beauregard
Rossana Fuentes-
Berain Villenave
Rogelio Alberto Gómez-
Hermosillo Marín
Epigmenio Carlos
Ibarra Almada
Clara Jusidman Rapoport
Rebeca Montemayor
López
Adriana Ortiz Ortega
José Antonio Peña Merino
Luis Perelman Javnozov
Juan Martín Pérez García
Francisco Javier
Rangel González
Ricardo Raphael
de la Madrid
Martha Sánchez Néstor
Regina Tamés Noriega
Fabienne Venet Rebillé



Ellas... por ellos

Coordinación general de la colección: Yoloxóchitl Casas Chousal
Redacción e investigación: Norma Inés Rivera y Lucrecia Maldonado
Coordinación editorial: Carlos Sánchez Gutiérrez
Cuidado editorial: Leonardo Castillo
Diseño: Paula Montenegro
Formación: Ana González Chávez
Fotografía: Miguel Oaxaca
Las fotografías de Gabino Cué Monteagudo son cortesía del autor

Primera edición: julio de 2012

© 2012. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo,
11590, México, D. F.
www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-50-3 (Colección)
ISBN: 978-607-7514-60-2 (Ellas... por ellos)

Se permite la reproducción total o parcial
del material incluido en esta obra, previa
autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

- Presentación, 7
Yoloxóchitl Casas Chousal
- Las únicas que pueden reconstruir
este país son las mujeres, 17
Leonardo Cuéllar
- Un día sin mexicanas, 27
Ignacio Rodríguez Reyna
- Una mirada al lado femenino, 35
Francisco Valdés Ugalde
- La ya vista, 43
Ignacio Padilla
- Equidad de género: carta de ruta
en el desarrollo de Oaxaca, 49
Gabino Cué Monteagudo
- Un atavío con alma, 57
Macario Jiménez
- Vivir socialmente hemipléjicos, 65
José Sarukhán Kermez
- Trino, 75

Mujeres a escena , 79

Ignacio López Tarso

¡Oh, diosas!, 89

Nicolás Alvarado

Juanas, Gaviotas, Eufrosinas y sin nombre.

Una visión personal de la situación

de las mujeres en México, 101

Javier Corral Jurado

Mujeres y sistema financiero en México, 115

Alejandro Valenzuela del Río

¿Son o tratan de ser...?

(Re)cuento en diez tiempos, 129

Juan Guillermo Figueroa Perea

La fuerza del civismo femenino, 139

Luis H. Álvarez

La tiranía de los tacones, 149

Ricardo Trabulsi

Reeducar al macho de clóset, 157

Ricardo Bucio Mújica

Presentación

Yoloxóchitl Casas Chousal

Pobre hombre. Pobre mundo, si no se apresta a contar con la fuerza, acrisolada y nueva, de la mujer. Quizá de ella nazca la esperanza que necesitamos. Ojalá. Sería algo más que justicia poética. Es, simplemente, necesidad.

José Saramago, *Ellas. Catorce hombres dan la cara*

Un factor común ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad: la conquista del poder. En un mundo creado por y para el hombre, mostrar la supremacía se ha convertido en un *leitmotiv* para exterminar todo aquello que no se acerque al imaginario creado bajo criterios de falsa perfección. En ese ambiente de hipotética superioridad, se han gestado muchos de los males que hoy aquejan a las sociedades: la discriminación, el odio, la violencia, la intolerancia, la desigualdad y la inequidad; dolencias sociales cuyos estragos padecen quienes divergen en educación, en posición social, en color de piel o lugar de nacimiento, en credo, en idioma y hasta en sexo o preferencia sexual.

La búsqueda irrefutable de la paz y la libertad tiene claros antecedentes modernos en la *Declaración de los derechos del hombre*, producto de la Francia revolucionaria, sin embargo, también es cierto que en ella, la igualdad pregonada en aquel siglo XVIII dejó de lado a la mitad de la población del mundo: las mujeres. Relegadas al mundo de lo privado, los hombres no hicieron más que fragmentar su universo, en detrimento –sin tener consciencia de ello– de su libertad y desarrollo. No obstante, las mujeres, indómitas y osadas, no han cesado en su lucha por hacer de éste un mundo respetuoso, pacífico, equitativo, digno e igualitario; en muchos de los valientes ejemplos históricos, incluso a costa de su propia vida.

La equidad de género es un asunto que nos involucra a todas y todos, pues los efectos de las relaciones de desigualdad, que inciden en la sana evolución de las mujeres, alcanzan también a los hombres, cuya masculinidad, construida bajo los cánones de una cultura patriarcal, les ha vetado el acceso a las emociones y el goce de placeres asignados en exclusiva al mundo de lo privado, al femenino.

Aventurarse a explorar los espacios desconocidos no es sólo una curiosidad mundana, sino una necesidad vital de conocer y comprender lo diferente en aras de construir sociedades más incluyentes, donde lo heterogéneo sea lo natural. Como una aportación a ese movimiento que lucha por la equidad de género, el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación ha convocado a una pléyade de voces masculinas para que incursionen en el mundo femenino con este libro inspirado en la edición española *Ellas. Catorce hombres dan la cara*,¹ con el que se busca identificar, a partir de la visión masculina de personalidades que influyen en la sociedad mexicana con sus opiniones y participación pública, los puntos de inflexión que obstaculizan o favorecen el pleno desarrollo de las mujeres y su acceso a una vida libre de violencia.

Dieciséis hombres aceptaron el reto emocional, intelectual y profesional de aportar su visión de Ellas –nombradas así, genéricamente, sin más calificativos–, con la única premisa de escribir a partir de aquello que despierte en su imaginario masculino el simple hecho de pronunciar ese vocablo.

Ofrecer el punto de vista y las propuestas de estos hombres, con el fin de que la sociedad actual asimile, de una vez por todas, que no hay lugar para ninguna clase de discriminación sexual ni de género, permite

¹ Vid. José Saramago et. al., *Ellas. Catorce hombres dan la cara*. Coord. de Tomás Fernández García. Pról. de Enriqueta Chicano. Barcelona, Crítica, 2001. (Ares y Mares)

al Conapred cumplir con su tarea de buscar mecanismos que promuevan la igualdad social y dejar en claro que es una labor en la que todos y todas debemos participar, pues a pesar de lo mucho que se ha avanzado en el camino de compartir el poder y las responsabilidades, a la mayoría todavía le resulta inconcebible apoyar estos esfuerzos.

Ellas son aquí mujeres de carne y hueso, actrices, modelos, futbolistas, vendedoras, activistas, amantes y políticas, musas y ejemplos de vida, mundos interpretados desde lo que se sabe y lo que se intuye, acciones y pasiones estocadas indefectiblemente por la inspección masculina, la visión de género, el machismo y la misoginia, miradas injustas que revelan, también, el mundo de Ellos.

Hallaremos en estas páginas el acercamiento al mundo opuesto, del que todo se infiere, donde los silencios significan tanto como las palabras, donde se mezclan el sexo y el deseo, el miedo al compromiso y la responsabilidad de hacer pareja, la duda ante la infidelidad y la certeza de la exclusividad. El filósofo Juan Guillermo Figueroa nos hunde en un mar de preguntas sin respuesta, de conjeturas que revelan lo complejo de las relaciones humanas, existenciales y amorosas, entre mujeres y hombres.

Son mundos donde nada es nuevo, todo está visto, y no por ello dejan de angustiar y sorprender. Ignacio Padilla, escritor perteneciente a la generación de Mafalda y al grupo literario del Crack, nos lleva a la espiral *déjà vu* de una vendedora de cosméticos, a su vida concéntrica, atrapada en un renacer diario que siempre la devuelve a una vida introspectiva que dista de las que reinventa Macario Jiménez, diseñador de modas mexicano con reconocimiento internacional, quien es capaz de interpretar los sueños de ellas para crear sus exclusivas colecciones, disfraces con los que se sumergen en la libertad de una noche de ficción, sin que por ello se trastoque la realidad que viven como madres de familia, profesionistas, mujeres emprendedoras, jefas del hogar, todas dedicadas y proactivas.

Muy distinta es la visión de un hombre que todo lo ve a través de su lente: Ricardo Trabulsi, fotógrafo, retratista de políticos y celebridades, acostumbrado a mirar las transformaciones del maquillaje, las dietas y las cirugías que, acusa, son obra de los estereotipos que los medios construyen y que, inevitablemente, imitan las mujeres. Lanza una crítica feroz a la producción de imágenes estilizadas y conductas de sumisión para ser “aceptada y querida”, perversidades del sistema de consumo que padecen sobre todo las mujeres –pero no sólo ellas– y hace un llamado a cumplir el imperioso requisito de reforzar la autoestima y la convicción para dejar de sustentar “lo que nos hace mejores” en la apariencia.

Francisco Valdés Ugalde advierte que, además de requerirse más mujeres en la tarea del cambio de paradigmas, hace mucha más falta convencer a más hombres de que la vida es mejor si las mujeres dejan de desempeñar papeles de subordinación, de estar oprimidas y de ser vulneradas. Además de ser director general de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México, este investigador y profesor ha observado y aquilata las aportaciones de sus estudiantes femeninas al mundo masculino, visiones que, además de sensibles e ingeniosas, “son capaces de encontrar (en los temas de estudio) giros y registros que sorprenden”.

Si bien el siglo xx estuvo marcado por la liberación femenina, el xxi requiere una mayor contribución de las mujeres a las ciencias y las artes para “consolidar esa revolución”, advierte Valdés, sentencia que confirma José Sarukhán al reconocer que son ellas las que distan todavía de poseer el mismo grado de autonomía personal y control de los medios de producción que los hombres. Este desequilibrio, que afecta no sólo a las mujeres, sino a la humanidad en su conjunto, habrá de ser subsanado con acciones que compensen la “severa reducción de la participación del género femenino”, tanto en lo educativo, como en lo laboral y en el ámbito familiar, donde los hombres deben estar incluidos, detalla el ex rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

De la lucha de las mujeres por su derecho a participar en condiciones de igualdad en todos los ámbitos, versa también el texto del gobernador de Oaxaca, Gabino Cué Monteagudo, quien reconoce que ésta ha sido provechosa “también para nosotros los hombres”, porque estimula la construcción de nuevas actitudes que derivan en una sociedad más igualitaria. Para ello, como jefe de Estado que es, no subestima la importancia de generar cambios en “la cultura patriarcal, violenta y discriminatoria” con políticas públicas que incidan, desde lo personal hasta lo público, en el avance hacia una cultura de la igualdad.

Ejemplo tangible de voluntad política y acciones afirmativas es el que comparte Alejandro Valenzuela del Río, director general de Banorte, institución financiera en la que se han fomentado políticas bancarias con perspectiva de género en favor de funcionarias y cuentahabientes, con el fin de impulsar su desarrollo y empoderamiento. A sabiendas de que la especialización profesional no debe ser ya un obstáculo para que las mujeres accedan a puestos gerenciales y de liderazgo en ese sector, reconoce que aún hay condiciones que las relegan, aunque el avance de la última década muestra tendencias positivas.

Si la economía ha sido un espacio tradicionalmente masculino, mucho más lo ha sido el fútbol. Leonardo Cuéllar, ex jugador de los Pumas y ex seleccionado nacional, comparte la lucha y el audaz trabajo de las mujeres por incursionar en este deporte de pelotas y patadas. El relato que nos regala el actual director técnico de la Selección Mexicana Femenil de Fútbol, considerado por la FIFA como uno de los diez mejores entrenadores a nivel mundial, ofrece no sólo la historia que desde 1892 empezó a labrarse con la incursión de feministas escocesas, sino también la que él ha forjado durante décadas para que las jóvenes futbolistas pudieran acceder a las mismas canchas donde entrenan los grandes del balompié masculino y su desempeño fuera reconocido por las instancias nacionales e internacionales.

Reconocer el trabajo de mujeres osadas en ámbitos adversos es un tema que aborda también el primer actor Ignacio López Tarso. Actrices, empresarias y pioneras del escenario, Virginia Fábregas, María Tereza Montoya y Clementina Otero desafiaron las buenas costumbres, por lo que fueron rechazadas socialmente, pero admiradas por el público masculino. El multifacético histrión hace un homenaje público a estas mujeres que sufrieron discriminación social y laboral, a las que la dualidad del repudio y el aplauso las hizo fuertes y admiradas, que han sido fuente de inspiración para muchas más quienes, en nuestros días, siguen sus pasos abriendo caminos, desde sus propios tablados, hacia una sociedad igualitaria.

La transgresión de los cánones sociales y culturales de un sistema patriarcal no se circunscribe sólo a los ámbitos financieros, culturales o deportivos. La lucha por los derechos ciudadanos se ha dado también en las calles y ha llevado al cadalso a más de una activista. En México, el reconocimiento de los derechos políticos de las mujeres fue realidad hasta octubre de 1953 y Luis H. Álvarez, político de pura cepa, ha sido testigo de ese momento y muchos más protagonizados por mujeres arrojadas quienes, sin arredrarse ante la violencia o las armas, defendieron los valores más encomiables de la democracia ante fraudes electorales, la discriminación racial y la marginación. De su pluma emergen tanto el ejemplo de las ciudadanas chihuahuenses que tomaron el edificio estatal electoral en protesta contra un fraude, sosteniéndose ante la desventaja, la vigilancia, el insulto y las amenazas durante cuatro días hasta lograr su cometido; como el de las indígenas zapatistas, mujeres pobres y marginadas que elevaron la voz de sus congéneres y etnias para demandar el reconocimiento y respeto plenos a su derecho a una vida digna.

La política es un escenario al que las mujeres llegaron tarde. Ahí, han tenido que aprender códigos y señales masculinas con las que muchas se han mimetizado, como lo refiere Ignacio Rodríguez Reyna, director

de la revista Emeeqis y periodista irredento que abunda con ejemplos de discriminación en la información que se les ofrece como lectoras, enclaustrándolas en los ámbitos de la moda, la belleza y la cocina, desconociendo que participan en espacios de la ciencia, la educación, la tecnología, el activismo social y hasta la política, ahí donde la crítica más severa radica en aquellas que “‘prestaron’ su condición de género” a sus partidos para renunciar en favor de los suplentes masculinos.

De este fenómeno, conocido como “las juanitas”, da cuenta también Javier Corral, actual senador electo por su natal Chihuahua, el cual le duele y reprueba, y contra el que propuso, como diputado de la LXI Legislatura, la reforma al artículo 219 del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales para estipular que las y los candidatos propietarios y suplentes han de ser del mismo género. Pero Corral va más allá y analiza el uso de las mujeres con fines electorales, la violencia y el femicidio, la misoginia en los sistemas de usos y costumbres que relegan a las mujeres de la política, los claroscuros en los que ellas siguen luchando por una participación paritaria y sin discriminación.

Los textos aquí compilados tienen un eje que los articula: la necesidad de reflexionar sobre cómo ser hombres –nacidos y criados en un mundo de hombres, diseñado por los hombres para los hombres–, para poder hallar nuevas formas, más justas, de convivir con las mujeres. Sin excepción, todos los autores se han visto obligados a evocar sus vivencias con ellas, ya sean madres, esposas, amantes, hermanas, hijas o simplemente colaboradoras, jefas o subordinadas, discípulas o condiscípulas, adversarias o aliadas. Así se retrata Trino, hombre creativo de la tinta y el humor que reconoce no poder ser lo que es sin reinas, sin cajeras, pero mucho menos sin madre ni esposa. Sin ellas, mundo del monero sería un halo de oscuridad.

Ricardo Bucio y Nicolás Alvarado trascienden los prejuicios y se definen como machos o misóginos en franca recuperación. Desnudan su cora-

zón y su intelecto, cuestionan su estructura confiada, sustentada en el hecho de ser varones, para acercarse a ese mundo femenino, admirado a veces, insospechado otras; desconocido para muchos que lo hacen ajeno e invisible.

Criado en un mundo de mujeres fuertes, solidarias, sabias e intrépidas, Nicolás Alvarado desvela en un texto íntimo y confesional su inclinación deífica por ellas; pero su ciega adoración, nos dice, no entraña más que el ocultamiento de una sutil aversión al sexo opuesto. Envuelto en una falaz veneración, el escritor y conductor de programas literarios, desentraña sus intrínquilis para finalmente admitir que es un “satán vestido de satín” y admitir que, al “abjurar de las certezas y de lo definitivo”, la vida es mucho mejor con una mujer a su lado.

Transitar del paternalismo al reconocimiento del machismo patriarcal no ha sido sencillo para Ricardo Bucio Mújica, presidente del Conapred. Formado en un mundo bifurcado entre lo masculino y lo femenino, ha tenido que impregnar con significados distintos sus relaciones con las Otras y reaprender la desigualdad de los impactos de la discriminación en las vidas personales, sociales, culturales, económicas, políticas de las mujeres. Se sabe rebasado y se reconoce incompleto al aceptar que su visión “de privilegiado varón” lo cercena como ser humano. Feminista confeso, sabe que la lucha desde lo público es viable, pero la que duele y lacera es la que se genera en su interior donde, sin embargo, hoy se siente “más libre, con menos miedo”.

Ellas... por ellos es la oportunidad de mirar el imaginario de los Otros. Es atreverse a correr la cortina y aprender de la desnudez de las almas y conciencias masculinas. Es abrazar la frescura de un despertar de los hombres a una nueva era de comprensión y tolerancia, de respeto a lo diferente, de inclusión e integralidad. Valorar lo aquí expuesto por Ellos será para Ellas, definitivamente, un aliento para seguir construyendo una sociedad en igualdad, sin discriminación ni violencia.



LEONARDO CUÉLLAR. Por su prominente y característica melena, sus pantalones acampanados, zapatos de plataforma y playeras de vivos colores, representó a toda una generación rebelde en los años setentas del siglo pasado.

Figura icónica de los Pumas de la Universidad Nacional Autónoma de México, jugó siete años allí usando la camiseta número 10. Luego migró a Estados Unidos para alternar con Pelé, Cruyff y Beckenbauer en el San Diego Sockers, donde no perdió su tono estrafalario, pues algunos fanáticos del soccer norteamericano de los ochentas lo recuerdan como *El León de la Metro*, por su parecido con el felino de la casa productora de filmes.

Nació en el Distrito Federal en 1954 y desde 1988 es responsable de la selección mexicana de fútbol femenino, a quienes debe haber sido considerado como uno de los diez mejores entrenadores del mundo, según la FIFA.

En California completó estudios en psicología y trabajó catorce años entre la Universidad Internacional de San Diego, la Universidad Estatal de California y el club de soccer Flyers, donde dirigió equipos juveniles de las ramas femenino y varonil.

Es un enamorado de la vida, de los deportes, de la música y de su esposa Tammy, quien nada sabía del balompié. En su casa llegó a albergar diez perros afganos, un chow-chow, un gato siamés y una leona.

Las únicas que pueden reconstruir este país son las mujeres

Leonardo Cuéllar

Inglaterra no es sólo la cuna del fútbol como lo conocemos hoy y cuyos orígenes se remontan varios siglos atrás. También fue en el Reino Unido donde empezó a tejerse la historia del fútbol femenino, cuando en 1892 se llevó a cabo en Glasgow, Escocia, el primer partido entre mujeres y dos años más tarde, Nettie Honeyball, una activista de los derechos de la mujer, fundó el British Ladies Football Club, para luchar contra la exclusión de las mujeres en este juego.

En un deporte predominantemente masculino, la inclusión de las mujeres ha recorrido un azaroso y largo camino, desde que en la Primera Guerra Mundial, como consecuencia de que los varones se encontraban en el campo de batalla, las mujeres se incorporaron a la fuerza laboral en las fábricas, donde se fundaron varios clubes de fútbol, el más exitoso de los cuales fue el Dick Kerr's Ladies, Preston.

A pesar de su popularidad y éxito, el fútbol femenino no fue reconocido oficialmente, lo que llevó a las jugadoras inglesas a formar su propia liga, la English Ladies Football Association, que sufrió el boicot de la federación inglesa, lo que obligó a las deportistas a jugar en canchas de rugby.

Tal situación permaneció así durante largos años, hasta el campeonato mundial de 1966 en Inglaterra, donde el interés por el fútbol femenino creció al punto de que la federación creó la rama femenina en 1969, que

se ha consolidado desde entonces; de ahí que en los países europeos haya ligas profesionales que compiten en popularidad con las masculinas.

En 1970 se llevó a cabo el primer campeonato mundial de fútbol femenino en Italia, aunque de manera extraoficial y sin reconocimiento de la FIFA, lo que no impidió que alcanzara un gran éxito y al año siguiente, cuando se realizó el segundo mundial en México, surgieron nombres como la *Peque* Rubio y Alicia *Pelé* Vargas, y la selección de Dinamarca se impuso a la mexicana por 3 goles a 0.

Las futbolistas mexicanas de entonces desafiaron los prejuicios de una cultura regida por el machismo y sin más pago que los aplausos y el reconocimiento, pero con más ganas que técnica, formaron un equipo que conquistó México.

Estos primeros campeonatos mundiales causaron grandes expectativas, aunque la desorganización impidió su continuidad y tuvieron que pasar veinte años para que en China 1991 se celebrara la primera copa mundial femenina con reconocimiento oficial.

El éxito alcanzado hizo que el fútbol femenino se incluyera por primera vez en los Juegos Olímpicos de 1996, en Atlanta, Estados Unidos, y tiempo después en los Juegos Panamericanos, cuya edición 2011 se realizó en Guadalajara, Jalisco, suelo mexicano.

Atraído por las futbolistas

Como ex futbolista profesional y apasionado de ese deporte, me sentí inmediatamente atraído cuando Enrique Borja –entonces presidente de la Federación Mexicana de Fútbol– me invitó a participar en este proyecto femenino en 1998. Al interés se sumó el reto de lograr el reconocimiento y participación de las mujeres en un deporte considerado masculino. Cuan-

do me propusieron involucrarme en el futbol femenino, acepté inmediatamente porque me di cuenta de su potencial y de la posibilidad de hacer algo interesante.

No fue fácil, porque el equipo era muy diverso en todos los sentidos: edades, técnica, hábitos, educación, pero existía un común denominador, la pasión y determinación de todas, y ése fue el punto de referencia.

Así se fue delineando el proyecto para crear conciencia de que se iba a trabajar duro en el compromiso de representar a todo un país y así todas las jugadoras se fueron comprometiendo.

Se tuvo que conformar una estructura de participación en todo el país, buscar la aceptación de todos y apoyo para crear la infraestructura necesaria para sacar adelante el proyecto del futbol femenino, constituir una selección nacional y lograr que nuestro país se identificara con ella.

Lo más difícil fue vencer las barreras de los prejuicios porque no era bien visto que las mujeres jugaran futbol y a las que lo hacían, se les ponía una etiqueta equivocada, porque aunque el futbol tiene algo de agresividad, las jugadoras le imponen su toque femenino de acuerdo con su género.

Algunos sectores nos ignoraron y otros lo vieron como algo pasajero, como una moda que pasaría, como pasó en el caso del mundial de México. Sin embargo, ahí surgieron grandes figuras como la *Peque* Rubio o la *Pelé* Vargas, a quienes años más tarde invitamos a que tuvieran charlas con nuestras jugadoras.

Las mujeres del balompié compartieron su experiencia con la intención de que no se repitieran los errores que se habían cometido con ellas. Su apoyo fue muy importante para nosotros y sus pláticas han sido muy motivadoras para las jugadoras.

Entre los primeros retos, se presentó la necesidad de cambiar toda la imagen, de atender el comportamiento de las atletas y la gente que

estaba involucrada. Había que tomarlo todo con la formalidad de un proyecto serio. No se trataba de un *hobby* de fin de semana o una moda. Hubimos de hacer un cambio drástico, una limpia, y me convertí en el enemigo de mucha gente, pero al final el balance ha resultado positivo.

Del hobby al profesionalismo

Futbolísticamente hablando, había muchas limitaciones, había mucha garra, pero no se tenía un proceso formativo, algunas de las muchachas sí jugaban en equipos, pero sólo los fines de semana, no existían verdaderos clubes y muchos aspectos se tuvieron que modificar, porque trabajar con las niñas es todo un tema.

Hemos tenido que reeducarnos, no sólo en el trabajo hacia ellas, sino también hacia nosotros. Documentábamos diariamente todo lo que hacíamos para poder tener puntos de referencia, porque no heredamos nada, no había antecedentes. Tuvimos que crear todo un banco de información.

Juntos, las jugadoras y el cuerpo técnico hemos ido creciendo, aprendiendo a cambiar y reeducar muchas cosas, quitar muchos tabúes y mostrarles de lo que somos capaces de hacer. Ése es un aspecto en el que trabajamos todos los días, hacer que conozcan su talento y sus alcances, porque en muchos casos nadie las ha orientado para descubrirlos y desarrollar su potencial. A lo largo de estos años, he tratado de transmitirles mis conocimientos sobre este deporte, pero también he aprendido mucho de las propias jugadoras.

La madre naturaleza estableció sus reglas, dado que físicamente no se puede comparar a una mujer con un hombre, porque está comprobado que las diferencia físicas están ahí, pero en cuanto a técnica y entrenamiento, son iguales.

En este tema, tuve que aprender aspectos como el de la menstruación y comprender los cambios que ocurren en esos días. Fue algo difícil porque, como hombres, no podemos entender lo que sienten las mujeres y tuve que aprender a acercarme a ellas, conocer sus inquietudes y ganar su confianza.

Les aconsejaba que, cuando estuvieran en esos días, hicieran ejercicios ligeros, que caminaran y trotaran. Al principio me miraban como si estuviera mal de la cabeza, porque ¿qué iba yo a saber de algo así?, pero era parte de mi trabajo el que tuvieran un buen rendimiento durante todos los días del mes. Las fuimos educando para que se involucraran hasta donde sus cuerpos se lo permitieran, porque cuando había competencias, no podían quedarse sentadas.

Un largo proceso de reeducación

En la federación también se fue aprendiendo, porque el primer doctor que me dieron para atender al equipo no era especialista en medicina deportiva, sino un ginecólogo, y obviamente no sabía vendar ni tratar una fractura. Fue un largo proceso de reeducación, pero todo mi trabajo era motivado por la actitud de ellas y por su compromiso. Si no hubieran demostrado su firme determinación de mejorar día con día, el equipo no hubiera funcionado.

También había que tomar en cuenta muchas otras cosas, como la dieta y hasta los uniformes. Primero jugaban con vestimentas para hombres o niños, porque no había atuendos creados especialmente para ellas, pero todo eso se ha ido modificando y hoy los uniformes son para mujeres, así como las instalaciones, con vestidores especiales para cuidar su privacidad. Todo se ha ido transformando para darles el respeto que merecen, porque además del aspecto deportivo, debe haber respeto al género.

Para mí, este tema es indispensable. Yo estoy muy orgulloso de las mujeres mexicanas y de lo que nos inspiran, y eso se refleja en nuestra música y nuestras canciones, pero debemos estar conscientes de que nuestro país requiere un nuevo tipo de mujer que no se conforme sólo con tener hijos y dedicarse al cuidado de su hogar.

La mujer mexicana de ahora debe tener mayor responsabilidad en la sociedad y en el deporte. En este caso, el fútbol le enseña a competir, a tener responsabilidades individuales, pero también compromisos de equipo, como transmitir su actitud en la competencia hacia las nuevas generaciones, por eso tiene que ser un ejemplo.

Ése es otro tema que también se ha trabajado: vencer todos los temores y hacerles ver lo que son capaces de lograr. Exigirles su máximo rendimiento, porque las mujeres son capaces de lograr todo lo que se propongan.

En cuanto al fútbol, es un gran paso que la gente exija un buen nivel de juego, que no sea complaciente. Y eso lo vimos en los pasados Juegos Panamericanos, donde al principio tuvimos nuestros abucheos, pero al final tuvimos la entrega, el reconocimiento, la gratitud y la emoción al equipo.

Qué bueno que ya no estamos en el apapacho “porque son mujeres”. Ahora estamos en la exigencia de que tienen que estar bien físicamente, ser competitivas, mostrar recursos. Ése es un paso muy grande.

Aunque es obvio que no vamos tan rápido como la gente quisiera. No estamos acostumbrados a los proyectos a largo plazo, pero ha habido una gran aceptación y entendimiento.

Si somos tan machos, ayudemos

Estoy convencido de que lo más extraordinario es el compromiso de las niñas en todo el país, y me llena de orgullo que ahora ya ellas piden de

regalo de navidad o cumpleaños un balón o una camiseta de su equipo favorito, y los papás lo empiezan a ver como una cosa natural y las apoyan mucho para que jueguen fútbol.

Es un cambio muy gratificante y forma parte de la evolución de un país que necesita ampliar la participación de la mujer. Siempre me ha impactado su carácter, determinación y ganas de hacer las cosas.

La mujer, en general, posee grandes talentos y posibilidades para destacar en lo que se compromete, aunque al mismo tiempo, por aspectos culturales y de oportunidad, alberga dudas porque no hay muchas áreas donde se le haya permitido desarrollarse.

Las mujeres hoy empiezan a percibir una apertura en todas las áreas, no sólo en el deporte, pero tienen que capacitarse, prepararse, comprometerse, y los hombres deben entender que no pueden manejar solos al país.

Los hombres deben entender que las mujeres tienen que participar de una manera adecuada y, sobre todo, que no las limiten a quedarse en casa a limpiar, cocinar o cuidar a los niños, porque el país necesita muchas otras cosas que la mujer le puede dar, pero se necesita crear ese medio ambiente para que pueda participar y producir, para que crezcan juntos.

Si somos tan machos, deberíamos tener la fortaleza mental y la seguridad de ayudar, de darles ese espacio de crecimiento. Entonces, echar a andar un proyecto que incluye al género femenino no es una tarea fácil ante todas las restricciones, limitaciones y obstáculos que le impone la sociedad.

No sólo se trata de apoyarlas como sexo “débil”, sino que ellas tienen que sacar a flote sus dotes de liderazgo, de iniciativa, de responsabilidad, porque, si no, abandonan al final su lucha, sus ideales, por no convencerse a sí mismas de sus capacidades.

No deja de ser frustrante que nuestra sociedad no dé a las mujeres todavía la oportunidad de desarrollar al máximo sus capacidades en muchas áreas.

Las únicas que pueden reconstruir este país son las mujeres

Estoy convencido de que ése es un cambio importante que debe tener el país, pero la clave es que las mujeres que tengan esas oportunidades asuman la responsabilidad de cumplir con esas expectativas.

Yo creo que ése es el gran paso que tienen que dar, tomar al cien por ciento sus capacidades, sortear todos los obstáculos de nuestra sociedad y salir con la bandera en alto, porque hay muchas niñas que quieren saber que existen esas posibilidades.

Al final, el mensaje que tenemos es que quienes van a hacer crecer este país son las mujeres. Las únicas que pueden reconstruirlo son las mujeres, pero también quienes lo pueden destruir son ellas.



IGNACIO RODRÍGUEZ REYNA. Apasionado tardío del placer de cocinar, este periodista mexicano que dirige la revista *Emeequis*, cuyo equipo de trabajo ha recibido más de veinte reconocimientos nacionales e internacionales por su calidad periodística, tiene una marcada debilidad por el cine, los libros y la música.

Tiene una madre, dos hermanas, dos hermanos y es hijo de un deportista consumado, por lo que está empeñado en tratar de salvar la estirpe ciclista que le viene de familia, aunque no siempre lo logra.

Se ha dedicado al periodismo desde hace veinticinco años, fundó e integró la Unidad de Trabajos Especiales de *El Financiero*. Fue editor de la Unidad de Reportajes Especiales de *Reforma*, editor en jefe de la revista *Milenio* y director adjunto de *El Universal*. Hizo un posgrado en Periodismo de Investigación en la Universidad del Sur de California.

Un día sin mexicanas

Ignacio Rodríguez Reyna

Así que se trata de escribir sobre ellas a partir de la perspectiva de ellos, o sea nosotros, los hombres. De inmediato pienso en los miles y miles de homicidios que se han cometido en los últimos años en agravio de mujeres mexicanas, la mayoría de ellas de condiciones socioeconómicas muy humildes, que han sido asesinadas porque sí, porque se puede, porque sus agresores no sufrirán, salvo milagrosas excepciones, castigo alguno.

Pero también pienso en otras mujeres, las públicas, las que han obtenido notoriedad social por su incursión en el fangoso mundo de la política. No es agradable el panorama, porque vienen a mi mente nombres como Elba Esther Gordillo, Beatriz Paredes, Amalia García, María de los Ángeles Moreno, Rosario Robles, Dulce María Sauri, Cecilia Romero y algunas otras.

Y a fuerza de ser sinceros, lo que veo y lo que pienso me produce una sensación amarga. Más allá de su diversidad ideológica, no puedo quitarme de la cabeza la idea de que no importa que biológicamente sean mujeres; en los hechos, actúan como hombres. Y se comportan como verdaderos machos en un mundo de machos: bragados, autoritarios, insensibles, deshonestos, corruptos. No toda la clase política mexicana tiene esas características distintivas, claro, pero quienes dominan esa actividad, sí.

Por supuesto, ése no es el universo entero de las mujeres mexicanas, pero refleja de manera transparente el proceso mimetizador al que

deben someterse si desean destacar y crecer en el mundo de la política. No es la única manera de hacerlo, pero el machismo en México es tan fuerte, tan rancio, tan cultural que es la única manera en que podrían brillar en una zona tan complicada y oscura.

No estoy muy seguro de que el hecho de que este grupo de mujeres haya alcanzado posiciones de poder represente un avance. Me parece que, por el contrario, han reforzado la idea de que las mujeres deben enfundarse en lo peor de los hombres para ocupar un lugar. Qué lástima, porque si con algo ganaría en calidad nuestro espacio público, sería con mujeres que irradiaran a la política mexicana con cualidades distintas, con frescura, con sensibilidad, con responsabilidad, con honestidad.

Como en todo, algunas excepciones sobresalen. Pienso en Ifigenia Martínez, en Rosario Green, en Olga Pellicer, en Rosalbina Garavito, en Patricia Mercado, por ejemplo. No juzgo su congruencia política o la pertinencia ideológica de sus posiciones. Lo que digo es que en su actuación pública se distanciaron del patrón machista para llegar a contar con cierta notoriedad política.

Por supuesto que en esta materia no estamos solos. Hay que recordar ciertos nombres como el de Condoleezza Rice, Margaret Thatcher, Angela Merkel, por citar algunos casos, cuyos modos no le piden nada a Ronald Reagan, Diego Fernández de Cevallos, José María Aznar, George W. Bush, Silvio Berlusconi, entre otros.

Parecerse a “ellos” es la única vía que encontraron para destacar en el mundo de la política. Estoy seguro de que en la actividad pública mexicana existe una reserva enorme de mujeres con características distintas, dotadas de mayor talento y capacidad que los hombres.

Pero ése es el punto: se encuentran en la reserva. Qué mejor ejemplo que el penoso caso de las mujeres diputadas que “prestaron” su condición de género a los partidos y que, una vez que ocuparon el cargo,

renunciaron para dejar libre el paso a los hombres suplentes, la mayoría de los cuales han mostrado una mediocridad y grisura de espanto.

Tampoco es muy alentador el panorama en el mundo empresarial. Los casos en los que una mujer es la jefa máxima se cuentan con los dedos de una mano. El desequilibrio en los salarios para mujeres que ocupan igual cargo que sus colegas hombres se halla ampliamente documentado. Así que aquí tampoco hay demasiado que festejar.

Vayamos a otros rumbos. Quizá en los círculos de la ciencia y el arte en general podría encontrarse mayor equilibrio. Habría que empezar por sor Juana, claro, excepto que todo lo hizo a contracorriente y su justa valoración llegó siglos después de su muerte.

Aun así, existen escritoras, dramaturgas, pintoras, bailarinas, cantantes de ópera, por mencionar algunas actividades, que disfrutan de un justo reconocimiento a su obra. Creo que a las científicas se les ningunea de una manera grosera, a pesar de que generan oleadas de nuevo conocimiento, un activo indispensable para el país.

En el periodismo podrían citarse algunos casos semejantes, aunque a la fecha sólo existe una directora de un medio de comunicación. Y en las redacciones, aunque han habido avances, los puestos de responsabilidad recaen mayormente en los varones.

Por cierto, dentro de los medios de comunicación existe una visión terriblemente discriminadora y peyorativa de la información que consumen las mujeres. Y ése no es un hecho menor. La mayoría de los directivos de los medios piensan que, cuando se habla de que los productos periodísticos deben atender al sector femenino de la población, se requiere mayor información de espectáculos, de modas, de recetas, de nutrición y belleza, de cuidados de los hijos. ¿Se dan cuenta del espantoso estereotipo que domina en los medios de comunicación? Cómo no se van a perpetuar los clichés.

Como si las mujeres no fueran funcionarias públicas, abogadas, ingenieras, diseñadoras, biólogas, arquitectas, o no les interesara el arte, la política, el medio ambiente, la educación, la revuelta en las sociedades árabes, la tecnología, las protestas estudiantiles en Chile, el movimiento por las bicicletas, la violencia, las organizaciones ciudadanas, internet, entre otros temas.

Así que en estas adversas circunstancias nos encontramos. Sin embargo, el país la pasaría muy mal sin la fuerza, la pasión y el empuje cotidiano de sus millones de mujeres. Sería una catástrofe, sin duda. La economía, el sistema educativo, el de salud, el funcionamiento del aparato burocrático y de las empresas privadas, el campo, la maquila, etc., se resquebrajarían. ¿Imaginan un día sin mexicanas? No es una mala idea.

No es un tema exclusivamente nacional. La sociedad global está marcada abundantemente con estos puntos negros. Y cada uno de nosotros, educados con estas visiones, los lleva dentro. No es fácil desincrustarlos. Llevará tiempo revertir formas de ver la vida que han sido transmitidas por generaciones.

Pienso en mi caso en particular. Hace décadas que he intentado ya erradicar de mi conducta las actitudes machistas y discriminatorias contra las mujeres. Requiere un arduo proceso de reflexión y de toma de conciencia sobre el problema. Y, desde mi propia perspectiva, he logrado avances. Ni así podría negar que, de manera inconsciente, sutil, disfrazada, he incurrido, incurro, en actitudes machistas.

Pero sacarse por completo el machismo requiere de más que un propósito personal. Es un asunto de estructuras culturales y mentales. El cambio real radica, como en muchas otras áreas, en la educación, en la forma en que todos, mujeres y hombres por igual, inculcamos y transmitimos valores.

Es una culpa, por decirlo así, compartida. Mujeres y hombres somos responsables, en igual medida, de educar en el machismo, de trans-

mitir y asumir valores como abnegación, sumisión, subordinación, como si fueran algo inherente y deseable en las mujeres. Algunas de ellas incluso los utilizan en un juego un poco insano en sus relaciones con los hombres, como un mecanismo “escondido” que busca tomar revancha de los agravios sufridos.

Tenemos un largo camino por recorrer en igualdad de género. ¿Qué duda cabe? Hay que emprender con paciencia y constancia las tareas para erosionar esos núcleos de poder machista que nos rodean y en los que estamos todos.

Algo habrá que empezar a hacer. Un día sin mexicanas. ¡Hummm! No es una mala idea, ¿no?



FRANCISCO VALDÉS UGALDE. Es promotor de la defensa de los derechos humanos y afirma que “el cumplimiento de éstos representa un nuevo paradigma que alumbra el quehacer social, la acción política y el estudio de la vida en sociedad”.

Chihuahuense de nacimiento, es doctor en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y maestro en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede México (Flacso México), institución en la que se desempeña como director y profesor, además de ser investigador titular en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Su amplia trayectoria lo ha llevado a ser miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, de la Organización Americana de Historiadores, de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, de la Asociación Española de Ciencia Política y Administración Pública, y de la Latin American Studies Association.

También ha dirigido el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y ha sido profesor investigador visitante de universidades como las de Harvard, Brown, Connecticut, California en San Diego, Salamanca y del Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset.

Ha participado, además, en los consejos editoriales de la *Revista Mexicana de Sociología*, *Journal of American History* y *Perfiles Latinoamericanos*. Desde 1996 es colaborador semanal de *El Universal*, en el que ha publicado más de ochocientos artículos de análisis político.

Una mirada al lado femenino

Francisco Valdés Ugalde

El siglo xx fue un lapso en que la humanidad atestiguó y participó de grandes horrores. La primera y la segunda guerras mundiales, el nacionalsocialismo, el totalitarismo estalinista y maoísta, las guerras de intervención de Estados Unidos en América Latina y Vietnam. En él tuvieron lugar las revoluciones que en nombre de la democracia suprimieron la democracia y los derechos humanos. Millones de seres humanos, hombres, mujeres, niños y adultos mayores perecieron en ese siglo de los extremos.

Pero también fue un siglo de liberaciones. Casi todos los países africanos se descolonizaron, otro tanto ocurrió en Asia. Fue también el siglo en cuyo último tercio se inició la tercera ola de la democracia a la que se han ido añadiendo nuevos países con menores retrocesos que en el pasado. Fue el siglo en que, desde la Declaración Universal de los Derechos Humanos, se consiguió afirmar en los sistemas jurídicos y en las instituciones las prácticas sociales y la cultura de respeto a los derechos humanos.

Quizá el mayor avance se logró con el inicio de la remoción del yugo milenario sufrido por las mujeres por parte del sexo opuesto. La “liberación femenina” fue quizás la más brillante de las antinomias del horror que emergieron en el siglo pasado.

Se trata, ni más ni menos, del comienzo de una revolución, de una transformación profunda de las estructuras que durante miles de años

conculcaron la personalidad de la mitad de los seres humanos que han habitado este planeta en su desmedro y para institucionalizar las prácticas de dominación que sobre ellas ejercía y ejerce la otra mitad, los varones.

No hay transformaciones más consistentes y duraderas que las que vienen de adentro, del corazón de la gente. Decía Jean-Jacques Rousseau que no hay ley más fuerte que la que habita en el corazón de los hombres. Aunque en este caso se trata de las mujeres, subsumidas por siglos bajo el concepto genérico de “hombres”, la idea se sostiene.

Sería imposible hacer un recuento minucioso de lo que ha cambiado y de los obstáculos que permanecen, pero me voy a referir a los que, a mi modo de ver, son más relevantes. El primero es el cambio del papel de las mujeres en la familia y, en consecuencia, en la sociedad. Esposas, madres e hijas pueden ser hoy radicalmente distintas a lo que fueron en el pasado. La distribución de las responsabilidades en la pareja es totalmente diferente, la relación de las hijas con su padre es de otra naturaleza. Eso sí, siempre y cuando en tal familia exista una aceptación activa de la libertad de las mujeres.

Desconozco las estadísticas, peor aún, ignoro si las hay, pero seguramente son mínimas las familias con pareja heterosexual en las que esta condición se cumple. No obstante, registro e imagino que en esas condiciones el potencial de la mujer es inmenso, como persona, como profesional, como pareja, como ser humano que no tiene al machismo como contraparte y contrapeso que vencer para desarrollar una personalidad propia, una libertad de realización.

Ciertamente lo que cambió es la conciencia de la personalidad y los derechos propios de la mujer. También cambió la legitimidad de este discurso en el espacio público. Con excepción de los estados totalitarios y las sociedades teocráticas, la libertad de las mujeres es una novedad

histórica. En las sociedades más avanzadas también esto se ha reflejado en el sistema jurídico, que les otorga los mismos derechos y responsabilidades que a los varones, y se amplía hasta la protección especial cuando se les considera un grupo vulnerable que debe recibir servicios y cuidados con objeto de facilitar su defensa.

No obstante, aún es mínima la extensión que alcanza la libertad de la mujer y el respeto a sus derechos. La Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de la Mujer (ONU Mujeres) señala esta triste realidad a partir múltiples variables en sus informes: madres solteras, desventajas de las niñas al nacer, acceso a los servicios que proporciona el Estado, diferencias entre hombres y mujeres en el acceso efectivo a los mecanismos de justicia. Un indicador muy relevante es la representación de las mujeres en la toma de decisiones políticas, pues en ese nivel se toman las decisiones que definen el orden político y las leyes. Mientras que en las regiones desarrolladas la participación de las mujeres en cargos ministeriales sobrepasa 30% y su presencia en los parlamentos nacionales alcanza 27%, en Asia meridional ocupan 7 y 10% respectivamente y en América Latina y el Caribe 19 y 20%.

En la representación política no hay equidad de género. Aunque el principio de lograrlo se ha instalado en el discurso público internacional, la realidad dista mucho de acercarse al ideal. Cabe decir que los objetivos de participación de la mujer que se han propuesto en los diferentes ámbitos y agencias públicas rebasan con mucho el “discurso feminista”. Mientras que éste se mantiene confinado a los reductos de militantes y pensadoras –lo que no lo minusvalora–, aquél ofrece perspectivas omnicomprensivas para categorías femeninas de lo más diverso: madres solteras (cada vez más numerosas) que a la vez son jefas de familia, niñas en desamparo, ancianas, mujeres violentadas en la familia. Es numerosa la cantidad de situaciones de vulnerabilidad de la condición de la mujer que

se han tipificado jurídicamente, desde derechos afirmativos hasta sanciones para agresores, discriminadores, ofensores. No siempre sin excesos, la aplicación de estas normas ha sido un avance para proteger a la mitad de la humanidad, que ha permanecido durante siglos indefensa o en condiciones de desventajas tales que sus capacidades de expresión, trabajo, creatividad y realización se mantuvieron durante siglos sin aportar lo suyo al resto de la humanidad, más allá de funciones a las que confinó su papel tradicional (salvo algunas civilizaciones en las que las capacidades de las mujeres pudieron aflorar).

No sólo hace falta la disposición de más mujeres a hacerse responsables de su integridad y dignidad personales, sino que hace mucha más falta el convencimiento de más varones de que la vida es mejor (y ciertamente diferente) si las mujeres son así en vez de desempeñar un papel subordinado, permaneciendo oprimidas, vulneradas. Ésta es una percepción personalísima pero que vale la pena decir en voz alta. Amar, trabajar, convivir, educar cambian completamente su sentido cuando se practican con mujeres que han tomado su vida en sus manos, y el intercambio, el contacto, la conversación expanden sus límites, y las mujeres son respetadas y asumidas como personas por sus pares varones. Caen los tabúes, se abren puertas y ventanas, las miradas no significan lo mismo, la inteligencia crece y se cultiva. Se aprende a ser humano entre humanas y no sólo entre humanos “genéricos intercambiables”.

Uno de los regalos que me ha dado la vida es permitirme ser profesor universitario de cohortes estudiantiles en las que cada vez son más numerosas las mujeres. Educado yo mismo para mejor entender la psique masculina, he descubierto en las estudiantes una sensibilidad, un ingenio y un tesón atesorables, diferentes por agudos y comprensivos, que no se limitan a escoger temas de “género”, sino que son capaces de encontrar giros y registros que sorprenden, áreas inexploradas, contradicciones

flagrantes en la teoría largamente ignoradas, problemas empíricos revisados bajo nuevas ópticas. No quiero decir que esto se deba a la diferencia de sexo –probablemente sea solamente una anécdota demográfica–. El hecho es que esa presencia suele provenir de las mujeres más que de los varones. Acaso se deba a un instinto de duda más fuerte que el de afirmar contundentemente.

No se puede predecir el futuro del conocimiento y por esa razón no se puede predecir el futuro humano, pero algo parece ser cierto: la contribución de la mujer y de “lo femenino” en el espacio de las ciencias y las artes está destinada a consolidar esa revolución que fue la más importante del siglo xx, pero hay que precaver el maniqueísmo que se pasea por estos y otros temas: ser mujer no quiere decir estar librada, sino sólo estar en una condición distinta. Así como han habido santas, heroínas, artistas y científicas ilustres, han habido Lucrecias Borgia, Evas Braun, Irmas Grese o Juanas Barraza.

Si lo que ha cambiado en este ámbito es mucho, es más lo que falta por cambiar. El machismo sigue siendo omnipresente, si bien acosado y acotado. Podemos aspirar razonablemente al respeto mutuo y a la comunicación sin prejuicios basados en las diferencias de género, pero eso es mucho pedir, todavía parece demasiado.



IGNACIO PADILLA. Nació en la Ciudad de México, cuando ya los Beatles eran un grupo disuelto, y pertenece a lo que él denomina la generación de Mafalda. Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana, maestro de Literatura Inglesa en la Universidad de Edimburgo y doctor en Literatura Española e Hispanoamericana en Salamanca, se le considera uno de los grandes renovadores de las letras mexicanas.

Pertenece al grupo literario del Crack, clan de siete escritores mexicanos, unidos por una estrecha amistad y una pasión común: la literatura. Se ha dedicado a escribir novelas sobre el fin del mundo donde recupera las lecciones del *boom* latinoamericano, en severa oposición a la frivolidad de la narrativa del realismo mágico del llamado *postboom*. El Crack representa una fisura, una grieta en los relatos de la época.

Talentoso narrador y colaborador habitual de todo tipo de medios escritos y audiovisuales, descreído y con una gran capacidad de reírse de sí mismo, ha cosechado una docena de premios nacionales e internacionales. En 2008 obtuvo el Premio Internacional Juan Rulfo de cuento por su obra *Los anacrónicos*. Entre sus producciones más destacadas figuran *Subterráneos*, *El año de los gatos amurallados*, *Trenes de humo bajoalfombra* y *Amphitryon*.

Fue agregado cultural de la Embajada de México en Gran Bretaña (2001-2003). En febrero de 2011 fue nombrado miembro correspondiente en Querétaro de la Academia Mexicana de la Lengua.

La ya vista

Ignacio Padilla

Esta vendedora de cosméticos se ha cansado de que toda suerte de charlatanes, brujos y hasta médicos de mercadillo le digan que su situación no tiene nada de extraordinario. Está francamente harta de que unos y otros, luego de escucharle unos minutos con mal disimulada impaciencia, le reiteren que cualquiera en su sano juicio puede tener un *déjà vu* de vez en cuando. Alguno de ellos ha llegado a reconocer que, en este caso particular, la incidencia es desusada, aunque eso en modo alguno debiera preocuparla, no digamos asustarla.

Así y todo, la vendedora de cosméticos está convencida de que su problema es grave, verdaderamente grave. Poco le importa si hay otros, numerosos o escasos, que padezcan su mal. A ella sólo le preocupa el hecho preclaro de que su memoria –y, por tanto, su existencia entera– se encuentra permanentemente cuestionada por la incesante concatenación de indeseadas reincidencias de una misma imagen con que su memoria insiste en agobiarla.

Como es de esperarse, la negligencia o la ineptitud de los que de ello saben le ha llevado a convertirse ella misma en una experta en el mal que padece desde que puede recordarlo. En los últimos meses ha conocido, estudiado y cuestionado toda suerte de interpretaciones del mal que la aqueja, desde las más verosímiles hasta las que rayan en el más estra-

falarío esoterismo y en las lindes más oscuras de la explosión de lo oculto: teorías vinculadas con la reencarnación y la metempsicosis, leyendas de abducciones extraterrestres y arrobos místicos, versiones que casi explican el *déjà vu* como una suspensión infinitesimal de la conciencia, o la idea en su versión profética, la cual sugiere que soñamos efectivamente lo que va a ocurrirnos, o aquella, más sensata, que asegura que creemos haber vivido una escena determinada cuyos elementos habíamos percibido anteriormente de manera dispersa. Todas estas razones y muchas más de toda laya han pasado por ella sin apenas convencerla.

Una amiga del gremio –menos que amiga, una colega metomentodo– le ha dicho en tono didáctico que en una profesión como la de ellas es inevitable que ciertas mentes delicadas, solitarias o vulnerables sientan que todo se repite sin tregua. A fin de cuentas, argumenta la colega, un vendedor que pasa tantas horas al día solo, tocando puertas idénticas, repitiendo siempre las mismas sonrisas y los mismos discursos, recibiendo sin cesar las mismas negativas y padeciendo constantemente parejas frustraciones, no tendrá al cabo más remedio que vivir literal y permanentemente en el centro espiral de un *déjà vu*. Y si a esta constante repetición añadimos que al volver a casa una vendedora frustrada, solitaria, mal pagada y sin amantes sigue repitiendo en sus adentros los portazos pasados y temiendo los portazos los futuros –y si además pensamos que sus sueños no pueden ser muy distintos–, no es entonces de admirarse que, por simple estadística, ciertas escenas vividas en la monotonía de la existencia parezcan siempre escenas recordadas.

Esta versión de su mal, piensa la vendedora de cosméticos, es lo más próximo a una explicación razonable entre las muchas que ha encontrado en su bregar por entenderse. Sin embargo no le basta aceptarlo para explicarse por qué en los demás actos de su vida cotidiana –aquellos que no parecen vinculados con su monótona actividad comercial– el *déjà*

vu se repite con tal vehemencia, que en ocasiones ella misma se ha descubierto sintiendo el *déjà vu* de un *déjà vu*: la reminiscencia de haber tenido una reminiscencia. Las variantes son muy pocas y, a fuerza de repetirse en su memoria y en su vida, han pasado a formar parte del tópico mismo de su recuerdo: al tocar de puertas y vender su mercancía se han añadido ya sus consultas con los expertos, las palabras de su colega repetidas hasta la saciedad en las de sus otras compañeras de trabajo, su soledoso volver a casa y derrumbarse en la cama con la certeza de que se soñará tocando puertas, consultando expertos, derrumbándose en la cama.

La vendedora de cosméticos se pregunta así por qué razón, cuando el domingo se levanta tarde y ve por primera vez cierta película, sigue teniendo la sensación de lo ya visto o lo ya vivido. Ha llegado a pensar que no es sólo ella la que se repite en su recuerdo, sino que el mundo mismo lo hace fuera de su mente. Tal vez, piensa, su historia y todas las demás historias son sólo variantes desacomodadas de una misma escena, de otra historia única que ella, para su mal, tiene la capacidad de reordenar aun de modo inconsciente. En esa historia se conjugan todas las soledades del planeta, todas las vendedoras de cosméticos, todas las memorias. Acaso todo sean frases hechas, y todos los cafés, toda la ropa y todos los gestos están impedidos de ser nuevos desde que comenzaron a existir en la memoria de cualquiera.

Sea o no ésta la gran explicación de su drama, lo que más ofende a la vendedora de cosméticos es no saber ya en qué punto del tiempo existe, y si en verdad existe sola, como parece. Si somos nuestra memoria, piensa recordando alguno de los libros que ha estudiado, entonces alguien que sólo recuerda que recordó algo, no puede ser nadie ni amar ni ser amado por nadie. Definitivamente, se dice la vendedora de cosméticos, lo que necesita es hacer algo extraordinario: debe romper de una buena vez con su rutina. Hace votos por hacerlo, se esmera en serio. Pero al final no se

La ya vista

atreve, no se decide a planear ningún cambio, pues intuye que al realizar lo planeado volvería a tener la sensación de estarlo recordando. De esta suerte, recostada en su cama, bajo un cielo raso con goteras y junto a un teléfono que no sonará jamás, la vendedora de cosméticos dispone las cosas para su siguiente jornada. Quiere recordar a sus padres, al novio que la dejó por otra hace sabe el diablo cuánto tiempo. Nada, no recuerda nada más que su incesante recordarlo todo. Lloro y, llorando, tiene la clara impresión de no haber hecho otra cosa desde que vio la luz primera.



GABINO CUÉ MONTEAGUDO. Segundo hijo de cuatro, es el único varón entre tres hermanas, criados en el seno de una familia dedicada al comercio, donde abrevó valores y principios de fraternidad, responsabilidad, tolerancia y trabajo digno y honesto.

Sus estudios básicos los realizó en escuelas públicas de la ciudad de Oaxaca, y los universitarios en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey en donde fue líder de estudiantes. Se graduó como licenciado en Economía y, gracias a una beca, cursó la maestría en Dirección Económica-Financiera en el Instituto Directivo de Empresas en Madrid, España. También realizó estudios de Doctorado en Hacienda y Economía del Sector Público en la prestigiosa Universidad Complutense de Madrid.

En el sector público desarrolló una amplia trayectoria profesional y política, tanto a nivel estatal como federal, misma que inició en 1992 en el que fuera el Departamento del Distrito Federal, donde colaboró como asesor del secretario general de Gobierno y posteriormente como director de Relaciones Interinstitucionales.

Cuando se integró al Gobierno del estado de Oaxaca, desempeñó diversos cargos, hasta que en el 2002 fue electo presidente municipal de la ciudad de Oaxaca, responsabilidad que terminó en 2004.

Fue Senador de la República de 2006 a 2010 en la LX Legislatura y participó en las comisiones de Radio, Televisión y Cinematografía; Desarrollo Social; Reforma del Estado y en la Comisión Bicameral de Concordia y Pacificación. En su segundo año fue designado secretario de la Mesa Directiva.

Actualmente, es el gobernador de su natal estado de Oaxaca para el periodo 2010-2016.

Equidad de género: carta de ruta en el desarrollo de Oaxaca

Gabino Cué Monteagudo

Cuando me invitaron a participar en este proyecto, asumí de la manera más honesta y consciente el gran reto que significa escribir acerca de las mujeres desde la mirada masculina. Porque hablar “de las mujeres” necesariamente implica hablar “de los hombres” y de nuestra mirada, nuestras actitudes y las limitaciones que no nos han permitido crecer en un plano de igualdad desde una perspectiva social, histórica, económica, política, cultural y de derechos humanos.

Escribir sobre el tema es, al mismo tiempo, un reto desde el plano colectivo e individual, porque involucra nuestra manera de ver el mundo y nos conduce necesariamente a un ejercicio de reflexión y análisis sobre la lucha histórica de las mujeres. Desde esta perspectiva, asumo la tarea de participar, desde mi propia experiencia, en la integración del presente documento, y con ello contribuir activamente a la construcción y consolidación de mejores condiciones de igualdad entre géneros.

En los últimos años del siglo xx, se produjeron transformaciones sustanciales en distintas materias, como en los campos de la ciencia y la tecnología. A la par se han propiciado y diversificado las discusiones, estudios y debates en torno a la importancia del reconocimiento de los derechos humanos.

Los logros de la ciencia y la tecnología son incuestionables; no obstante, los avances reales y prácticos en materia de derechos humanos aún están lejos de satisfacer a nuestras sociedades. Desde esta óptica, los derechos de las mujeres –que conforman poco más de la mitad de la población humana– siguen siendo vulnerados y atropellados por una cultura patriarcal concebida por los hombres y para los hombres. Las mujeres, hasta el día de hoy, siguen siendo víctimas de la desigualdad, la discriminación, la injusticia y la violencia, por el solo hecho de ser mujeres.

Las mujeres de nuestra generación han decidido cambiar esta realidad y construir un camino sin marginación ni opresión hacia un nuevo paradigma del mundo desde el prisma de la igualdad de géneros. Por ello es encomiable la lucha que emprenden por su derecho a participar en condiciones de igualdad en los campos de la economía, la vida profesional, la política y la productividad, terrenos en los que han alcanzado logros que transforman, en un amplio sentido progresista, las estructuras socioeconómicas globales.

Si bien arduo, este camino ha sido fructífero no sólo para las mujeres, sino también para nosotros los hombres, porque nos alienta a construir una nueva actitud que derive en la consecución de una sociedad más igualitaria.

Nací y crecí en el seno de una familia en la que cuatro mujeres tenían una presencia cardinal: mi madre y mis tres hermanas, quienes han dejado una profunda huella en mi manera de pensar y sentir. Aprendí de ellas a mirar el mundo desde una perspectiva femenina, a valorar la grandeza de la contribución cotidiana de las mujeres a la estabilidad de ese universo familiar. También aprendí, desde la intimidad de mi hogar y gracias a la educación de mis padres, que la igualdad era uno de los valores más importantes. No había privilegios para mí por ser hombre o para ellas como mujeres: exigencias iguales, libertades iguales; lo mis-

mo para realizar tareas domésticas que para asistir a la escuela o hacer pequeños arreglos en la casa.

Ahora que retrocedo en el tiempo y observo mi trayectoria de vida, reconozco y agradezco profundamente los valores que mis padres y familiares supieron sembrar en nosotros desde la más tierna infancia. Entre otras cosas, me permitieron crecer hombro con hombro junto a las mujeres de mi familia. Ellas me aportaron su percepción femenina y yo les aporté mi percepción masculina, en una constante retroalimentación que nos permitió construir un entorno más equilibrado y armónico.

Para ventura mía, comparto también mi vida cotidiana con dos mujeres, mi esposa y mi hija, dos mujeres diferentes, con intereses diferentes, con miradas diferentes pero con el mismo reto de construir e impulsar de manera conjunta un cambio donde las mujeres tengan cabida en condiciones de igualdad y respeto a sus derechos humanos.

Considero que, para modificar nuestro entorno y alcanzar la igualdad entre géneros, antes que nada necesitamos construir relaciones diferentes entre hombres y mujeres en un clima de respeto absoluto a la dignidad y a los derechos humanos de todas y todos, empezando por el núcleo familiar.

Necesitamos generar los mecanismos para emprender acciones decisivas desde todos los campos en que se mueve la vida humana; necesitamos hacer un ajuste entre los discursos de igualdad y las prácticas de desigualdad.

No obstante, para cambiar una cultura patriarcal, violenta y discriminatoria por una cultura de paz e igualdad habrá que llevar a cabo acciones de numerosos tipos. Este proceso no se realizará por sí solo. Para ello habrá que emprender un trabajo complejo, coordinado, global desde muchos ángulos y desde muchos frentes a la vez.

Estos cambios van de lo privado a lo público y de lo público a lo privado, empiezan en nuestra casa para terminar en la calle, empiezan en

nuestro entorno más cercano y familiar para seguir con nuestras relaciones en el trabajo y en la sociedad. Van desde un cambio como personas hasta un cambio en la manera de construir políticas públicas que desaten procesos participativos para impulsar la igualdad, así como acciones positivas y compensatorias a favor de las mujeres.

Debemos insistir en generar presupuestos públicos con enfoque de género, indispensables para cumplir en la práctica la justicia distributiva respecto a las mujeres. Asimismo, no sólo hay que promover nuevas leyes que mejoren la vida de las mujeres; además, es necesario examinar en detalle los diversos códigos para poder despojarlos de los lenguajes y los conceptos discriminatorios. También es necesario seguir insistiendo en la paridad para que las mujeres estén correctamente representadas. Además, el sistema educativo tiene ante sí el reto de incluir la educación para la igualdad.

En este tenor, el gobierno de Oaxaca ha establecido un compromiso claro con la transversalidad de la política de equidad de género, que agrupa los esfuerzos y señala parte de los grandes objetivos de este gobierno.

Uno de los principales propósitos de mi administración es alcanzar la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. Hacer efectivo el principio constitucional de igualdad significa orientar esfuerzos y llevar a cabo acciones para erradicar las brechas políticas, sociales, económicas y culturales entre las personas por razones de género. La igualdad de género no es sólo un objetivo con derecho propio, sino también un camino que contribuye al éxito de las propuestas del Plan Estatal de Desarrollo de Oaxaca 2011-2016.

Por ello, y en congruencia con los acuerdos y convenciones internacionales a los que México se ha adherido para elaborar políticas públicas de igualdad y de equidad de género, así como con el Tercer Objetivo de Desarrollo del Milenio, el gobierno del estado de Oaxaca adopta los

mecanismos e instrumentos recomendados y asume la estrategia de dotar de perspectiva de género las políticas, los programas, los proyectos y los presupuestos gubernamentales.

Considero que, como gobernador de Oaxaca electo democráticamente, tengo la gran responsabilidad de atender las demandas y necesidades de la población, de los oaxaqueños y oaxaqueñas que esperan un real y verdadero cambio en las condiciones de desigualdad e injusticia social que les afectan hasta lo más íntimo de su persona, de su familia, de sus relaciones interpersonales y de su entorno.

Con el Plan Estatal de Desarrollo se incorpora la perspectiva de equidad de género en todas las esferas de la gestión pública estatal, a través de estrategias y acciones para sensibilizar a los servidores públicos y a la ciudadanía en general sobre los problemas de desigualdad entre los sexos así como para disminuir las brechas en los ámbitos político, económico, social y cultural, a fin de crear las condiciones que garanticen la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres en el ejercicio de sus derechos. De acuerdo con este principio, se han desarrollado las siguientes estrategias:

- ESTRATEGIA 1. Desarrollo de políticas públicas proactivas y temporales en educación, seguridad social, empleo y emprendimiento, que aceleren el proceso de disminución de brechas y de igualdad de oportunidades entre los sexos.
- ESTRATEGIA 2. Identificación y atención oportuna de problemas de salud asociados específicamente con las mujeres, a través de acciones preventivas, de difusión, de capacitación y equipamiento, entre otras.
- ESTRATEGIA 3. Adecuación del marco legal e institucional de procuración de justicia en el estado, para crear y fortalecer mecanismos

a adecuados que protejan efectivamente la integridad física, la dignidad, el patrimonio y los derechos de las mujeres.

ESTRATEGIA 4. Formación y capacitación permanente de los servidores públicos estatales y municipales, que promuevan actitudes y conductas sensibles al género en el trato con los ciudadanos.

ESTRATEGIA 5. Impulso a la participación e inclusión política de las mujeres a través de la defensa de sus derechos y la formación de capacidades para su adecuada participación en las diversas dependencias y entidades del gobierno estatal.

ESTRATEGIA 6. Fortalecimiento y consolidación de la cultura de la equidad y no discriminación, para transformar patrones de conducta a través de mecanismos adecuados para la promoción, comunicación y difusión de los derechos de las mujeres.

Creo firmemente que lograr una equidad social, política, económica y cultural entre los géneros, permitirá a las mujeres y a los hombres vivir en una sociedad más justa y más tolerante a las diferencias.



MACARIO JIMÉNEZ. Es uno de los diseñadores mexicanos más reconocidos en el ámbito internacional. Es alegre, trabajador, entregado y fiel creyente de que el éxito y la felicidad radican en hacer las cosas con el corazón. Se deja sorprender por la cotidianeidad del mundo, que toma de inspiración para crear un atavío con alma. Nació en Guadalajara, Jalisco, y desde muy niño tuvo el gusto y la inquietud de vestir a la gente. Cuando era pequeño jugaba con su tía, quien lo visitaba todos los veranos, a escoger la ropa que se iba a poner cada día durante su visita.

Estudió en la prestigiosa escuela de diseño Instituto Marangoni en Milán, Italia, uno de los semilleros más importantes del mundo de la moda. Al recibirse, trabajó para el diseñador italiano Gianni Lo Giudice.

Lanzó su marca de ropa en 1994 y, con más de quince años de trayectoria, ha puesto en alto el nombre de México exhibiendo sus colecciones en las pasarelas más importantes del país. Asimismo, se ha presentado junto con reconocidos diseñadores en pasarelas como Fashion Without Boundaries, en Chicago; la Semana de la Moda de Belgrado; en Bogotá, Colombia y Miami.

En 2001 fue elegido como el mejor diseñador de moda por Tactel. En 2006 creó los uniformes de las azafatas de Aeroméxico.

Un atavío con alma

Macario Jiménez

A girl should be two things: who and what she wants.

Coco Chanel

Coco Chanel dijo: “Una mujer debe ser dos cosas: quién es y lo que quiere ser”. Ésta es una aseveración en la que no se debería incluir género, sin embargo, esto es obligatorio, ya que a lo largo de la historia la mujer ha sido sometida a un deber ser que no necesariamente encaja con lo que ella hubiera querido para sí.

La mujer en México ha logrado superar la barrera del machismo sin dejar de lado la estructura familiar del patriarcado. Hablamos de una estructura en la que casi siempre el jefe de familia es el hombre, pero donde el pilar de cada familia es la mujer. He tenido la oportunidad de trabajar con gran cantidad de mujeres, de diferentes generaciones, con infinidad de variantes, solteras, casadas, divorciadas en distintas etapas de su vida, trabajadoras, amas de casa, entre otras.

A lo largo de mis dieciocho años de carrera me he dejado seducir por cada una de estas mujeres. He permitido que cada una, a su manera, me atrape, me conmueva, me haga soñar con lo que en realidad son o con lo que les hubiera gustado ser. Mi trabajo como diseñador de modas es cautivante, pues me permite percibir la esencia de cada mujer, ya que yo les ayudo a crear un disfraz para la boda de su hijo, para un evento político, para un festejo, para un día normal. En algunos casos, las impulso a reflejar lo que son y, en otros, a mostrar lo que tienen que ser. Diferentes

circunstancias moldean a una mujer, pero definitivamente las dos más importantes son su educación en casa, de niña y joven, y su independencia y seguridad en la edad madura.

Los medios contribuyen a conformar la imagen de la mujer. Las revistas, en gran medida, marcan la pauta en el aspecto físico de la mujer, lo que vemos en los medios es lo que aprendemos, es lo que reconocemos, es lo que aceptamos.

Estamos en una época de evolución en cuanto al desarrollo de la mujer. En los primeros diez años del siglo XXI, grandes mujeres han sido protagonistas de este periodo, y han sobresalido a nivel nacional e internacional, como Margarita Zavala, una extraordinaria primera dama; Martha Ortiz, en el ámbito culinario; Alondra de la Parra, en el ámbito cultural y musical, entre otras. Ahora, se fomenta el cambio cultural en la percepción y en el papel de las mujeres, ya que se empieza a transmitir y a comprender que ellas no tienen que estar exclusivamente en su casa, cuidando a sus hijos y a su marido. Cada vez más, la mujer es madre pero sin renunciar a ser ella misma para desempeñar ese papel. Se cultiva, se desempeña en otras tareas, crece y se realiza.

He estado rodeado de mujeres toda mi vida, en los ámbitos familiar y laboral. Ellas constituyen una figura cautivante en todos los sentidos. Son pilares de la familia, por lo menos en mi casa así fue: mi mamá siempre mantuvo la unión familiar, nos cuidó y estuvo al tanto de nuestro desarrollo intelectual y como seres humanos. La admiro profundamente por tener el tiempo y la habilidad de educar a seis hijos y mantener su autonomía, por dejarnos volar y motivar nuestros sueños, aunque ellos no gritaran "Éxito".

En el ámbito laboral también estoy rodeado de mujeres. Somos una microempresa integrada por doce personas, de las cuales once son mujeres: mujeres de chocolate, vainilla y fresa, mujeres tan diversas en

edades, gustos y creencias que podríamos hacer un estudio antropológico con todas, mas lo que vale la pena destacar como común denominador es que son mujeres trabajadoras, que buscan desarrollarse y progresar, sacar a sus familias adelante sin importar que esto implique tomar un camión a las 5:30 de la mañana para llegar a trabajar a las 8:00. Esto es algo muy admirable de la mujer mexicana, que ve por su familia antes que nada ni nadie. Su motor es la superación y la esperanza de algo mejor.

De mis clientes, noventa y cinco por ciento son mujeres, y son de una variedad infinita. Trato desde con una niña de ocho años, cuya mamá se casa por segunda vez, hasta con la abuela de esa niña de ocho años, que por segunda vez va a ser la mamá de la novia. Es fascinante observar y reconocer que a lo largo del tiempo he logrado distinguir ciertos atributos de las mujeres que me cautivan, como su capacidad de centrarse en el detalle mediante una ambigüedad total, la cual se ve reflejada en la facilidad que tienen para percibir y nombrar su entorno, su realidad y, por ejemplo, inventar nuevos colores y darles nombre: color durazno, color amaranto, color ciruela... las frutas son colores y todas las formas son fenómenos, son movimiento: que caigan como olas, que se mueva como la brisa. En sus conceptos encuentro la inspiración para mis arquetipos, me sugieren los calificativos para mis colecciones, como “verde topo”. Es un placer para mí convivir con mujeres todo el día.

Superación y progreso

Con respecto a la situación de la equidad de género que se vive hoy en día en México, me atrevo a asegurar que muy pocas personas creímos que tendríamos en la terna para el próximo sexenio una candidata a la presidencia, y más allá de la situación política, jamás hubiéramos considerado

que esta candidata estuviera en segundo lugar a un par de meses de las elecciones. Éste es un fuerte indicador de dos situaciones primordiales, la primera atañe a la búsqueda intrínseca de superación de la mujer y la otra es el cambio y reconocimiento social hacia ella.

Por ello, sostengo que la mujer se está superando, se encuentra de manera más significativa en el radar de la vida laboral, ya sea por una situación de gusto y progreso o por una situación de necesidad económica. La mujer en México deja huella en diferentes sectores. En México, algunas compañías como Estée Lauder, están compuestas por ochenta por ciento de mujeres, una cifra impresionante que revela el alto grado de aceptación y reconocimiento hacia las mujeres en el ámbito laboral.

Con el paso del tiempo, la mujer ha sabido posicionarse, ha sabido ganarse el respeto de sus compañeros o superiores sin importar si son hombres o mujeres. Las mujeres son dedicadas y tienen la habilidad de ser proactivas y de hacer múltiples tareas a la vez. Esta evolución nos permite hablar, en este país tercermundista, de una equidad de género más tangible.

La capacidad y la habilidad no son cuestiones de género, sino de oportunidades. Mediante aseveraciones como ésta, empezamos a palpar realmente la palabra justicia, ya que en ella se percibe la igualdad de seres humanos más allá de géneros, una equidad social, política, económica y cultural.

Discriminación masculina

En el mundo de la moda y la belleza, que es el entorno donde me desempeño, el hombre solía sufrir un poco de discriminación entre los miembros de su género cuando mostraba el anhelo de cuidar su aspecto. No

obstante, hoy en día, por el acierto mercadológico de acuñar el término metrosexual, que define de manera moderna e incluyente a estos hombres, empezamos a reconocer y aceptar, en este mundo masculino, que ellos tienen derecho a cuidar su apariencia con diversos productos y modas adecuadas que engalanan su forma de vestir. Esto también se ha visto fomentado por la globalización y el posicionamiento de estos hombres en los medios de comunicación, como “modelos que hay que seguir”. El perfecto ejemplo es David Beckham, jugador de fútbol soccer casado con una modelo. Él cuida su imagen de una manera impresionante y no se le juzga de manera negativa, sino que, por el contrario, se le admira por ser un hombre de aspecto intachable.

Mis clientas me comentan que sus esposos usan cremas, champú, acondicionador, cepillo y otros artículos de uso personal, por su curiosidad. No obstante, a pesar de haber mayor apertura con respecto al mejoramiento de la imagen, esto sigue siendo un tabú. Las líneas de belleza y las marcas de cosméticos crean productos y líneas especiales para hombres con presentaciones acordes al público masculino, ya que para nosotros es más atractivo un empaque gris que uno rosa, pues de esta manera no se pone en tela de juicio nuestra virilidad.

En ese sentido, ha sido fascinante ver que los hombres cada vez se acercan más a mí para que les haga un diseño exclusivo. En los últimos dos años, he tenido más de siete grupos de damas que acuden a mi *atelier* para que les diseñe algo especial a fin de que todos vayan iguales a la boda del amigo. Esta situación ya no se juzga mal, sino que, al contrario, ha tenido un auge impresionante.

Me gustaría compartir con ustedes una analogía que nos impulse a llevar esta igualdad de género al paso siguiente. Cada temporada, es decir, dos veces al año, creo a una mujer, la mujer de mi colección, la mujer de Macario Jiménez; sin embargo, a pesar de mantener la esencia,

ciertos detalles que caracterizan mi estilo, ésta debe ser más interesante que la del año anterior, debe proponer algo, debe imponer tendencia. Así debemos percibir el papel de la mujer y la equidad de género, mantener el rumbo que llevamos pero con el espíritu de mejorar siempre, de llevar todo a un paso siguiente.

Cuando leí en la secundaria *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, el capítulo cuatro me marcó. Ahí el autor habla de cómo ciertas palabras en femenino tienen una connotación negativa. Esto es un reflejo de la sociedad mexicana y la superioridad que tenía el hombre sobre la mujer, lo masculino sobre lo femenino. Hoy en día podemos asegurar que hemos recorrido un gran camino, que la mujer actual, en México, sin importar el disfraz que lleve, desempeña diferentes roles, que se aceptan socialmente, se le reconoce como madre y como profesionalista.

Algo que disfruto muchísimo de hacer vestidos de diseño especial (piezas únicas) es que me tomo el tiempo de conocer a mi clienta, quiero entender qué le gusta, saber cómo es, qué espera de su gran día, conocer sus diferentes matices para lograr proyectarlos, respetando su esencia. Ha sido un interesante recorrido por varias generaciones. Es importante involucrarnos en los temas que nos atañen como sociedad y truncan nuestro crecimiento como país. Es tarea de todos dar lo que podemos para fomentar la igualdad, ya que antes de ser hombres o mujeres, somos seres humanos.



JOSÉ SARUKHÁN KERMEZ. Nació en la Ciudad de México el 15 de julio de 1940 y es reconocido internacionalmente por su papel en la conservación de la naturaleza. Estudió Biología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México; obtuvo el título de maestro en Ciencias en el Colegio de Posgraduados de Chapingo y el doctorado en la Universidad de Gales, en Gran Bretaña.

Su preocupación está centrada en el desarrollo de la ciencia en México y cómo construir una masa crítica de científicos que apoyen la conservación y el uso sustentable del capital natural y el incremento de los recursos humanos bien preparados. Todo su trabajo se ha enfocado en la demografía y ecología de poblaciones de plantas, a la demografía comparativa de árboles, a los estudios de ciclos biogeoquímicos en selvas tropicales y a estudios sobre la biodiversidad en México.

Multifacético, ha sido investigador y director del Instituto de Biología de la UNAM, coordinador de Ciencias y rector de la máxima casa de estudios de 1988 a 1997 y ha promovido incansablemente la formación de ecólogos mexicanos. Actualmente es el coordinador nacional de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio).

A lo largo de su trayectoria profesional, ha recibido más de treinta premios y distinciones entre las que destacan la medalla John C. Phillips, el más alto reconocimiento otorgado por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza y los Recursos Naturales, en 2008, y la Medalla al Mérito Cívico “Eduardo Neri, Legisladores de 1913”, otorgada recientemente por la Cámara de Diputados. Es miembro de El Colegio Nacional, la National Academy of Sciences y la Royal Society de Londres.

Vivir socialmente hemipléjicos

José Sarukhán Kermez

El trabajo de las mujeres en la casa permite, sin duda, a los hombres producir mayor riqueza de la que podrían generar de otro modo; por ello las mujeres son un factor económico de la sociedad. Pero también lo son los caballos... que no son económicamente independientes, como tampoco lo es la mujer.

Charlotte P. Gilman, 1898

Varios antropólogos físicos y sociales coinciden con el hecho de que el control del fuego, hace entre 700 mil y un millón de años, para procesar alimentos (lo que hoy llamamos cocinar) congregó a grupos de antecesores de nuestra especie (*Homo sapiens*) alrededor de la fogata, los cuales empezaron a compartir y socializar de manera cada vez más intensa sus experiencias y vivencias del día. Esa actividad inició la consolidación del proceso de evolución cultural de nuestra especie. Al grupo formado inicialmente por las mujeres con sus hijas e hijos, se agregaban –al final del día– los hombres, cuya función era fundamentalmente la de cazadores, pero que debido a la impredecibilidad de obtener piezas de cacería, con frecuencia dependían del trabajo de las mujeres para alimentarse, primero en la recolección y después en la cosecha agrícola. Éste fue, con toda probabilidad, el inicio de la unidad familiar cuyo núcleo se encuentra básicamente alrededor de las mujeres y su progenie.

Sherwood Washburn, un pionero antropólogo norteamericano describió el núcleo familiar y el papel de la mujer en él de la manera siguiente:

Cuando los hombres cazan y las mujeres recolectan, el producto se comparte con los niños, y esto se torna en una acción habitual entre el hombre, la mu-

jer y su progenie, el hecho se convierte en la base de la familia humana. De acuerdo con lo anterior [esa] familia [...] es el resultado de la reciprocidad en la cacería, la integración del hombre al grupo social de la mujer y sus niños.

Algunos eventos en el transcurso de la historia evolutiva de nuestros antepasados humanos, como probablemente pudieron ser las crecientes conflagraciones bélicas de conquista de territorios y la competencia por recursos alimenticios cuando la densidad de los grupos de *Homo sapiens* incrementó y empezó a expulsar localmente a los grupos menos beligerantes o más débiles, produjo una creciente dependencia de los grupos familiares hacia los hombres, mucho menos constreñidos por el cuidado de las crías y con mayor adaptación a la labor guerrera. Probablemente, también haya jugado un papel central el hecho de que la carne se fuese convirtiendo en una parte crecientemente importante de la dieta familiar, un alimento cuya obtención era más difícil para las mujeres que para los hombres. No hay manera de saberlo. El hecho es que en tiempos históricos hay evidencias muy escasas y restringidas a ciertas áreas geográficas (Oceanía, por ejemplo), de sociedades matriarcales, ni siquiera de una sociedad igualitaria.

La división del trabajo entre los dos sexos, aunque puede diferir en las diversas zonas geográficas, es una característica universal que se remonta a tiempos previos a la expansión de los humanos por el mundo, probablemente hace unos 70 mil a 100 mil años. Era una división del trabajo fundamentada en el binomio cacería-recolección, donde el aporte de calorías en la dieta por parte de cada sexo podía variar dependiendo de las condiciones ecológicas del entorno en que vivían los primeros grupos de humanos; esta división de responsabilidades entre los géneros en la provisión de la energía necesaria para crecer, vivir y mantenerse sanos tuvo un resultado muy importante, la generación de ciertos estándares morales propiciados por la responsabilidad de mantenimiento de la unidad fami-

liar. La especialización en la división del trabajo produjo un incremento en la eficiencia del uso del tiempo y de la energía individual, y se piensa que fue una piedra angular en la manera en que se conformó el comportamiento humano. No sólo esto, sino que al parecer tuvo influencia en el condicionamiento psicológico de cada sexo, que perdura hasta nuestros días.

Charles Darwin, en su seminal estudio *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* sobre la diferencia de la expresión sexual en animales y en especial en *Homo sapiens*, establece que debe de haber habido una selección en los hombres hacia una mayor agresividad para ganar en la competencia por tener una pareja, mientras que las mujeres actuaban de manera más selectiva hacia la pareja masculina, y escogían a los ejemplares más fuertes y vigorosos. Sin embargo, a mí no me resulta del todo claro el proceso por el cual se generó una dependencia hacia el género masculino, especialmente a la luz de que una parte muy importante del desarrollo de la domesticación de plantas y la revolución agrícola –base del despegue de la etapa moderna de la evolución cultural– giró alrededor de la actividad femenina, mucho más observadora y perceptiva de los atributos adecuados de las plantas que estaban en su universo de interés y que acabaron por ser, a lo largo de milenios, los cientos de cultivos de los que ahora dependemos. Esto no quiere decir de manera alguna que los hombres no hayan participado en el proceso del desarrollo agrícola, sino simplemente que su participación tal vez tuvo que ver más con las tecnologías agrícolas que con el proceso de selección bajo domesticación –generador de las plantas cultivadas– en el que las mujeres desempeñaron un papel más relevante.

Haya sido como haya sido –y no tenemos una idea muy clara de cómo ocurrió– en algún momento del proceso de evolución cultural –que duró cientos de miles de años– se dio un cambio de dependencia muy marcado del núcleo familiar, y de hecho de toda la sociedad que retroali-

menta dicha dependencia, hacia el género masculino. Este desbalance ha marcado un desequilibrado desarrollo social en casi todas las sociedades, con un costo enorme hacia el género femenino, y sin duda para la humanidad como un todo. Pero también hay que aceptar el hecho de que a veces el maltrato o la discriminación hacia las mujeres puede provenir de las mismas madres, que en la familia –seguramente como resultado de los estereotipos aceptados por su sociedad– generan en contra de las hijas, mientras que se favorece a los miembros varones.

En los países con serios rezagos educativos, que además han sido sujetos de colonizaciones largas, como es el caso del nuestro, ese desbalance de género es mucho más marcado. No creo necesario hacer desfilar la larga serie de ejemplos, bien conocidos por nosotros, de los resultados de ese desequilibrio. Aún nos falta mucho como sociedad para diseñar una estructura operacional del país y una organización de la forma de vida que sea menos desventajosa para la plena expresión de la creatividad y la capacidad intelectual de las mujeres mexicanas. ¿Ha habido avances? Sin duda, pero del todo insuficientes, especialmente si salimos de los núcleos metropolitanos del país a las poblaciones medias y especialmente el medio rural. La ideología de la superioridad masculina sigue viva y con relativa buena salud. Aún no estamos en una situación en que las mujeres posean el mismo grado de autonomía personal y de control de los medios de producción. Las mujeres siguen ocupadas en trabajos considerados “desprestigiados” –que los hombres desprecian– y “propios” de las mujeres, como lavar los platos, proveer de agua a la familia en las zonas rurales sin acceso a agua entubada, así como conseguir leña para cocinar, barrer y en general limpiar la casa.

Mi entorno de trabajo, que se ha restringido mayoritariamente al de la universidad y a la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) es atípico de lo que pasa en la mayoría de los sitios

de trabajo en el país. La Universidad Nacional Autónoma de México posee una matrícula que refleja fielmente la relación de sexos del país y su planta de personal académico y de trabajadores de apoyo es bastante equilibrada. Donde hay un gran desbalance de género es en la Conabio: 65% de los empleados son mujeres, proporción que se mantiene casi igual en los puestos directivos. En ambas instituciones las consideraciones de sexo no están reflejadas en las oportunidades de acceder a responsabilidades de trabajo ni en diferencias de sueldo, pero es claro que la carga de desigualdad inherente a la forma de vida de la sociedad mexicana como un todo no deja de tener un papel limitante en el desarrollo de las personas.

Una de las limitaciones en el desarrollo y la equidad en las mujeres, y que existía hasta hace pocas décadas, era el acceso de las mujeres a la educación superior. A fines de la década de los ochenta y noventa del siglo xx, cuando tuve el privilegio de regir la UNAM, por primera vez empezamos a observar que la proporción de mujeres y hombres estudiantes en la UNAM y en ese caso igualmente en un buen número de universidades públicas, se acercaba mucho o era ya igual a la tasa sexual del país. Esto en mi opinión –en ese entonces– tendría consecuencias sociales muy importantes. La primera tiene que ver con el desempeño escolar de los hijos, supongo que desde la educación básica y secundaria, pero sin duda también en la media superior y la superior. Según los datos que teníamos, el desempeño escolar de las y los estudiantes es resultado de varios factores; sin embargo, el factor individual más importante, que influye en el desempeño escolar en el bachillerato y la licenciatura son los años de estudios de la madre (*no del padre*), en especial si esos estudios incluían la educación superior. Otra influencia muy importante en el comportamiento de las hijas e hijos es sobre la prevención de la salud, que incluye hábitos higiénicos y de cuidado personal, lo cual tiene repercusiones multimillonarias en el gasto futuro en salud pública del país.

Un elemento más, nada trivial, es el empoderamiento para mantener el control sobre su fertilidad. Es bien conocido –a escala internacional– que el único factor que se relaciona con una reducción de la tasa de natalidad en todas las sociedades del mundo es el nivel educativo que las mujeres han alcanzado. No sé si algún sociólogo o grupo de ellos haya hecho un estudio concienzudo de los efectos sobre el futuro del país, cuando más y más generaciones de mujeres egresadas de la educación superior se incorporan a la vida productiva del país y asumen responsabilidades familiares y de otra índole. Una muestra precoz de lo que estoy relatando es que en la entrega de la Medalla Gabino Barreda (que se otorga a los más altos promedios de cada generación en la UNAM) dos de cada tres personas que la recibían en ambos sistemas del bachillerato de la institución eran mujeres.

Romper con la inveterada inercia de dominio del sistema de patriarcado con el fin de lograr la equidad social, política, económica y cultural para las mujeres requiere cambios que se deben iniciar desde la forma en que se educa a hijas e hijos en el entorno familiar. Esto no es fácil cuando los “educadores en casa” son, a su vez, personas que han heredado todas las taras del sistema patriarcal. Algunos de los cambios que deberíamos realizar en México para igualar las oportunidades de desarrollo y expresión de creatividad de las mujeres –y yo diría en general de la gente joven– deberían incluir una amplia disponibilidad de opciones que permitan a las mujeres adaptarse a sus necesidades familiares y anímicas de cuidado familiar, como guarderías profesionalmente manejadas por personal calificado y certificado, de manera que las mujeres, no importa su nivel de ingresos, tengan la seguridad y la tranquilidad del cuidado profesional de sus hijos, y, en consecuencia, la libertad de dedicación a sus responsabilidades de trabajo e incluso de esparcimiento; también se debe recurrir a las opciones de trabajo desde la casa, que es

posible ahora con la facilidad de las comunicaciones electrónicas, o bien se debe recurrir a horarios más flexibles de asistencia a los lugares de trabajo. Esto puede hacerse sin demérito del desempeño de trabajo de las personas. Otra modificación importante de la situación actual sería que los hombres tuviesen como prestación regular en sus empleos, periodos de cuidado posnatal que les permita asistir a sus esposas en la atención de sus recién nacidas hijas e hijos.

Un serio problema, no sólo en nuestro país sino en general en el mundo, quizá con algunas excepciones en los países nórdicos, es que no nos percatamos de la pérdida de oportunidades de análisis de nuestras realidades sociales, económicas o ambientales, de la capacidad de encontrar nuevas y originales soluciones a esos problemas, de incorporar sensibilidades y percepciones que enriquecerían enormemente el proceso de encontrar salidas a los problemas que afectan a la sociedad desde la pobreza y marginación sociales, hasta la conformación de civilidad educada y exigente con sus gobernantes, finalmente de la apropiación social de medidas discutidas participativamente y consensuadas por 100% de la población adulta, causada por la severa reducción de la participación del género femenino.

No sé si llegaré a ver esto durante mi vida en este país. Pero de verdad deseo que ocurra cuanto antes, para bien de las generaciones que nos seguirán. De ellos será la riqueza de una sociedad sin las taras de la discriminación de género y de la pérdida de casi la mitad de la capacidad creativa de nuestra juventud, la riqueza de una sociedad con plenitud de oportunidades para todo mundo, no perfecta, pero sí mucho más justa que lo que tenemos ahora.



TRINO. Es uno de los caricaturistas mexicanos más reconocidos en la actualidad gracias a su talento y a su peculiar sentido del humor. Licenciado en Ciencias de la Comunicación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, inició desde muy joven su carrera en la caricatura haciendo dibujos para sus compañeros.

Lleva como monero más de veinticinco años y desde 1981 lo realiza de manera profesional. Premio Nacional de Periodismo 2001 y Premio Pagés Llergo por la revista *Siempre* al mejor caricaturista de 2006. Sus tiras se caracterizan por criticar cuestiones sociales más que políticas. Uno de sus personajes más sobresalientes es *El Santos*, un luchador que representa la antítesis de cualquier superhéroe, empeñado en salvar a la humanidad de las desgracias que la amenazan. Ese cómic refleja, a través de situaciones peculiares, irónicas y divertidas, parte de la actualidad mexicana.

Es un constante buscador de propuestas de humor. Además de realizar sus tiras cómicas, ha participado en proyectos radiofónicos desde la década de 1980 como *El festín de los marranos*, *Gárgaras*, *Cucamonga*, *Tripas de gato*, *La Pi taya Ye-yé*, y desde 2009 tiene el programa semanal *La chora interminable* en Radio UDG y Radio UNAM.

Participó en 2011 en la exposición de once carteles sobre equidad de género con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, expuesta en las instalaciones del Sistema de Transporte Colectivo-Metro, en la Ciudad de México.

Su deseo es descubrir a alguien que abre el periódico en la mañana y ver la expresión de su cara al leer su tira. Actualmente se pueden hallar sus tiras en los diarios de Grupo Reforma o en su sitio www.trino.com.mx



SIN
REINAS

NO
HAY
REYES
CHIQUITOS



SIN
CAJERAS

NO
HAY
ASALTOS
GRACIOSOS



SIN
MAMÁS
Ni
ESPOSAS
COMPAÑERAS

NO HABRÍA
MONEROS



AL MENOS
NO ESTARÍA YO
TRINO.



LOS INCAS

La Hermandad de San Ignacio
de Loyola
Fundada el 15 de Agosto de 1888
en el Convento de San Ignacio de Loyola
de San Francisco de Asís, Lima, Perú.
Su fin es el de propagar el culto
al Santo Patrono de la Patria.
Su sede es en el Convento de San
Ignacio de Loyola, Lima, Perú.
Su Presidente es el Sr. D. Juan
Antonio de la Cruz.



IGNACIO LÓPEZ TARSO. Poseedor de una gran fuerza dramática, es considerado uno de los más destacados actores de México. Su amor por el arte escénico se inició a los ocho años de edad, cuando sus padres lo llevaron a una carpa.

Nació el 15 de enero de 1925 en la Ciudad de México y estudió en la Academia de Arte Dramático del Instituto Nacional de Bellas Artes. Su debut teatral como estudiante fue en la obra *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, y dos años después lo hizo profesionalmente con *Nacida ayer*, de Garson Kanin.

Desde entonces, ha interpretado a personajes del teatro griego, de los Siglos de Oro españoles y de dramaturgos como Shakespeare, Molière, Ionesco, Miller, entre otros, e incluso ha incursionado en la comedia musical.

En cine, ha actuado en cincuenta y tres películas, en las que ha interpretado desde el indígena en *Macario* (1959), el pepenador en *El hombre de papel* (1963), el pícaro en *La vida inútil de Pito Pérez* (1969), el cacique en *La casta divina* (1977), bajo la dirección de Luis Buñuel, Ismael Rodríguez, Roberto Gavaldón, Julio Bracho, Carlos Saura, John Huston, entre otros.

Su amplia y exitosa trayectoria artística incluye más de cien obras teatrales y espectáculos, la grabación de discos de poesía y corridos de la Revolución, infinidad de programas de televisión y treinta telenovelas, entre las que destacan las históricas como *La tormenta*, *Senda de gloria* y *El encanto del águila*.

Ha recibido premios y homenajes en cada una de las ramas de su desempeño.

Ha sido presidente de la Asociación Nacional de Intérpretes (ANDI), secretario general de la Asociación Nacional de Actores (ANDA), del Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica (STPC) y diputado federal por el 8° distrito del Distrito Federal.

Mujeres a escena

Ignacio López Tarso

I

Antes de que el concepto de discriminación tomara forma en nuestra sociedad, antes aun de que se considerara que hombres y mujeres somos iguales y que, por lo tanto, debemos ser tratados de manera equitativa, la discriminación existía. Por raza, color, condición social y desde luego, por género, el trato diferenciado a las personas ha sido costumbre: maltrato y mala costumbre que, como la mala hierba, es difícil erradicar.

Durante siglos ni siquiera se pensaba en que las condiciones podrían cambiar: así era y punto. En México, por partida doble –las tradiciones indígenas y la cultura hispánica–, el predominio de los hombres hizo del machismo una práctica común, un hábito diario. Algo que por repetido pasa a ser normal y por normal, casi invisible.

“Así nos educaron”, podríamos decir, y sin paramos a reflexionar, continuar las mismas prácticas, seguir en la comodidad de las costumbres de siempre. Siglos de tratar de dejar a las mujeres confinadas en su supuesto destino de encierro, de ocupar un plano secundario, de quedarse en la oscuridad, de condenarlas a no tener las mismas oportunidades. Sin embargo, Heráclito tenía razón, el tiempo no se detiene, su perpetuo flujo como caudal de un río hace que nada permanezca igual, que todo cambie constantemente.

Tras años de esfuerzos, de luchas constantes por remontar la corriente, las mujeres pueden en estos días tomar el destino en sus manos, pero no son todas, ni todos los machos han dejado de existir. Hay todavía grandes obstáculos, todavía queda mucho camino por recorrer.

Como uno debe hablar de lo que conoce o sabe, y mi vida, larga ya, ha transcurrido en el teatro, gracias a esta oportunidad que nos brinda el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, puedo ahora dar testimonio de algunas historias que no sólo han marcado nuevos derroteros en la cultura y el teatro en México, sino que han dejado una profunda impresión en mi desempeño como actor y en mi vida profesional y personal.

Son éstas historias de mujeres que, adelantadas a su momento, vivieron vidas plenas, mujeres que con gran valor y fuerza desafiaron las convenciones sociales y culturales. Su esfuerzo y trayectoria son un ejemplo que inspira y que ha tenido resultados visibles y admirables.

II

En los escenarios del mundo, en diferentes épocas y distintas culturas, imperó durante mucho, mucho tiempo, la total exclusión de las mujeres. Indispensables en toda construcción humana y por lo tanto también en toda forma dramática, las mujeres no podían representarse a sí mismas. En la Antigüedad, en el ritual del teatro griego, si bien se les aceptaba como espectadoras, los papeles femeninos, fueran de diosas o reinas, eran desempeñados por hombres.

La tradición ancestral del teatro noh en Japón marcaba que, tras las delicadas máscaras de rasgos femeninos usadas para la representación dramática, fueran indefectiblemente hombres los que asumían el papel de mujer.

Lo mismo sucedía en el teatro isabelino, hombres caracterizados representaban a las grandes heroínas: la hermosa Julieta era un hombre...

Mucho tiempo tuvo que pasar, y mucha agua del río que contemplaba Heráclito tuvo que correr, para que las mujeres ganaran el derecho a estar en el escenario y actuar los papeles que les tocaba desempeñar.

Cuando al fin ellas pudieron ser actrices, no tardó en ponerse un alto precio al atrevimiento. Pertenecer a la farándula era poner las virtudes y los valores propios en entredicho: ser actriz durante años fue sinónimo de liviandad, de reputación dudosa. Las “señoritas de buena familia”, no podían ser tiples o bataclanas, como despectivamente se agrupaba a toda aquella que osara trabajar en un escenario teatral.

El rechazo social y la admiración del espectador masculino corrían de manera paralela. Flores, obsequios, aplausos, pero al mismo tiempo una mujer del teatro era considerada poco menos que una aventurera por la llamada “gente decente”.

Si la discriminación en lo social era una constante, en lo laboral el trato era igualmente desfavorable. Tampoco, por supuesto, había ninguna clase de apoyo por el hecho de ser madres, sino que generalmente eran despedidas, y en este oficio si no trabajas, no cobras.

III

Así, en un ambiente dominado por estos modos, apareció primero una mujer fuera de serie: doña Virginia Fábregas. Su vida fue –esa sí, y en el mejor de los sentidos– una aventura verdadera. Huérfana de padre, desde muy joven combinó su trabajo como maestra en una escuela para sordomudos con su afición al teatro. Venció la oposición materna y debutó como actriz profesional en 1892, cuando tenía 21 años. Luego de formar

parte de la compañía de Leopoldo Burón, con quien viajó a Cuba, gracias a su talento comenzó a destacar. Pronto logró fundar su propia compañía de teatro y en el Teatro Arbeu –a manera de irónica revancha– representó ella a don Juan Tenorio. Con grandes esfuerzos, buscando ayudas, utilizando su fama y el reconocimiento que la seguía, adquirió el antiguo Teatro Renacimiento y lo remozó para bautizarlo con su propio nombre. Con su compañía o con otras, recorrió el país de arriba abajo.

La llegada de tiempos difíciles con la Revolución, la obligó a irse de gira a Centro y Sudamérica. Con 24 toneladas de equipaje, con sus compañeros y compañeras de trabajo, a bordo de coches de caballos, trenes, barcos, lanchones y hasta a lomo de burro, logró llegar en 1912 nada menos que hasta Buenos Aires.

Ni las dificultades económicas ni los problemas familiares –ella fue la primera en obtener en México un acta de divorcio– ni el cuidado de los hijos y luego de los nietos la apartaron nunca de su vocación y su vida, el teatro.

En su doble papel, de actriz y empresaria, cabeza de su compañía, doña Virginia Fábregas vivió todo lo imaginable: revoluciones, accidentes, huracanes, sublevaciones en países remotos, y por si fuera poco las tribulaciones de las dos Guerras Mundiales.

Con una fuerza increíble y una energía sorprendente, nunca dejó de trabajar: organizaba giras, presentaba obras nuevas, buscaba la manera de conservar su teatro y su compañía. Su apellido y su legado han llegado hasta nuestros días, a través del trabajo continuo de hijos, nietos y bisnietos: una familia de actores, actrices y empresarios. Un ejemplo de profesionalismo admirable.

IV

Otra mujer destacada en la historia del teatro mexicano fue María Tereza Montoya. Proveniente, ella sí, de una familia dedicada a la actuación, la Montoya, como se le conocía y llamaba a la usanza de los grandes, fue también empresaria y actriz de grandes vuelos. Nacida con el siglo xx, debutó en el teatro a los tres meses de edad, y no lo dejó sino hasta su muerte, setenta años después.

Al quedar huérfana muy niña tuvo que trabajar para ayudar a la familia y lo hizo en lo que sabía hacer, como actriz en los escenarios. A partir de 1917 formó diversas compañías y organizó giras por toda la república. Fue al sur de Estados Unidos, atravesó el Golfo para representar en Cuba, viajó también hasta Perú, Colombia, y Argentina. Luego fue invitada a ofrecer una gira por España.

Su talento y su temperamento de primera actriz la llevaron a interpretar personajes creados por los más célebres dramaturgos, desde Oscar Wilde hasta Jacinto Benavente, pasando por Federico García Lorca o Bertolt Brecht.

La Montoya hizo también cine y televisión. Frecuentó a escritores y artistas, y fue socia fundadora de la Asociación Nacional de Actores, la ANDA. Dos de sus hijas son también actrices.

María Tereza Montoya fue, al igual que muchos de sus personajes, como aquella inolvidable Madre Coraje (de Bertolt Brecht), una mujer de gran temple y valor. Ella, por su calidad como actriz y por los tiempos que le tocaron vivir, fue el puente entre el teatro tradicional y las nuevas tendencias.

V

En México, las nuevas tendencias en el teatro, llegaron a finales de los años veinte del siglo xx, con el Teatro de Ulises. La vieja escuela, la de las compañías de repertorio, funcionaba con escenografías pintadas sobre telones –que se planchaban al llegar a cada destino–. Se montaban obras generalmente de repertorio chico, con personajes parecidos para poder utilizar vestuarios semejantes así como a los mismos actores y actrices contratados para representarlos. Los diálogos no se memorizaban por completo, por lo que el apuntador, en su infaltable “concha”, era un miembro indispensable. No se trataba de buscar el realismo en la representación, sino de apelar a las emociones de un público que no tenía muchas otras opciones de diversión.

El Teatro de Ulises era lo contrario. Conformado en torno a la revista *Ulises*, en la que participaron los Contemporáneos, Salvador Novo, Celestino Gorostiza, Gilberto Owen y Xavier Villaurrutia, con el mecenazgo de Antonieta Rivas Mercado, el grupo de El Teatro de Ulises, trajo cambios profundos que revolucionaron la forma de hacer teatro y la cultura en nuestro país. Con el grupo debutaron actrices como Isabela Corona y la muy joven Clementina Otero.

De ahí en adelante, el teatro moderno desmantelaría la “concha”, las obras serían memorizadas por los intérpretes y, entre otras innovaciones, las escenografías tendrían cuerpo y volúmenes. Eso naturalmente trajo cambios en muchos aspectos más.

Si hasta ese momento no había más escuela que los escenarios mismos, México transitaba a una nueva forma de ver y enfrentar el hecho teatral. En 1946 se fundó la Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes, la primera en México, de la que surgirán las nuevas generaciones de actores, con preparación académica y profesional. Los creadores del Teatro de Ulises, llamado para entonces de Orientación, son

también los primeros maestros, quienes con su preparación y altos alcances intelectuales, transformaron la escena nacional.

En ese momento, yo me reponía de una grave operación (una cirugía para recuperar la columna vertebral, que me había roto al caer de un árbol, cuando pizcaba naranja en Estados Unidos) y leía a Xavier Villaurrutia. En cuanto pude caminar, fui a buscar a Villaurrutia y lo encontré en la Escuela de Teatro de Bellas Artes. Durante un año completo, sin poder decidirme a entrar formalmente a la escuela, acudía un tanto a escondidas a las clases y fue ahí que conocí a Clementina Otero.

Elegante, bella y de una brillante inteligencia, la maestra Otero cautivaba a todo aquel que llegaba a conocerla. Fascinaba tanto como expresaba su primer cautivo, Gilberto Owen: “Me muero de sin usted”, y fue también inspiración para el gran poeta Villaurrutia, como atestigua su obra *¿En qué piensas?*

Pero regresando a cuando la conocí, Clementina Otero me impresionó mucho. Ella se desenvolvía con seguridad y se desplazaba por el salón aparentemente sin problemas. Luego supe que ella había padecido una grave enfermedad de la vista que la dejó casi ciega. Por conversaciones con algunos actores que habían trabajado con ella en los escenarios en aquel tiempo, me enteré de que en sus últimas actuaciones en Bellas Artes, ella había tenido que medir todo minuciosamente para poder trabajar. Contar sus pasos a cada una de las posiciones: tres pasos a la izquierda hasta el sillón, levantarse y quince pasos para alcanzar la puerta... todo lo ensayaba a detalle antes de que se abriera el telón cada noche, con gran dificultad. El público nunca se dio cuenta de nada, con esa seguridad se movía ella en escena.

Después la operaron, quizás, y ella, que fue tan discreta con su vida privada, hablaba muy rara vez del asunto, pero siguió dando sus clases, y siguió trabajando sin tregua, siempre con ánimo, con una dedicación realmente ejemplar.

Esta pionera del teatro nuevo no sólo participó en la fundación de la Escuela de Arte Teatral, sino que llegó a dirigirla (1965). Además de ser actriz y maestra, Clementina Otero fue una incansable promotora, junto a Concepción Sada, del Teatro Infantil de Bellas Artes, institución que también dirigió (1941-1948). Desde ahí puso en escena y escribió un gran número de obras, y presentó espectáculos con el fin de crear nuevos públicos.

Su labor constructora siguió con la danza. De 1965 a 1971 fue jefa del Departamento de Danza del INBA, donde desarrolló una invaluable labor de promoción y organización que aún perdura.

La admiré por su forma de luchar por lo que ella creía que valía la pena, por vencer la oposición que tuvo en su casa para dedicarse al teatro y por cómo conquistó todas las cumbres, pues no es nada fácil desempeñar todos esos cargos como lo hizo y entregarse a una labor decisiva para la cultura en México.

VI

A lo largo de mi propia vida en el teatro he tenido el privilegio de compartir la escena con grandes actrices, con mujeres de talento que han luchado y sabido triunfar para poder desempeñarse en lo que su vocación y destino les marcaba.

Hay un largo camino transcurrido, pero todavía queda un amplio trecho por delante... y qué mejor que una buena compañera para seguirlo caminando juntos: los hombres y las mujeres lado a lado.

Ofelia Guillmain, María Douglas, Carmen Montejo, María Teresa Rivas, Silvia Pinal, queridas y admiradas compañeras, va por ustedes, por que su ejemplo siga inspirando a muchas mujeres y hombres más, por que algún día la discriminación de género, raza, religión, posición social o económica sea solamente un mal recuerdo.

NICOLÁS ALVARADO. Es creador de un estilo de conducir programas culturales; sin embargo, lo que más le gusta es escribir. De sí mismo dice: “Soy un escritor que ahora hace tv, no soy un conductor de tv que escribe”.

Hombre muy interesado en los libros, en leer, ver televisión y cine, escuchar la radio y asistir a exposiciones y a casi cualquier cosa que se le presente, tiene como objetivo que el público se acerque a la cultura.

Es autor de *Con M de México. Un alfabeto delirante* (Norma, 2006) y *La Ley de Lavoisier. Ensayos y errores* (Norma, 2007), así como de la obra de teatro *Cena de Reyes* (2009), basada en textos de Alfonso Reyes. También ha colaborado en revistas como *Letras Libres*, *Nexos* y *Gatopardo*.

Para Canal 22, conduce *La dichosa palabra* y produce el programa literario *El letrero*. En Televisa, es comentarista de cultura de *Primero noticias* y conductor del programa *Final de partida*, que se transmite por Foro tv.

¡Oh, diosas!

Nicolás Alvarado

—Lo que tú eres es un misógino de clóset.

La sentencia, implacable, me tomó por sorpresa, me movió a ofensa. ¿Misógino yo? ¿Yo, que he tenido más jefas que jefes y me he llevado bien con todas y las he servido con disciplina y diligencia? ¿Yo, que he tenido más subalternas que subalternos y he reconocido sus capacidades –incluidas las mejores que las mías– y promovido su desarrollo profesional y otorgado sin chistar licencias de maternidad superiores a las que concedería cualquier jefe? ¿Yo, nieto de una abuela trabajadora e hijo de una madre trabajadora, criado por ambas –y sin figura paterna hasta los 11 años– en un ambiente rezumante de emancipación femenina? ¿Yo, pareja de mujeres invariablemente mayores –en más de un sentido–, trabajadoras y autónomas, independientes y con carácter? ¿Yo, marido de la más mayor de todas esas mujeres –y eso en todos los sentidos–, aquella que, puesta alguna vez en un ejercicio escolar a representarse con dos elementos gráficos, eligió una boca y un martillo? ¿Yo, cómplice laboral de algunas de esas mujeres –mi madre, que fue mi primera jefa; mi mujer, que es mi mejor socia– y de otras muchas, siempre mejor dispuesto al trabajo con ellas que con los hombres? ¿Yo, que cuento entre mis poetas favoritos a Dorothy Parker y a Edna St. Vincent Millay, que sostengo que Hannah Arendt y Simone Weil han sido dos de los grandes filósofos de la

historia, que, llamado a nombrar a mi pintor favorito, pronuncio siempre un nombre femenino (el de Tamara de Lempicka)? ¿A mí se me decía esto? ¡Horror! Peor todavía pensar quién me lo decía. Mi mejor amiga (una de tantas que tengo, y es que hasta hace poco siempre me había llevado mejor con las mujeres que con los hombres), que además es mi socia en un proyecto profesional, y que, de acuerdo con las normas de la sociedad que nos vincula, viene siendo otra de mis jefas. Lo afirmaba, para peor, frente a mi propia mujer y a otra amiga querida. Y las otras dos, en vez de defenderme —siempre he dependido de la bondad de las extrañas... y de las propias—, asentían muy quitadas de la pena, muertas de la risa.

—¡Pero si yo soy el que siempre abre puertas / enciende cigarros / deja pasar / camina por el lado exterior de la acera! —protesté.

—Tu caballerosidad es una manera elegante de decir que nos consideras perfectamente incapaces.

—¡Pero si me he pasado la vida recibiendo órdenes de mujeres, empezando por mi madre y mi abuela, siguiendo con todas mis jefas y las pocas novias que he tenido, terminando con Eunice, a quien siempre he reconocido como un ser superior a mí!

—¡Ay, cariñito! —terció mi mujer—. Eso te viene muy bien para eludir responsabilidades...

—¿Eludir responsabilidades?! ¡Pero si siempre he insistido en asumir yo todos los gastos de la casa...!

—Otro gesto discriminatorio.

—... ¡y siempre te he alentado a emprender cualquier proyecto profesional que te propongas!

—... para que *me entretenga en algo*.

A estas alturas apenas podían contener las tres la risa, sus voces entrecortadas confundidas en sonora cacofonía de juguetona crueldad.

—¡Y hasta permito que me maltraten!

—Ya, Nico, ya: es chiste.

—¡Ay, cariñito! Por eso me gustas: no por sumiso sino por macho, aunque ni te enteres.

(Lo peor es que, al filo de los años y de los golpes –metafóricos, claro está–, he descubierto que en todas las acusaciones que blandieron en mi contra esa noche no les faltaba razón. Vaya pues, otra vez, una disculpa, individual pero, sobre todo, genérica.)

Mis padres se divorciaron antes de cumplir yo el año y medio, y mi padre –el biológico, porque hoy llamo padre a quien cumplió tal función, el que apareció en mi vida poco antes de mi décimoprimer cumpleaños– se ausentó de mi existencia alrededor de mis cinco. (Las razones de esa ausencia son dolorosas y complejas –hay culpa suya, culpa de otros (o, para ser más preciso, de otras) y, lo admito, culpa mía, por lo que bien puede decirse a estas alturas que nadie tuvo la culpa– pero acaso sea el diván del psicoanalista, y no éste, el sitio pertinente para explorarlas.) Crecí, pues, bajo la autoridad de dos mujeres extraordinariamente fuertes. Mi madre, psicóloga de formación y periodista de profesión, exhibía un aliento profesional particularmente heroico –el necesario para mantenerse sola y mantener sola a su hijo– y cosechaba éxitos profesionales múltiples y reconocimiento público gracias a él; mi abuela, que en sus mocedades había sido cantante y actriz –las carencias económicas y el arrojo la llevaron a apuntarse, quinceañera, a un concurso de aficionados; el talento, la belleza y el tesón la condujeron a desarrollar una carrera fugaz pero luminosa en su natal México, en Estados Unidos y en Venezuela–, había ayudado a mi abuelo, venezolano, a erigir un emporio mediático en su país y había criado a cuatro hijos en medio de una existencia nómada, marcada por los sobresaltos políticos de la nación inestable en que su matrimonio la había hecho recalar.

¡Oh, diosas!

De pronto se descubrieron solas –una divorciada, la otra viuda–, pobres –la fortuna familiar había sido nacionalizada por una dictadura militar, y mi madre, que todavía no trocaba el laboratorio por el micrófono, malvivía de su sueldo de investigadora universitaria– y cargadas con el fardo de un infante al que mantener y cuidar. Así, se asumieron dupla imbatible, aliadas insuperables e inseparables con un propósito común: su supervivencia y la mía.

Si bien a ninguna le dio jamás por la militancia feminista –ambas resultan, de hecho, demasiado gloriosamente individuales para imaginarlas corear consigna alguna del signo que sea–, lo cierto es que, a veces, en su lucha compartida de mujeres solas y juntas, tenían accesos de lo que décadas después habría de conocerse, por cortesía de las Spice Girls –y más o menos con la misma profundidad discursiva que exhibieran antes mi progenitora y la suya– como *girl power*. “Los hombres son tontos”, sentenciaban a veces a coro, con convencida frivolidad. “Los hombres no entienden”: tal era la explicación al uso cuando eran ellas quienes no entendían a los hombres. “Fulana hace muy bien su trabajo”, comentaba mi madre a propósito de tal o cual compañera suya de la chamba, a lo que mi abuela replicaba, invariable, “Pues claro: es mujer”.

92

Lo peor es que la realidad cotidiana de mi vida con ellas parecía darles razón. No sólo aparecían perfectamente capaces de ocuparse de ellas mismas y de mí, sino que pronto, y pese a la ausencia de hombres en su vida –o acaso, habrían acotado ellas, gracias a ella–, habían logrado que nuestra situación económica transitara de una de relativa estrechez a una de no poca prosperidad. (Recuerdo todavía la comida en casa en que celebramos que hubieran logrado liberar la casa de la última de las hipotecas; ese día conocí el sabor de la champaña, y debe haber sido Dom Pérignon.) Lo que es más, lo hacían con gracia y con garbo, con *glamour* y con estilo, con encanto y con belleza. (Feliz accidente genético, soy nieto e

hijo de dos guapas irrefutables, celebrada cada una por ello en el momento de su máximo esplendor, e incluso allende éste; hado desgraciado: el que nada de eso les haya heredado yo). Y, lo que es todavía más, exhibían cada una un carácter fortísimo, que las llevaba a acusar una determinación admirable pero también una capacidad argumental combativa y terrible. (¿Los peores recuerdos de mi infancia? Las discusiones, pletóricas de lúcido y cruel sarcasmo, entre mi madre y mi abuela.)

Por discurso y por demostración me enseñaron que las mujeres eran superiores a los hombres. Y, ayuno de contrapeso masculino y endiosado con ellas que estaba, les creí. ¡Ay de mí! (Pero, sobre todo, ¡ay de las mujeres que hubieron de seguirles!).

La primera vez que llamé a alguien del sexo opuesto mi novia fue a mis tres años (para ser más exacto, yo decía que Mariola Vallejo era mi novia... aunque ella no lo sabía). La primera vez que llamé a alguien del sexo opuesto mi novia... y además me digné preguntarle si estaba de acuerdo en responder a tal apelativo fue a mis doce. Y la primera vez que besé a una mujer fue a mis catorce, misma edad a la que perdí la virginidad. (Como puede verse, soy de lento arranque pero, una vez encendido –prendido, si se quiere–, me encarrero.) Esas chicas, y todas a las que no me atreví a declarar mis intenciones en ese camino, constituyen recuerdos entrañables; de ninguna, sin embargo, diría que me enamoré. Para ello habría que aguardar a la aparición en mi vida de T., cuyo nombre reduciré aquí a una inicial –y ni siquiera la del nombre que suele usar– ya sólo porque el retrato que de ella pintaré aquí ha de resultar poco edificante. (Los caballeros no tenemos memoria... para los nombres.)

Tenía más años que yo, lo que a esas alturas –mis 17 años– no constituía ya, por extraño que parezca, una novedad en mi currículum amoroso. (Resultaría interesante desentrañar por qué me siento invaria-

blemente atraído por mujeres de más edad; pero, otra vez, no estoy tendido en el diván del psicoanalista.) Si bien hoy estoy cierto de que lo que la psicología gringa llama “inteligencia emocional” era un recurso limitado en ella (la prueba es que casi veinte años después no ha logrado formar pareja), es también verdad que su inteligencia racional era no sólo mayúscula sino deslumbrante (ágil para la réplica sagaz, hábil para jugar con las palabras, veloz para el coqueteo pero también para el descolón, lúcida para la reflexión siempre y cuando el tema abordado no bordara siquiera el universo de las emociones). Era, además, muy hermosa (de hecho, lo es todavía). Y divertida como sólo lo son quienes han sido tocados por la inteligencia –estrictamente racional, quiero decir– pero también por la amargura. Me enamoré (lo he dicho ya) y sufrí como un condenado.

Tuvimos dos años de una de esas amistades amorosas que, en la ficción, redundan en buena literatura y buen cine y, en la realidad, en malísima vida. Cuando le propuse formalizar nuestra relación se negó en redondo, argumentó –con característica irrefutabilidad, claro– que todavía era joven, y quería vivir intensamente, y que yo era sobre todo un amigo muy lindo y entrañable, y todas esas cosas presuntamente amables pero a decir verdad humillantes que dice la gente (a punto estuve de escribir “las mujeres” pero recuérdese que soy un hombre nuevo) cuando no está enamorada de uno.

Seguí la relación pese a ello. Acepté guardar uno de sus recuerdos: la llave de la habitación de hotel que había compartido con un político connotado (aunque, victoria pírrica mía, resultó que impotente), episodio del que no quería ella que se enterara su madre. Y no interrumpí nuestro extraño vínculo sino hasta la mañana en que, habiéndola dejado la noche anterior en un bar en compañía de amigos comunes –mi abuela se sentía mal–, me llamó para anunciarme que ya tenía novio formal, a quien había conocido entonces y ahí.

Perra.

Durante los siguientes dos años me atormenté por no haber estado a su altura, por no haber sido suficiente hombre para la tantísima mujer que me parecía ella. Al mismo tiempo, y a la luz de mis lecturas de Baudelaire y de Barbey d'Aureville y de Wedekind y de Nietzsche de toda una larga lista de adoradores de satán vestido de satín (es decir de misóginos de clóset, como era yo sin saberlo), la maldije por maldita, la desprecié por insensible, la asumí débil de corazón y de cabeza como Gertrudis y clamé, Hamlet dolido, "¡Fragilidad, tu nombre es mujer!"

A lo largo de los años anteriores, e incluso de los posteriores, me hice de muchas amigas. Y no se entienda aquí por amigas *amiguitas*, pues he tenido siempre con todas ellas relaciones castas, entrañables y fraternales. Cierto es que mis intenciones originarias con casi todas no respondían en lo más mínimo a tal descripción pero también que, al verme sexualmente desairado de manera casi invariable por ellas, supe reconcebir cada uno de esos vínculos potenciales como verdadera amistad. Concedo que es feliz sino de mi generación asumir viable la posibilidad de un vínculo afectivo desexualizado entre un hombre y una mujer heterosexuales, pero también que yo parezco cultivar tal modelo relacional más que la mayoría de mis contemporáneos. ¿Por qué? Hasta hace poco decía yo que porque me divertía mucho más con las mujeres, porque la pasaba mucho mejor con ellas, porque eran seres superiores con los que sí se podía conversar, sensibles como me parecían a las emociones como a la belleza. Alexandra, Fernanda, Aurora, Gina, Paola, Claudia –en riguroso orden cronológico, no se me vayan a ofender– son sólo las más cercanas y perdurables de esas hembras que ha sido mi privilegio tener por interlocutoras, pares y cómplices.

He tenido también algunos amigos –soy amiguero– pero hasta hace poco habría dicho que sólo con uno había alcanzado la cercanía que

¡Oh, diosas!

he mantenido a lo largo de los años con muchas mujeres: ése fue Diego. Sin duda ayudó que esa amistad se hubiera construido en la adolescencia, cuando tan importante resulta la identificación de género, y algo debe haber contribuido el hecho de que fuera hermano de mi amiga Alexandra. Pero lo cierto es que en él encontré un cómplice en la masculinidad –y, para ser justo y preciso, en mi muy particular forma de la masculinidad–: alguien con quien hablar de tragos y de ropa, de literatura y de coches, de música y de cine, de ideas y de emociones.

La amistad con Diego –hoy recuperada pero también, he de confesarlo, reducida más bien a un cariño de hermanos– fue un privilegio intenso pero fugaz: hubo de durar unos cinco años. Y hubieron de pasar dos décadas, y un tiempo de cambios emocionales verdaderamente vertiginosos en mi vida, para que lograra yo identificar a otro hombre con quien me interesara cultivar una amistad de ese calibre y me decidiera a hacerlo.

Dato interesante antes de abandonar la referencia a mi amistad juvenil con Diego: si nos distanciamos fue –¡claro!– por una mujer.

Me enamoré de Eunice como de nadie, y me sucedió por todas las razones equivocadas. Me llevaba más años que cualquiera de sus antecesoras, vestía botas industriales, medias de red y minifalda, era psicoanalista lacaniana (¡juy!) y de su boca acorazonada brotaban palabras lúcidas y lúdicas pero también a menudo tajantes. Dicho de otro modo, si recalé en sus brazos –además de porque, generosos, se me abrieron–, fue porque pensé haber encontrado en ella –¡al fin!– a la mujer que habría de destruirme la vida. (¡Además de misógino, masoquista!)

Por fortuna, me equivoqué. Al poco tiempo descubrí que, tras los aparejos de femme fatale intelectualizada –tiene, además, la constitución corporal que conviene al papel–, se ocultaba una mujer extraordinaria en

su bondad de espíritu, abocada al amor en los sentimientos como en la reflexión, volcada a la solidaridad y a la diversión y al acto de compartir, docta doctora en lo que Molière llamara l'amour médical. Maravillosa, pues, y mujer, lo que me hizo verla, y con justicia, doblemente maravillosa. Tanto así que la confundí con Dios (en quien hasta entonces decía no creer).

Por Eunice lo abandoné todo, hasta a mis amigas. No que me lo pidiera ella –que es poco celosa y más bien solitaria– y no que dejara yo de verlas, como tampoco dejé de ver a esos pocos amigos a quienes apreciaba, aun si con un punto de aburrimiento. Lo que hice entonces fue cortar toda comunicación significativa con todo ser humano que no fuera ella, erigirla, como reza un pésimo poema, en “mi amor, mi cómplice y todo” (subrayado ese “todo”, que no es, lo sé hoy, sino síntoma de enajenación).

No es casualidad que haya utilizado la palabra enajenación: tras trece años de felicidad idílica (es decir ilusoria) y algo más de uno de crisis matrimonial, apenas felizmente zanjada, he pensado mucho en ella. A Eunice le enajené mi vida –y ella, solidaria, soportó tal enajenación como mejor pudo– y, en el mismo acto, le fui acumulando un resentimiento que no merecía. Sólo con ella hablaba de mis cosas; ¿por qué entonces a últimas fechas parecía cansada de escucharme? Compartía absolutamente todo con ella –los viajes y las risas, las enfermedades y las penas, la cama y la cartera– y sin que me lo pidiera jamás; ¿no resultaba, sin embargo, un poco controladora? Cuando me planteaba un problema suyo, me apresaba a brindarle la solución y, si no la instrumentaba de acuerdo con mi consejo, pensaba que lo hacía por desdeñosa; ¿no era, en realidad, un poco cruel?

Literatura y neurosis mediante, hice de ella, a quien no en vano definiera alguna vez como “la superheroína del amor” –y lo refrendo hoy: sólo una superheroína habría podido aguantarme–, la Reina de Corazones, la belle dame sans merci. La erigí en Dios para imaginarla años pró-

¡Oh, diosas!

diga, meses colérica y entonces, pequeño Lucifer, rebelarme de mala y fea manera, por lo que a la fecha le pido perdón.

Aparecieron –y en buena hora– dos figuras masculinas importantes en mi vida: Herr Doktor, quien lleva tres años escuchándome perorar y cuyo apoyo paciente y lúcido me ha convencido, ahora sí, de que Dios no existe (aunque Eunice se parezca un pelín a la idea que me hago de Él); y José Luis, el segundo amigo en el tiempo y el mejor de todos en mi historia, el cómplice solidario y divertido e inteligente que necesitaba para reforzar mi propia identidad, ésa que sentía yo –¡craso error!– tan más allá del género y de esa noción de amistad entre iguales que erróneamente había yo despreciado tantos años. A ambos los usé como escudo contra esa furia eunuciana que, lo sé ahora, sólo existía en mi construcción auto-flageladora. Acaso los abollé un poco, y acaso hice que ella se diera un par de malos golpes contra ellos, es decir, contra mí. Creo, sin embargo, que por fortuna nadie salió herido de gravedad.

Ni siquiera yo.

Es ésta –cuando menos hasta donde logro ver– una historia con final feliz (es decir, con parcial final feliz, pues he aprendido ya también a abjurar de las certezas y de lo definitivo). No pienso ni siento ya que sean superiores las mujeres, ni siquiera la mía. No pienso ni siento ya que los hombres seamos inferiores (y celebro tener cerca no sólo a José Luis, y otra vez a Diego, sino a Julio, a Ricardo, a Luis Alberto, a Enrique, a Gerardo, al otro Diego, incluso a los jóvenes Jan y Glatt y Lucas, con quienes he decidido asumir ése el más masculino de los roles: el de mentor). Me siento más solo que nunca, pero también mejor acompañado que jamás. Y es que, por primera vez, tengo una mujer a mi lado. No arriba ni abajo de mí, sino, por fin, a mi lado (¡qué suerte que sea la misma!).



JAVIER CORRAL JURADO. Su infancia y juventud estuvieron marcadas por la orfandad, la pobreza y el periodismo, motivos que le dieron esa fuerza indomable que lo caracteriza y que lo han llevado a construir una defensa férrea del derecho a la información.

Huérfano a los diez años, junto con sus cinco hermanos, estuvo a cargo de su abuela. En 1977, con apenas once años de edad, fundó su primer periódico estudiantil para informar a sus compañeras y compañeros acerca de la situación en Chihuahua. Fue tan exitoso que recibió en la Casa Blanca el Premio Internacional de Periodismo de manos del vicepresidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Walter Mondale, integrante de la administración del presidente Jimmy Carter. A los dieciséis años fue secretario de la Asociación Periodística Chihuahuense.

Su carrera legislativa dio inicio en Chihuahua como diputado local en la LVII Legislatura, durante el periodo 1992-1995. Como senador de la República, impulsó la Ley de Acceso a la Información y como diputado federal presentó una iniciativa de ley para la creación de lo que hoy es el Canal del Congreso.

Estudió en la Universidad de Occidente, donde recibió el título de licenciado en Derecho y Ciencias Sociales con la tesis *La reforma de los medios. Camino para la auténtica democracia de México*, por la que recibió mención honorífica.

Es profesor de la materia Régimen Legal de los Medios de Comunicación, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Partido Acción Nacional desde 1982. Actualmente es diputado federal en la LXI Legislatura.

Juanas, Gaviotas, Eufrosinas y sin nombre. Una visión personal de la situación de las mujeres en México

Javier Corral Jurado

Tengo el honor de trabajar como diputado federal en la LXI Legislatura. En la bancada de Acción Nacional colaboro con cincuenta mujeres, una de ellas fue mi coordinadora parlamentaria, la diputada Josefina Vázquez Mota. A todas las admiro por su comprometida participación aun cuando la mayoría atiende otras responsabilidades concernientes a la familia y la maternidad.

Tuve conocimiento de las valerosas características de mis compañeras desde el 3 de septiembre de 2009. A tres días del inicio del primer periodo ordinario de sesiones nos encontrábamos en sesión plenaria 396 diputados de siete partidos diferentes, cuando la mesa directiva leyó ante todos diez solicitudes de diputados federales que pedían licencia por tiempo indefinido para separarse de su cargo.

Ocho de esas diez solicitudes estaban firmadas por mujeres, cuatro del Partido Verde Ecologista de México (PVEM), dos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), una del Partido del Trabajo (PT) y una del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Fue impactante darse cuenta de que muchas de estas solicitudes de licencia por tiempo indefinido estaban firmadas desde el día de la toma de protesta, el 1° de septiembre. Los escritos parecían machotes a los que sólo había que cambiar el nombre, la firma y el partido.

Por este conducto y con fundamento en el artículo 47 del Reglamento para el Gobierno Interior del Congreso General de los Estados Unidos Mexicanos, solicito licencia indefinida para separarme de mi cargo como diputada federal, a partir de esta fecha. Por tal motivo, solicito a usted realice todos los trámites conducentes que sobrevienen al presente acto jurídico y se llame a mi suplente.

Del municipio cafetalero de Coatepec, Veracruz, la diputada panista Silvia Isabel Monge fue la primera en externar solidaridad femenina, pero para desnudar la artimaña fue necesaria la perspicacia de la diputada Kenia López Rabadán, panista capitalina quien señaló:

Éste no es un asunto de género, compañeros, es un asunto de respeto a la dignidad de las personas. Cuando nosotros acudimos a esta cámara a representar a la ciudadanía representamos a los hombres, sí, pero también representamos a ese 51% de la población que somos mayoría en este país y somos las mujeres. Cuando [...] acudimos a cada una de las casas a pedir el voto [...] estamos pidiéndole también al ciudadano que vote por la congruencia, y lo que hoy sucede aquí sin lugar a dudas es la forma más burda de darle la vuelta a la ley [...] Poner mujeres en campaña y después sustituirlas por hombres no es ni legal ni ético [...] Hoy ninguna mujer del PAN renuncia; hoy ninguna mujer del PAN le dice a su electorado "Me voy".¹

¹ Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, "Diputados que piden licencia", *Diario de Debates*, año 1, sesión 3, jueves 3 de septiembre de 2009.

Por parte del PAN también hablaron en contra los diputados Mariela Pérez de Tejada, Gustavo González Hernández y mi paisana María Antonieta Pérez Reyes, quien remató indignada:

A cada una de las diputadas que hoy se están retirando les asiste el derecho de guardar silencio respecto de este tema [pero] si ellas sabían previamente que estaban en esa candidatura solamente como mercancía de canje, ¡qué vergüenza que sean parte de una simulación política!, porque en la ciudad donde yo vivo, en Ciudad Juárez, Chihuahua, las mujeres, muchas mujeres, no han podido siquiera ser dignas del derecho a la vida.²

A este vergonzoso episodio de la política mexicana se le llamó las *Juanitas*, en referencia a otro vergonzoso episodio de la política mexicana.³ Después del desenmascaramiento, el pleno decidió retirar ese punto del orden del día y remitirlo a la Junta de Coordinación Política, pero los suplentes ya estaban apalabrados, algunos, fieles espadachines de los poderes fácticos. Las *Juanitas* debían retirarse del cargo por licencia o mediante faltas consecutivas injustificadas, pero debían irse.

Del PVEM Mariana Ivette Ezeta Salcedo dejó el espacio a su hermano, ex consejero de la Cámara de la Industria de la Radio y la Televisión, Carlos Alberto Ezeta Salcedo. Katia Garza Romo abrió paso a su esposo

² *Ibidem*.

³ En referencia a *Juanito*, el personaje de Iztapalapa que apareció en la boleta electoral pero al que Andrés Manuel López Obrador comprometió a renunciar si ganaba para dejar su lugar a Clara Brugada. Todo sucedió después del litigio electoral que Brugada sostuvo frente a Silvia Oliva por la candidatura del PRD a la jefatura delegacional de Iztapalapa, donde el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación otorgó la candidatura a esta última en perjuicio de la primera.

Guillermo Cueva Sada (sobrino de Ricardo Salinas Pliego). Carolina García Cañón dejó su espacio a Alejandro del Mazo Maza. Laura Elena Ledesma Romo desertó, su suplente no accedió a tomar el cargo y se le asignó al siguiente ciudadano de la lista plurinominal, casualmente, su hermano, Eduardo Ledesma Romo.

Del PRI, además de que Ana María Rojas Ruiz entregó su curul a Julián Nazar Morales y Yulma Rocha Aguilar a Guillermo Raúl Ruíz de Teresa, también se registró tiempo después la salida de las siguientes priistas: Fuensanta Patricia Jiménez Case dejó su curul a Cuauhtémoc Gutiérrez de la Torre, Sara Gabriela Montiel Solís cedió su espacio a Enrique Salomón Rosas Ramírez, Hilda Esthela Flores Escalera entregó el escaño al Noé Fernando Garza Flores, delegado del Comité Ejecutivo Nacional del PRI en Coahuila, y, por último, nada más ni nada menos que la actual alcaldesa de Mérida, Angélica del Rosario Araujo Lara, en su pasado *juanitesco*, se hizo a un lado para dejar a Efraín Ernesto Aguilar Góngora, antes coordinador de Desarrollo Metropolitano de la gobernadora Ivonne Ortega y quien se vislumbra como precandidato a la gubernatura de Yucatán.

Por el PT ahora es diputado Alfonso Primitivo Ríos Vázquez, ex suplente de Anel Patricia Nava Pérez, y del PRD María Guadalupe Silerio Núñez pidió licencia indefinida a partir del primer día de enero de 2010, para dar espacio al tres veces diputado y dos veces senador Marcos Carlos Cruz Martínez.

El episodio de las *Juanitas* fue una situación condenable, primero por el simple hecho de burlar el espíritu de un mandato legal que promueve la equidad de género en los órganos de representación política, y obliga a los partidos a integrar las solicitudes de registro de candidaturas para el Congreso de la Unión con al menos 40% de candidatos propietarios de un mismo género, de manera similar las listas de representación proporcional deben integrarse por segmentos de cinco candidaturas en

donde al menos dos deben ser de género distinto y colocarse de manera alternada,⁴ pero también es repudiable el acto de humillación a la mujer al darle trato de vale canjeable.

Es impostergable una reforma al Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales para evitar estos hechos. Como presidente de la Comisión de Gobernación, el 13 de abril de 2011 circulé a los integrantes de la Comisión un proyecto de dictamen que reforma y adiciona diversas disposiciones del código electoral. El dictamen intenta proteger e impulsar la participación de grupos vulnerables de la población mexicana, como las personas con discapacidad y los mexicanos y mexicanas en el extranjero.⁵ En el caso concreto de las mujeres se plantea reformar el artículo 219 para adicionar el siguiente numeral:

En el caso de las candidaturas a diputados y senadores a elegirse por el principio de representación proporcional o aquellas de mayoría relativa que sean determinadas por un proceso de designación, el propietario y su suplente deberán ser del mismo género.

Sin duda esa reforma legal evitaría nuevas *Juanitas*, pero estoy convencido de que la raíz del problema es mucho más compleja. Así veo que las mujeres en México han logrado con mucho esfuerzo avances significativos

⁴ “Quedan exceptuadas de esta disposición las candidaturas de mayoría relativa que sean resultado de un proceso de elección democrático.” Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión, Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales, *Diario Oficial de la Federación*, 14 de enero de 2008, artículos 218 numeral 3, 219 y 220 numeral 1.

⁵ Véase en el micrositio de la Comisión de Gobernación, Dictamen con Proyecto de Decreto que Reforma, Adiciona y Deroga Diversos Artículos del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales, disponible en <<http://goo.gl/ELXTA>>.

en el reconocimiento de su trabajo y de sus derechos. Ahora es innegable la existencia de liderazgos femeninos en casi cualquier área profesional.

Sin embargo, observo del otro lado de la moneda muchas mujeres que son discriminadas por su sexo; por ejemplo, reciben salarios más bajos por el mismo trabajo que un hombre, son excluidas de la participación política en sus comunidades o en el peor de los casos padecen maltrato físico o psicológico, que muchas veces las conduce a la muerte.

Daré otro ejemplo de cómo se saca provecho electoral de las mujeres en la estrategia de comunicación de algunos políticos. La mañana del 4 de abril de 2011, el presidente municipal de Nezahualcóyotl, Estado de México, Édgar Navarro Sánchez, inauguró sobre la avenida Vicente Rivapalacio el parque recreativo Angélica Rivera de Peña. Horas más tarde, varios ciudadanos se mostraron inconformes con el hecho de asignar al parque con el nombre de la esposa del gobernador; por ello el Ayuntamiento decidió retractarse y lanzar un concurso abierto a la población para que el cabildo eligiera otro nombre de entre las propuestas ciudadanas.

Esa anécdota llamó mi atención durante la pasada elección para gobernador en el Estado de México en la que el pan me designó como delegado nacional. Hasta estar en ese contexto pude observar con más proximidad el aprovechamiento que algunos políticos hacen de la figura femenina, de su pareja sentimental.

No se trata de que ella simplemente lo acompañe de vez en cuando a algún evento laboral –como podría suceder si los sexos se invirtieran–, no, es una campaña mediática que consiste en registrar a la pareja desde los primeros momentos en los que se conocieron, pasando por una galería de fotos de la boda en el portal de noticias en internet, hasta llegar a numerosos artículos y portadas en la revista *Quién*. Es curioso ver esta estrategia en al menos dos posibles candidatos a la presidencia de la República.

¿Las mujeres pueden servir como Juanas o como Gaviotas? Con tristeza observo hoy la inclinación de un sector de los políticos mexicanos hacia el uso de la mujer con fines electorales, mientras que este sector de la población es un grupo vulnerable en buena parte del territorio nacional.

No reconocer la dignidad de las mujeres como seres humanos ocasiona una terrible realidad de violencia exacerbada en su contra, que muchas viven con crudeza. Así lo he percibido en los estados en que he estado en campaña, en el Estado de México y en Oaxaca, entidad en la que también fui delegado nacional del PAN en la elección de gobernador en 2009. Ambos estados comparten con Chihuahua, mi tierra natal, el grave problema de la violencia contra la mujer.

El Estado de México ocupa el segundo lugar nacional de mujeres de 15 años y más que han sufrido incidentes de violencia comunitaria, con 55.1%; asimismo, presenta un índice de violencia contra la mujer de 54.1%, superior al promedio nacional que es de 23.2%.⁶ Los homicidios dolosos cometidos contra mujeres en el periodo de 2005 a agosto de 2010 suman 922; con lo que se registra un incremento de más de 100% de 2005 a 2009, al pasar de 98 a 205 asesinatos.

En relación con la edad de las mujeres asesinadas se observa que 28.09% tenía entre 21 y 30 años de edad, 18.22% entre 31 y 40 años y 18.11% entre 11 y 20 años. Esto significa que casi la mitad de las víctimas (46.20%) fueron asesinadas cuando tenían entre 11 y 30 años de edad. Asimismo, de las 4 773 denuncias presentadas por el delito de violación de enero de 2009 a julio de 2010, la edad promedio de las víctimas es 26 años.⁷

⁶ *Mujeres y hombres en México*, México, Instituto Nacional de Geografía y Estadística/Instituto Nacional de las Mujeres, 2008.

⁷ Observatorio Ciudadano Nacional del Femicidio, *Una mirada al femicidio en México 2009-2010*, México, Católicas por el Derecho a Decidir, 2010.

Oaxaca también tiene cifras desoladoras. De acuerdo con datos de la *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares, en 2006* 61.2% de las mujeres de 15 años y más del estado de Oaxaca sufrieron algún tipo de violencia en el ámbito público o en el doméstico.⁸ María Teresa Ulloa, directora regional para América Latina y el Caribe de la Coalición contra el Tráfico de Mujeres y Niñas, también ha declarado que alrededor de trescientas niñas indígenas de Oaxaca son vendidas cada año a bandas de delincuentes para ser explotadas sexualmente por hombres de negocios en Japón.⁹

El caso que más llamó mi atención en Oaxaca fue el de Eufrosina Cruz Mendoza. El 4 de noviembre de 2007 Eufrosina decidió participar en la elección por la presidencia municipal de Santa María Quiébolani. Ganó los comicios, sin embargo, su triunfo se declaró nulo en la Asamblea Municipal integrada sólo por hombres. La razón fue simple: las elecciones en Santa María Quiébolani, así como en 418 de los 570 municipios de Oaxaca, se llevan a cabo bajo el régimen de usos y costumbres, y en este municipio las mujeres no tenían derecho a ser candidatas.

Eufrosina acudió ante el congreso oaxaqueño y el Instituto Electoral de Oaxaca, pero la respuesta fue la misma: no hay pruebas. Ella continuó su lucha y levantó una queja ante la Comisión Nacional de los Derechos Humanos y recurrió al Tribunal Electoral del Estado, pero ninguna acción fructificó. Tiempo después le ofrecieron un cargo en el gobierno del estado como premio de consolación, pero las acciones de Eufrosina no sólo iban encaminadas a defender su triunfo, sino que sus pretensiones

⁸ *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2006*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 2007.

⁹ *Conformación de la Misión México*, México, Misión Internacional por el Acceso a la Justicia para las Mujeres en la Región Mesoamericana, 2010.

eran superiores, su lucha era por defender los derechos políticos de todas las mujeres en Oaxaca.

Actualmente Eufrosina es diputada local en Oaxaca por el Partido Acción Nacional, además, es presidenta de la mesa directiva de la LXI Legislatura local, de manera que se convirtió en la primera mujer indígena en presidir el congreso del Estado. La lucha de Eufrosina cambió las estructuras políticas, pero también transformó las estructuras sociales, labor que continúa todos los días desde la asociación civil Quiego, cuyo lema reza: “Queremos unir, integrando por la equidad y género, a Oaxaca”.

Como hemos visto, la violencia contra las mujeres puede expresarse de diversas formas, todas ellas lacerantes para la sociedad. Quizá la expresión más cruda de ésta han sido los feminicidios en Chihuahua:

Localizado el cuerpo de una mujer no identificada [...] en las faldas del Cerro Bola en posición de decúbito dorsal y vestido con pantalón de mezclilla con el zipper abierto y dicha prenda en las rodillas [...] herida punzopetrante en seno izquierdo, escoriaciones en brazo izquierdo, golpe contuso con hematoma a nivel maxilar y a nivel de pómulo derecho, escoriación en mentón, hemorragia bucal y nasal, escoriación lineal cerca del cuello, de tez morena clara, 1.75 cm., pelo castaño, ojos grandes color café, 24 años, brassiere blanco por encima de los senos. Causa: de muerte asfixia por estrangulamiento.¹⁰

¹⁰ Subprocuraduría del Estado, Zona Norte, Oficina de Averiguaciones Previas, “Homicidios en prejuicio de mujeres que han causado indignación en diferentes niveles sociales de la comunidad (1993-1998). Averiguación Previa 9883/93-0604”, Ciudad Juárez, febrero de 1998, cit. en *México: muertes intolerables. 10 años de desapariciones y asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez y Chihuahua*, Madrid, Amnistía Internacional, 2003, disponible en <<http://www.amnesty.org/es/library/info/AMR41/026/2003>>.

La anterior es una cita del reporte que Amnistía Internacional publicó en 2003 sobre las desapariciones y feminicidios en Chihuahua, un documento completo y bien documentado: *México: muertes intolerables. 10 años de desapariciones y asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez y Chihuahua*. Faltan poco para cumplir una década de la publicación de este análisis y la situación no parece mejorar, por el contrario, la violencia intensificada a causa del narcotráfico ha empeorado la situación de las mujeres.

Ahora ellas además de padecer la violencia de la que ya eran víctimas, se han convertido en una especie de “botín de guerra” entre bandas del crimen organizado. La impunidad de los delincuentes les permite ejecutar atrocidades como violaciones tumultuarias, que se encuentran documentadas, pero quienes se han atrevido a denunciar han sido mutiladas o ejecutadas.¹¹

A finales de 2009, la Corte Interamericana de Derechos Humanos encontró culpable al Estado mexicano en la sentencia del caso *González y otras vs Estados Unidos Mexicanos*, pero las víctimas expresan lo mismo que hace ocho años: las autoridades minimizan la situación, hay maltrato, intimidaciones, se les ignora, no se actúa en las primeras horas que son cruciales, no se hace nada porque se tiene miedo de investigar a los narcotraficantes, hay absoluta negligencia.¹²

Julia Monárrez, investigadora del Colegio de la Frontera Norte, afirma que siguen desapareciendo mujeres en Juárez pero que ahora sus

¹¹ Marcela Turati, “Botín de guerra”, *Proceso*, 29 de noviembre de 2009, disponible en <<http://www.proceso.com.mx/?p=84116>>.

¹² Corte Interamericana de Derechos Humanos, *Caso González y otras (o campo algodonero) vs México. Excepción preliminar, fondo, reparaciones y costas*, sentencia de 16 de noviembre de 2009, serie C, núm 205, disponible en <http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_205_esp.pdf>.

cuerpos no aparecen. En un sistema de información que ha creado la académica, se observa que tan sólo en Ciudad Juárez y Valle de Juárez, ha habido 941 feminicidios entre 1993 y 2010. La región presenta una tasa ponderada de 7.79 feminicidios por cada 100 000 habitantes, con un significativo incremento de una tasa de 5.19 a 26.68 de 1993 a 2009. La edad promedio de las niñas y mujeres asesinadas es de 26 años; sin embargo, la más recurrente es de 17 años: 4.6% tenía esta edad al momento de ser violentada.¹³

A pesar de esta realidad, el gobierno de César Duarte, en voz de la titular de Control Interno de la Fiscalía General del Estado, Rosa María Sandoval, ha descartado que la situación “haya llegado al extremo de requerir una declaratoria de alerta de género”.¹⁴ De la misma manera se rechazó realizar la alerta de género en el Estado de México. La pregunta es ¿hasta cuándo se llega al extremo? Desgraciadamente nunca se cree que se ha llegado al extremo hasta que una de las víctimas es una familiar o un ser querido.

Así veo la situación de las mujeres en México, con buenas conquistas, pero con grandes contrastes. Atender las recomendaciones de organizaciones como Amnistía Internacional, acatar las resoluciones de autoridades como la Corte Interamericana de Derechos Humanos, apegarnos

¹³ Luiz E. Cervera G. y Julia E. Monárrez Fragoso, *Sistema de Información Geográfica de la Violencia en el municipio de Juárez, Chihuahua: georreferenciación y su comportamiento espacial en el contexto urbano y rural (sigvida). Reporte final*, Ciudad Juárez, Colegio de la Frontera Norte/Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres, 2010.

¹⁴ Miroslava Breach y Rubén Villalpando, “Los 222 asesinatos de mujeres ‘no ameritan’ decretar alerta de género en Chihuahua: FGE”, *La Jornada*, martes 23 de agosto de 2011, disponible en <<http://www.jornada.unam.mx/2011/08/23/politica/010n1pol>>.

a los mecanismos de protección a la mujer que nuestras leyes marcan, combatir la corrupción en todos sus niveles, sólo con estas acciones podríamos reconstruir la vida social. La violencia contra las mujeres no sólo las afecta a ellas, sino que lastima a la sociedad en su conjunto.



ALEJANDRO VALENZUELA DEL RÍO. Es reconocido en el medio por ser una persona dinámica, inteligente y con buen sentido del humor. En abril del 2008 fue nombrado director general del Grupo Financiero Banorte, una de las instituciones financieras líderes en México.

Con anterioridad fungió como director general de la Casa de Bolsa Banorte y Tesorero del Grupo Financiero.

Cuenta con una experiencia de 25 años en el sector financiero, tanto público como privado, y entre sus funciones en el sector público destaca el haber sido vocero del Gobierno federal durante la crisis de 1995 y, posteriormente, director de Relaciones Internacionales del Banco de México.

Cuenta con Licenciatura y Maestría en Economía de la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA), y Doctorado en Gestión y Evaluación de Proyectos de la Université Paris Dauphine y la École Supérieure de Commerce de París, y es graduado de la École Nationale d'Administration (ENA) en Francia.

Mujeres y sistema financiero en México

Alejandro Valenzuela del Río

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi pensamiento
que no mi pensamiento en las riquezas.

Y no estimo hermosura que, vencida,
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida,

teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

Sor Juana Inés de la Cruz

Hemos iniciado con un poema de sor Juana Inés de la Cruz como epígrafe, porque constituye una expresión de las características que hacen valiosas a las mujeres como profesionistas en el ámbito donde se desempeñen: responsabilidad, decisión, congruencia, constancia, lealtad y excelencia en su preparación académica y claridad de objetivos.

Al abordar el tema de mujeres en el sistema financiero, nos percatamos de que en la vida cotidiana y, más aún en el ámbito urbano, estamos acostumbrados a acudir a alguna sucursal bancaria con cierta regularidad. Ahí vemos tanto mujeres como hombres atendiendo las ventanillas, enfocados en proveer servicios bancarios, de seguros, de inversiones, de ahorros y pensiones. De hecho, la presencia femenina es particularmente relevante.

Sin embargo, cabe preguntarse si realmente hombres y mujeres participan por igual al interior del sector, si hay representatividad igua-

litaria en la toma de decisiones, si sólo es una cuestión de percepción influida por la imagen que presentan las instituciones en sus estrategias publicitarias. ¿Qué sucede en el ámbito rural, donde estas actividades no tienen el mismo peso específico?, ¿qué impacto tiene la actividad del sector en mejorar las condiciones de desigualdad que frecuentemente enfrentan las mujeres?, ¿tienen las instituciones financieras políticas específicas sobre equidad, igualdad de oportunidades de desarrollo personal o de no discriminación?

Como primera reflexión notamos que hay dos perspectivas para definir la participación de las mujeres en el sector financiero: una que se refiere a las mujeres como profesionistas en todos los niveles de las instituciones del sistema, y otra como usuarias y, en su caso, beneficiarias de los servicios financieros. Por ello, en el presente texto buscamos abordar estas dos vertientes desde el enfoque de género y se plantea también un panorama que, deseamos, sienta bases para un análisis más profundo del tema por parte de especialistas.

El enfoque de género

Por definición, *género* es el término que se utiliza para analizar y comprender los aspectos culturales (no biológicos) que explican las diferencias entre los roles sociales asignados a hombres y mujeres. Cuando se habla de perspectiva de género se hace referencia a la incorporación de esta categoría como un eje para estructurar construcciones teóricas dentro de diferentes ámbitos y disciplinas:

La perspectiva de género implica reconocer que una cosa es la diferencia sexual y otra cosa son las atribuciones, ideas, representaciones y

prescripciones sociales que se construyen tomando como referencia a esa diferencia sexual.¹

La perspectiva de género es una línea de análisis que se propone para la transformación de la sociedad hacia un estado de igualdad de condiciones y oportunidades tanto para mujeres como para hombres, así como para el establecimiento de relaciones equitativas entre ambos. De acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo (oit), la igualdad entre mujeres y hombres en el contexto laboral incluye la igualdad de oportunidades y de trato, de remuneración y de acceso a un desarrollo profesional de acuerdo con el talento.

En vista que las mujeres suelen estar en una posición desventajosa frente a la de los hombres en el trabajo, la promoción de igualdad de género implica darle una atención explícita a las necesidades y las perspectivas de las mujeres [...] Tanto las mujeres como los hombres, las niñas y los niños, deben ser libres para desarrollarse y tomar decisiones basadas en sus intereses personales y sus capacidades, sin limitaciones impuestas por roles de género y prejuicios.²

En este contexto, podemos plantear pautas para saber si las instituciones que conforman el sistema financiero mexicano tienen elementos para cumplir con estos requerimientos sociales de equidad.

¹ Marta Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Programa Universitario de Equidad de Género, 1996.

² Organización Internacional del Trabajo, "Género y desarrollo", disponible en <<http://www.ilo.org/global/topics/economic-and-social-development/gender-and-development/lang--es/index.htm>>.

Las mujeres que trabajan en el sector

En general, las estadísticas disponibles (publicadas por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, la Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de la Mujer, y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) distinguen entre empleo formal y no formal, niveles de educación, leyes y reglamentos, trabajo no remunerado y otros indicadores similares. Encontramos la mayor desagregación por sector en el *Atlas electrónico de género*, que publica el Banco Mundial y donde aparecen estadísticas sobre el empleo de mujeres y hombres en los sectores agrícola, industrial y de servicios. El sector financiero se considera dentro de este último rubro. Este documento señaló que en 2008 (último año disponible) el porcentaje de mujeres empleadas en el sector servicios en México fue de 80%. Los datos del periodo 1990-2008 muestran una tendencia al alza constante, aunque gradual. México ocupó el lugar 74 de entre 168 países analizados.³

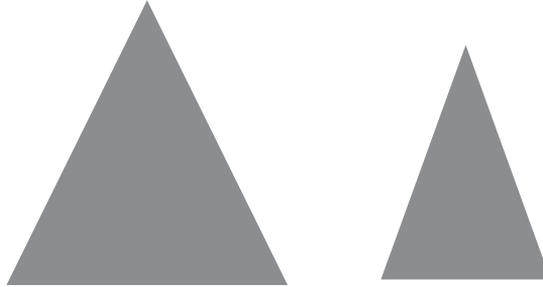
En lo que respecta a las instituciones financieras, por lo general, no cuentan con estadísticas públicas específicas sobre sus plantillas diferenciadas por número de hombres y mujeres. La Comisión Nacional Bancaria y de Valores cuenta con cifras totales sobre el personal empleado en la banca comercial, pero tampoco encontramos datos de la distribución por género. En febrero de 2012 la banca comercial contaba con cerca de 110 000 empleados. La siguiente gráfica muestra su distribución:

³ World Bank *eAtlas of Gender*, Washington, Banco Mundial, 2012, disponible en <<http://www.app.collinsindicate.com/worldbankatlas-gender/en>>.

Personal contratado por las instituciones bancarias

Empleos en el sistema: 109 410

Empleados en el G-7: 84 316
(Banamex, Banorte, BBVA, Bancomer, HSBC, Inbursa,
Santander y Scotiabank Inverlat)



Fuente: CNBV, feb. 2012

La Asociación de Bancos de México, en el *Informe de responsabilidad social y sustentabilidad de la banca 2010*, afirma que 49.7% de los colaboradores en los bancos son mujeres.⁴ Con respecto a la participación en la toma de decisiones, no hay directoras generales en las instituciones reguladoras del sector, como el Banco de México, la Comisión Nacional Bancaria y de Valores y la Secretaría de Hacienda, pero tres mujeres dirigen bancos actualmente: Georgina Kessel, directora general del Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos S. N. C. (Banobras); Nicole Reich de Polignac, presidenta y CEO de Scotiabank S. A. y María del Carmen Suárez Cué, directora general del banco BX+. En un universo de 41 bancos privados y 7 bancos de desarrollo, tres directoras constituyen una minoría, aunque hace sólo una década ninguna mujer ocupaba esos cargos.

⁴ Resultados de una gran sinergia: informe de responsabilidad social y sustentabilidad de la banca 2010, México, Asociación Mexicana de Bancos, 2012, p. 25, disponible en <<http://viewer.zmags.com/publication/21153162?page=24#/21153162/24>>.

En cuanto al siguiente nivel de administración, las direcciones adjuntas o de área y niveles equivalentes, los datos se encuentran dispersos: si bien todos los bancos publican sus directorios, no hay cifras sobre la proporción de género ni estadísticas sobre la evolución o las tendencias en este sentido. Contamos con tres ejemplos: en Banobras, S.N.C., hay una directora (de Administración de Riesgos) entre las 11 direcciones existentes; en Nafin, de 10 direcciones adjuntas, 3 son encabezadas por mujeres; en Banorte hay 80 mujeres en puestos de alta dirección. Se puede observar claramente que la participación general de la mujer en el sector financiero, aunque todavía es modesta, muestra una tendencia positiva. Un estudio de toda la banca podría aportar cifras que muestren el panorama real y el seguimiento estadístico permitiría identificar tendencias, así como áreas de oportunidad.

Por otro lado, es bien conocido el rigor de estas instituciones para la selección y contratación del personal y, en muchos casos, del grado de especialización profesional que requiere el personal en el sector financiero. En ese sentido, es posible que en el pasado el acceso a la educación superior haya sido un factor importante de la distribución de género en el sector. Sin embargo, actualmente es claro que este factor ya no es válido ante la profesionalización de las mujeres, su capacidad gerencial y de liderazgo. Asimismo, hay importantes avances que destacar:

- Todos los bancos (públicos y privados) cuentan con códigos de conducta que incluyen criterios sobre equidad y no discriminación por razones de género. Aunque todavía hay mucho por hacer, la aplicación de estas disposiciones es una base sobre la que deben fincarse prácticas efectivas.⁵

⁵ Véase, por ejemplo, el Código de Conducta de Banobras, disponible en <http://www.banobras.gob.mx/quienessomos/InformacionFinanciera/Documentos%20Art%2031/conducta_2009_60x90_OK.pdf>.

- La banca de desarrollo está sujeta a los Programas de Cultura Institucional de la Administración Pública Federal. Éstos abarcan temas como transparencia, combate a la corrupción y transformación de condiciones que posibiliten la igualdad (política, económica, social y cultural) entre mujeres y hombres que laboran en tales instituciones. Incluyen acciones como la aplicación de encuestas periódicas sobre clima laboral, donde se incluye el tema de equidad y género. La banca comercial también aplica encuestas de clima laboral (realizadas por evaluadores externos) que incluyen aspectos de equidad de género. En su informe de 2010, la abm menciona que para la elaboración de las políticas de protección, salud, guarderías, actividades culturales y deportivas se toman en cuenta siempre las necesidades de la familia, que engloban necesariamente cuestiones sobre maternidad, cuidado de los hijos y calidad de vida familiar.
- En 2012, la ABM y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) firmaron un convenio de colaboración para fortalecer la cultura de la no discriminación y el respeto a la diversidad entre sus miembros asociados y su personal.

Mujeres usuarias del sistema financiero

Es importante subrayar que el porcentaje de incumplimiento a obligaciones de pago es muy inferior al de los hombres. En esta sección, a través de dos casos, esbozaremos el impacto de los servicios financieros en la calidad de vida de las usuarias, sobre todo en aquellas que son cabeza de familia.

Microcréditos

Según datos de la *Encuesta Nacional de Micronegocios* realizada en 2008, 47% de los micronegocios en México está encabezado por mujeres.⁶ Según Pro Desarrollo, Finanzas y Microempresa, A.C., hasta diciembre de 2010 las instituciones de microfinanzas en México atendieron a 5 576 433 personas con productos de crédito, ahorro y microseguros. En promedio, estas instituciones atienden a 96 000 clientes, de los cuales 80% son mujeres y 53% vive en zonas rurales. Esta institución es la red nacional de instituciones proveedoras de servicios financieros populares que otorgan créditos, asesoría y capacitación a la población en condiciones de pobreza.

El sector público también impulsa a este sector a través de instrumentos como el Programa Nacional de Financiamiento al Microempresario (Pronafim) y el Fideicomiso del Fondo de Microfinanciamiento a Mujeres Rurales (Fommur), de la Secretaría de Economía. Estos programas funcionan a través de microfinancieras independientes constituidas como Sofoles o Sofomes. Fommur otorga microcréditos accesibles a mujeres rurales con el objetivo de impulsar sus proyectos productivos, mejorar las oportunidades de empleo y fomentar el ahorro.⁷

⁶ Edgar Huérfano, "Dominan las mujeres en el sector de microfinanzas", *El Economista*, 8 de marzo de 2012, disponible en <<http://eleconomista.com.mx/finanzas-publicas/2012/03/08/dominan-las-mujeres-sector-microfinanzas>>.

⁷ Sobre estos programas de microcréditos, véase "Mujeres emprendedoras", en Programa Nacional de Financiamiento al Microempresario, *pronaftm.com.mx*, disponible en <<http://www.pronaftm.gob.mx/pws1264.asp>>; Alicia Boy, "Una opción para la mujer emprendedora", *Conciencia Femenina*, 15 de noviembre de 2011, disponible en <<http://www.concienciafemenina.com/2011/11/15/opcion-mujer-emprendedora>>, y Villafani-Ibarnegaray, Marcelo y Claudio González Vega, *El sector bancario y las finanzas populares mexicanas: retos, oportunidades y amenazas para las organizaciones de microfinanzas*, México, US-AID México, 2006.

En el documento *Evaluación de impacto 2008-2009 del Programa Nacional de Financiamiento al Microempresario (Pronafim)*, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México concluyó que este programa incrementó el empoderamiento de las mujeres que participaron en él. Este informe indica que en los dos años analizados, cerca de 75% de las mujeres contestó que sí decide más cosas en su hogar a partir de los créditos otorgados o en el inicio de algún negocio.

El empoderamiento supone un proceso complejo y de largo plazo, se parte del supuesto de que el microcrédito puede impactar directa y/o indirectamente en algunas variables que pueden permitir la detonación de procesos tales como la generación autónoma de ingresos, manejo independiente de dinero, autonomía en ciertas decisiones, cambios en la división sexual del trabajo en el hogar, valoración de las actividades de las mujeres dentro y fuera del hogar, desarrollo de la autoestima, asunción de responsabilidades públicas, conciencia de derechos, entre otros.⁸

Productos comerciales específicos para mujeres

Un caso que, con cierto sesgo, pero con mucho orgullo nos resulta relevante presentar es el concepto Mujer Banorte, que ofrece productos dirigidos a mujeres que participan en el mercado laboral, como Cuenta Mujer

⁸ Germán Pérez Fernández del Castillo (coord.), *Informe sobre la evaluación del microcrédito en México. Primera parte: Encuesta de Impacto Social y Empoderamiento a través del Microcrédito (EISEM) 2003*, México, Secretaría de Economía/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 32, disponible en <http://www.pronafim.gob.mx/documents/doc_12_42_181.pdf>.

Banorte que, además de contar con las características típicas de las cuentas de cheques, ofrece una gama de beneficios exclusivos, que incluyen descuentos en establecimientos comerciales, seguro para enfermedades de la mujer, orientación y asistencia en el hogar (electricidad, plomería, etc.) y asesoría jurídica (laboral, familiar, etc.), entre otros.

En 2010 cerró con casi medio millón de cuentas y una captación de más de cinco mil millones de pesos. Esto confirma que los productos diseñados para satisfacer las necesidades de mujeres autosuficientes y con capacidad de ahorro pueden ser exitosos en términos comerciales.⁹ Más recientemente, se dio a conocer también Hipoteca Mujer Banorte, que ofrece especialmente una serie de beneficios adicionales al crédito de las mujeres para adquirir un inmueble.

A manera de conclusiones

- Existe una amplia área de oportunidad para elaborar estudios sobre la situación y tendencias de las mujeres en el sector financiero mexicano.
- El sector financiero, especialmente la banca, está abierto al escrutinio y mejora en asuntos de género.
- Es necesario ampliar la disponibilidad y cobertura de información relacionada con la participación de las mujeres en el sector financiero, tanto en el ámbito laboral como en el consumo de servicios financieros.

⁹ *Informe anual 2010*, México, Grupo Financiero Banorte, 2011, disponible en <http://www.banorte.com/doc/Informe_Anual_Banorte_2010.pdf>.

- Se observan avances en las áreas de selección y contratación equitativa, prestaciones, marcos normativos bancarios e impacto en las finanzas personales de las usuarias. Comienza a ser visible la participación femenina en la toma de decisiones en los niveles gerenciales de la administración financiera.
- Los datos disponibles indican que aún falta poner en práctica acciones para que el sector financiero mexicano pueda considerarse equitativo en términos de género. El convenio de la banca con el Conapred ofrece un marco para seguir avanzando en este camino que al final del día nos permitirá contar con un mejor sector, y con ello, potenciar plenamente el talento humano con el que cuenta México.

Agradecimientos

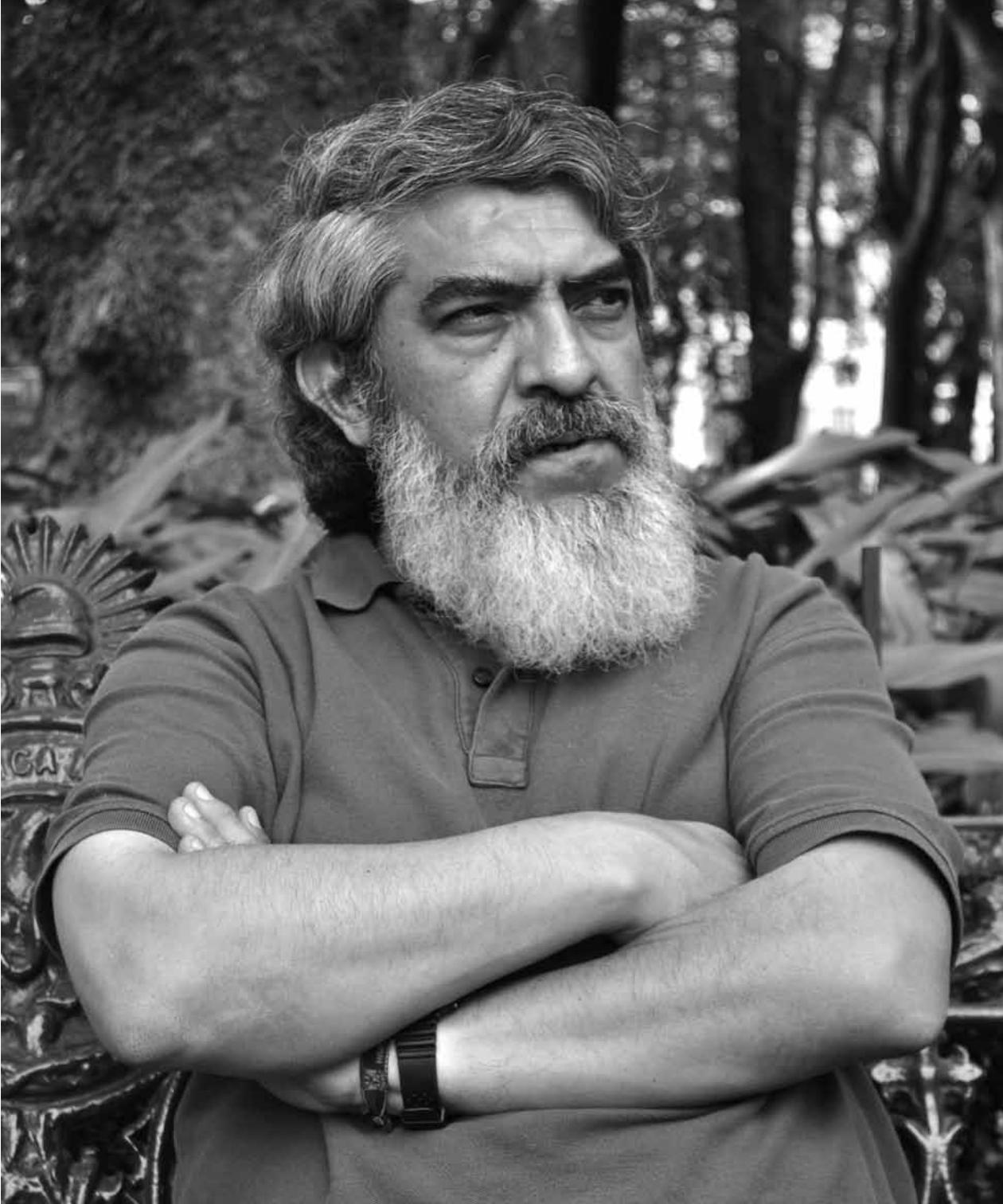
No puedo dejar de agradecer profundamente al Conapred la valiosa oportunidad de abrir a la reflexión pública la participación de las mujeres en el sector financiero. Preparamos estas líneas con la esperanza de que el sector financiero considere la perspectiva de género como punto de partida para alcanzar niveles mayores de equidad. A través de esfuerzos como el reciente convenio entre la Asociación de Bancos de México y el Conapred y la presente publicación, se pone de manifiesto la apertura total para avanzar hacia una meta de justicia detonadora de mayor potencial de desarrollo para nuestro país.

Agradezco la valiosa colaboración de Sylvia Benítez Dávila, estudiante de Lengua y Literatura Hispánicas de la unam en la preparación de la información y la revisión del texto, a Georgina Kessel, directora general de Banobras, por su apoyo y a María de Lourdes de la Fuente Deschamps,

directora de Administración de Riesgos de Banobras, por sus comentarios. Y a todas mis compañeras de Grupo Financiero Banorte que constituyen un pilar fundamental en el logro de nuestros objetivos.

Bibliografía

Benchmarking de las microfinanzas en México 2010: un informe del sector, México, ProDesarrollo, Finanzas y Microempresa, A.C., 2011, disponible en <<http://www.prodesarrollo.org/sites/default/files/documentos/benchmarking/bench%202011ch.pdf>>.



JUAN GUILLERMO FIGUEROA PEREA. Es *puma* de corazón y ocupa sus ratos de ocio para ser profesor e investigador en El Colegio de México, así como profesor de asignatura en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Cursó estudios en Filosofía y Matemáticas; además, tiene una Maestría en Epistemología de la Población y un Doctorado en Sociología y en Demografía.

Estudioso de temas de paternidad, salud y sexualidad de los varones, este filósofo mexicano es coordinador de ocho libros relacionados con el estudio de la reproducción, la salud y la sexualidad. Actualmente hace investigaciones sobre comportamientos reproductivos de los varones, ética de la investigación social, políticas públicas relacionadas con los comportamientos reproductivos y el discurso religioso y derechos humanos de las personas creyentes.

De acuerdo con su experiencia, algunos modelos de socialización masculina promueven un ejercicio de la paternidad basado principalmente en la responsabilidad del sustento económico y en el ejercicio de la autoridad, y a la vez le dan poca legitimidad a las dimensiones lúdicas de la compañía, la diversión conjunta y la construcción mutua de afectos; no obstante, él confía en que la reflexión constante sobre nuestros aprendizajes de género contribuirá a reinventarnos como personas, así como a divertirnos y dignificarnos en la convivencia cotidiana.

¿Son o tratan de ser...? (Re)cuento en diez tiempos

Juan Guillermo Figueroa Perea

I

¿Será posible reubicarse en una sesión académica hablando de derechos reproductivos y ejemplificando algunos desencuentros de género, por los diferentes significados que tienen los silencios y los supuestos alrededor de la extraconyugalidad como infidelidad? ¿Tendrá sentido recordar la respuesta personal –de él– ante una interrogante –de ella– que buscaba conocer el acuerdo que vivía al respecto? ¿Valdría la pena recordar cuando él aludió a la película *Intimidad* (con su trama de dos personajes que se encuentran de vez en cuando sin pedir demasiada información sobre sus identidades) como analogía ante una petición –de ella– sobre una lectura o primera síntesis de la experiencia vivida y compartida? ¿Qué quedaría en el recuerdo de cada quien?

129

II

¿Tuvo lógica ofrecer una reflexión –desde la iniciativa de él– sobre derechos en el intercambio, luego de un apasionado juego hipotético sobre las posibilidades reproductivas –de ella–, retomadas *a posteriori*? ¿Cómo reaccionar ante la alusión –de ella– de una larga espera afectiva al pare-

cer concluida la reflexión? ¿Tenía sentido proponer una delimitación de expectativas –según él, para evitar una desigualdad emocional– ante la percepción –de él– de que no podía responder a la intensidad percibida, precisamente por el sentido de la exclusividad –ofrecida por ella–? ¿Qué significado fue adquiriendo su oferta y respuesta, en términos de una amistad amorosa o bien un amor amistoso, pero vividos ambos desde la distancia física y temporal, en especial con reencuentros impredecibles, pero descritos como una forma de alimentar la experiencia conjunta? ¿Era acaso un exceso de racionalización o un aprendizaje a partir de las experiencias vividas?

III

¿Qué generó la convivencia constante en el espacio de ella –y además buscada por él–, ante la distancia física y emocional que la antecedía varios años? ¿Qué nuevos bríos y estímulos emergieron ante la pasión desatada por la reescritura dialogada y la intensidad discursiva, en el mejor de los sentidos? ¿Cuánto tiempo era factible seguir ese ritmo de escritura? ¿Qué reacción produjo en ella que él citara a Mercedes Sosa con su “Sólo se trata de vivir”, aludiendo a la necesidad de nuevos amores –de ella–? ¿Qué proyectos se pospusieron en ambas partes ante la novedad de una interlocución recuperada? ¿Qué vulnerabilidades se generaron ante la intensidad de una cercanía no tan esperada en esos tiempos y momentos? ¿Cómo leer el sentir –de ella– de que antes tenía “un vestido y un amor” y ahora él no desmentía totalmente cuando ella le mencionaba que sus amigas le hablaban de su enamorado? ¿Qué horizontes se abrían al escucharla decir que “Él sí sabía acompañar los placeres de la otra persona” –como ella–?

IV

¿Qué emociones se generaron ante la poesía que festejó y descubrió ella en los escritos de él? ¿Qué encuentros y desencuentros pudo generar la insistencia de él en no esperar un amor amistoso de tiempo completo y además exclusivo, y sí en cambio una amistad amorosa parcial y además abierta (por definición original) a otros espacios amistosos, y amorosos precisamente por no necesitar estar delimitada? ¿Qué temores produjeron algunas amistades comunes, cuando algunas de éstas al parecer dejaron huellas en ella, mayores que alguna cirugía y no precisamente en términos positivos? ¿Cómo reinterpretar en ese momento esa amistad con amor ofrecida de manera explícita –por él– ante el celo de ella por las citas académicas de amistades previas? ¿Cómo decodificar que una petición inocente –de él– en términos de matizar sus comentarios detonara –en ella– descalificaciones globales, por vivirlo como “Una respuesta brutal”, hacia prácticas habituales de él –como los viajes–, a pesar de que éstos posibilitaron retomar esta interlocución festejada, que ella llegó a agradecer, precisamente por su “Práctica más estática de viajar menos” –dicho por ella–? ¿Era tan frágil el diálogo y el sentir que pequeñas aclaraciones –de él– generaron rupturas definitivas? ¿Cómo responder a la demanda –de ella– por los silencios –de él–, a pesar de que éstos se anunciaron buscando serenar el diálogo y evitando error, al no acabar de entender los argumentos y sentimientos –de ella–?

V

¿Cómo remontar un primer gran bache en el intercambio cuando ella aludía a la excepcional capacidad y encanto docente que él mostraba, incluso como parte de un imaginario que alimentaba la existencia de alumnos

de ambos sexos idealizando –y amando en silencio– a su profe? ¿Cómo dialogar con la mera intuición de ella cuando a la vez no estaba dispuesta ni necesitaba dar razón de lecturas discrepantes, “dado que Habermas y Luhman así lo dicen”? ¿Cómo alimentar la libertad de sentirse que él le ofrecía desde la oferta de exclusividad de ella? ¿Cómo contrarrestar la autoexclusión de ella ante supuestos amores platónicos que ella identificaba de ex alumnas, a pesar de que “el supuesto depositario” de ellos intentara posicionarse de manera muy transparente ante ella, reconociendo el valor e importancia –de ella–? ¿Cómo manejar “democráticamente” una capacidad de seducción masculina, identificada de manera múltiple por ella –quien lo llegó a describir como “sabio y generoso”– y por otras alumnas? ¿Cómo entender las reacciones físicas –de ella– que ante la intensidad de ciertos encuentros hacían emerger el lenguaje de las alergias?

VI

¿Cómo interpretar una propuesta –de él– de no intimidad inmediata – como sugerencia, no como imposición–, que buscaba asegurar igualdad de oportunidades en las decisiones sexuales, ante la solicitud inmediata de ella de hospitalidad no planeada de común acuerdo? ¿Cómo reaccionar ante la valoración de ella sobre el deber ser –de él– pero desde una lógica –de ella– supuestamente experimental y vivencial, pero exageradamente normativa –según la lectura de él–? ¿Cómo retomar entonces a Serrat y su provocadora metáfora de “Tener que ganarla día con día, sin confiarse en sí mismo”? ¿Cómo recuperar a Restrepo y su lectura de la ternura, “soltando de manera constante y agarrando sólo de común acuerdo”? ¿Cómo redescubrir y reinventar la relación a pesar de la supuesta familiaridad con la persona?

VII

¿Cómo mantener una comunicación desde la aparente retirada sin restarle valor, ni interés a esa amistad amorosa anunciada y reiterada de diferentes formas –por él–, pero no nombrada racionalmente –por sugerencias de ella–? ¿Cómo invitar sin dominar a quien inspiró ese amor amistoso? ¿Pasaba por la intimidad negociada en cada encuentro –como lo imaginaba él–? ¿Cómo construir el intercambio sin asumir formatos para él? ¿Genera algún ilícito el gusto por volver a verla, a pesar de la necesidad de reconocerla y ante la expectativa de escucharse nuevamente? ¿Era tan aberrante invitarla para empezar nuevamente, pero cada quien desde su intimidad? ¿No sería más inequitativo seguir asumiendo la intimidad? ¿Cómo pensar y sentir a alguien más, estimulando al mismo tiempo el ser pensado y sentido desde la otredad? ¿Qué tan vivencial fue el diálogo sobre una experiencia política y qué tanto ella misma jugó con lo racional que cuestiona en él? ¿Cómo evitar una interpretación semiántica académica, cuando se esperaba una reacción intuitiva más experiencial, desde una lógica supuestamente fenomenológica, como ella dice sostener de manera insistente? ¿Cómo ironizar los reclamos de ella, jugando en lugar de reaccionar indefinidamente a los malos entendidos? ¿Cómo divertirse remontando sus agresiones innecesarias y sus reclamos permanentes?

VIII

¿Cómo tomar distancia lúdica de un reencuentro supuestamente conciliador, ante la lista interminable –de ella– de nuevas quejas y señalamientos de dobles intenciones –de él– en experiencias muy directas y naturales –según él–? ¿De qué forma dialogar ante aclaraciones pedidas por él,

pero ignoradas por ella, bajo el supuesto de que existen enriquecimientos semánticos permanentes y a pesar de que se jugaba con juicios de valor –desde alguien que dice cuestionar al otro, por vivir de acuerdo con “un deber ser”? ¿Cómo contrarrestar el relativismo de una conversación que cambia permanentemente sin caer en el caos o en generalizaciones? ¿Cómo alimentar el sentir desde el silencio del no decir-aclarar-acotar-matizar qué se quiso decir, cuando se decidió cuestionar, aunque hubiera sido nombrando hipótesis para poner a prueba? ¿No sería más inequitativo seguir asumiendo interpretaciones? ¿Cómo recibir sus silencios después de su desahogo golpeando para muchos horizontes?

IX

¿No será obvia la reacción de desazón ante una cena sin disponibilidad de aclaración alguna –a preguntas básicas de él– y además con un olvido selectivo –por parte de ella–? ¿No es entendible la renuncia –de él– a la obsesión masculina aprendida alrededor de la genitalidad, ante la percepción de la no cercanía en la afectividad, integralmente imaginada? ¿Cómo reconstruir la memoria desde la desmemoria –de ella– y la provocación a la interlocución pero pasando por “silencios a discreción” –de ella– y amparándose en una metodología reflexiva, adoptada y vivida –desde la adolescencia de ella–? ¿Cómo interpretar las descalificaciones académicas de alguien que defiende discursivamente la vivencia y las múltiples experiencias posibles?

X

¿Cómo escuchar un juicio escatológico –por parte de ella– sobre el sufrimiento futuro de él, por su confusión entre discurso y práctica, con los

mismos argumentos que antes eran las raíces de la supuesta capacidad de seducción al por mayor –de él, según ella–, que le permite –a él– el acceso a tantas amistades amorosas –según ella–? ¿Cómo entender la lectura de él en términos de que existen muchos amores amistosos pero que cada uno es único? ¿Cómo escuchar la calificación –de ella– sobre la incapacidad de escucha –de él– cuando en múltiples momentos fue vista como la principal cualidad de cercanía y de seducción –de él–? ¿Será un cambio semántico más? ¿Cómo aclarar que más que agresión personal –de lo que ella ahora se disculpa, aunque lo dice porque lo vive así– los calificativos sobre la masculinidad ingenua o sobre la no revisión de la historia personal –de él–, también podrían convertirse en una autoagresión para quien se arriesga a emitir dichos juicios, en especial al no tener alguna propuesta clara de construcción de la experiencia cotidiana –con él–? ¿Cómo recuperar la propuesta liberal del encuentro académico de hace tiempo ofrecida ante los múltiples miedos conservadores –que él percibe en la interacción con ella–? ¿Quién fue ella para él y qué le significó ella a él –como se preguntan–...? ¿Se lo habrá contestado alguna vez –él a ella–...? ¿La habrá escuchado –él–? ¿Lo habrá escuchado –ella–? ¿Habrán dialogado realmente? ¿Son –él y ella– o tratan de ser –ella y él–?



LUIS H. ÁLVAREZ. Chihuahuense de nacimiento y chiapaneco por adopción, es un político con larga trayectoria en la lucha por la transformación democrática de México. Con indeleble actitud quijotesca, inició su lucha por las libertades cívicas bajo el impulso del fundador del Partido Acción Nacional, Manuel Gómez Morín.

En 1956, fue candidato de ese partido al gobierno de su estado y dos años después a la presidencia de la República. En 1983, fue elegido alcalde de la ciudad de Chihuahua. Al advertir una andanada antidemocrática en las elecciones para renovar el poder estatal y los municipales, en 1986, encabezó una caravana por la democracia hasta Querétaro y realizó un ayuno público de cuarenta días en protesta por los atropellos que sufrió su estado en materia electoral.

Entre 1994 y 2000 fue senador por Chihuahua. En ese carácter, fue presidente fundador de la Comisión de Concordia y Pacificación, encargada de coadyuvar en la construcción de un acuerdo de paz entre el gobierno federal y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Haciendo suyas las legítimas demandas de atención de los pueblos originarios, se desempeñó como coordinador para el diálogo y la negociación en Chiapas entre 2000 y 2006, y director general de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de 2006 a 2009. En 2010, el Senado de la República le otorgó la medalla Belisario Domínguez, máximo galardón que el Congreso otorga a un ciudadano mexicano. Actualmente, es consejero presidencial para la atención a grupos vulnerables.

La fuerza del civismo femenino

Luis H. Álvarez

El pueblo en que nací en Chihuahua tenía nombre femenino: Santa Rosalía de Camargo. Al paso del tiempo, la población aumentó y ahora se llama, simplemente, Ciudad Camargo. Me queda, no obstante, el recuerdo de ese lugar cálido y apacible en el que transcurrió mi infancia, en un hogar marcado por la presencia de las mujeres como sólido soporte moral y espiritual.

Mi madre, Josefina Álvarez, tenía firmemente arraigadas convicciones y costumbres religiosas; nos enviaba a clases de catecismo los sábados y abordaba en conversaciones cotidianas pasajes de los evangelios. Mi padre muy pocas veces tocaba esos temas y lo propio se observaba en los demás hogares formados por el vasto clan Álvarez. Lo veíamos como algo natural porque comportamientos similares observábamos en familias cercanas.

Así como mi madre ponía especial cuidado en inculcar en sus hijos el hábito religioso –cuyo contenido ético es indeleble patrimonio–, en mi padre, Tomás Álvarez, el ejemplo se orientaba en otro sentido: el culto al trabajo. Él y sus hermanos eran muy emprendedores y activos.

Compartí esa formación con mis hermanas Josefina, Carmen Rosario y Hortensia; y, desde luego, con mis hermanos Adolfo y Tomás.

Tanto mis hermanas como mis hermanos tuvimos condiciones de igualdad para el desarrollo de nuestras personales vocaciones. No hubo limitación alguna por razones de género o alguna otra especie.

El destino propició que fuera en el colegio donde estudiaban mis hermanas en San Antonio, Texas, donde conocería a Blanca Magrassi, mi compañera de toda la vida. Hija de migrantes italianos avecindados en México, desde temprana edad enfrentó situaciones adversas que lejos de disminuirla contribuyeron a forjar su carácter y su voluntad. Siempre fue estudiante aplicada y, año con año, ganó la beca que le permitió estudiar en aquella escuela para mujeres de San Antonio y continuar hasta culminar una brillante carrera que la llevó hasta un doctorado en educación.

Habiéndonos casado y viviendo en Ciudad Juárez nuestro futuro podría haber sido próspero y apacible, toda vez que tenía una actividad empresarial que nos permitía vivir con cierta comodidad.

Sin embargo, la inquietud cívica se manifestaba con creciente vigor en mi horizonte. Habiéndolo advertido ella, platicamos los pros y los contras de una probable incursión mía en la política. Tal era su preocupación que me hizo prometerle que jamás participaría en esa actividad.

En eso habíamos quedado, cuando en 1956 un grupo de amigos me invitó a una asamblea del Partido Acción Nacional, que se llevaría a cabo en Chihuahua. La reunión estaba encabezada por don Manuel Gómez Morín, el fundador de esa organización. El encuentro tenía como objetivo fundamental elegir candidato para la gubernatura del estado, pero en aquellos tiempos nadie quería competir por la oposición, porque lo único que estaba garantizado era el rotundo fracaso frente a un sistema de partido único que estaba en plenitud de su mal habida fuerza.

A sugerencia de paisanos que me conocían, el propio don Manuel Gómez Morín me invitó a participar como precandidato. Habiéndome negado inicialmente, mientras la asamblea continuaba, reflexioné sobre mis continuas críticas al sistema político existente. Inconforme con la falta de democracia y de libertades cívicas, ¿qué derecho tendría en adelante de manifestar mis desacuerdos si teniendo oportunidad de participar me ne-

gaba a hacerlo? Por ello acepté registrarme. Y ocurrió lo no imaginado: resulté electo candidato a gobernador.

Las horas de regreso a Ciudad Juárez fueron de gran mortificación, por una sola razón: ¿cómo le explicaría a Blanca que había roto mi promesa de no involucrarme en actividades políticas? Así, cuando ella me abrió la puerta en aquella madrugada, vio en mi rostro la notoria huella de esa pesadumbre.

—¿Qué pasó?, ¿hubo algún accidente? —fue su preocupado comentario.

—No —le dije—. Pasa que soy candidato a gobernador de Chihuahua.

Se soltó a llorar. Desde luego, hablamos y por la mañana fuimos a la iglesia. Saliendo de ella, con aplomo y gran seguridad, me dijo:

—Has tomado una decisión importante y yo estoy contigo, pase lo que pase.

No pude haber encontrado mejor apoyo ni mejor aliada en la lucha que para ambos iniciaba.

Apenas tres años atrás, en octubre de 1953, se había reconocido, mediante reformas constitucionales, los derechos ciudadanos de las mujeres mexicanas para votar y ser votadas en puestos de elección popular. Parece increíble recordar ahora que fue hasta pasada la primera mitad del siglo xx que sus derechos cívicos fueran admitidos.

La aceptación legal del voto femenino fue, desde luego, significativo avance, pero el respeto a ese voto y al de los ciudadanos todos distaba de ser realidad plena.

De hecho, la reiterada burla a la voluntad popular expresada en las votaciones fue uno de los principales motivos para que decidiera participar en política, dejando atrás el ámbito empresarial.

Más allá de la circunstancia personal, quiero referirme en adelante a la actitud, capacidad y fortaleza de las mujeres para defender sus

derechos cívicos, y de los mexicanos todos, tal y como pude constatar en diversos episodios.

Tanto en la campaña para el gobierno de Chihuahua, en 1956, como para la presidencia de la república, en 1958, un dato destacado, alentador y pleno de esperanza fue siempre la amplia participación de mujeres.

Además de formar parte del grupo que presidía los mítines, de recibir flores que amablemente le obsequiaban y de convivir con los asistentes, mi esposa Blanca acostumbraba, después de los actos políticos, reunirse con grupos de mujeres para conocerlas, fortalecer su entusiasmo y ofrecerles algunas sugerencias en el seguimiento de las campañas.

Poco a poco, había cobrado confianza para realizar tareas políticas y, aunque su experiencia en este campo era poca, aportaba su personal grano de arena, que evidentemente para mí siempre fue un respaldo significativo.

Pasado algún tiempo, cuando me desempeñaba como presidente municipal de Chihuahua, tuve oportunidad de apreciar la extraordinaria capacidad femenina en la defensa de libertades cívicas.

Diversos datos hacían prever que para la elección de gobernador, en 1986, se gestaba un gigantesco fraude electoral. Por esa razón, pedí licencia al cargo que ostentaba e inicié un ayuno público como protesta por la andanada antidemocrática y la burla a la voluntad popular, que lamentablemente se consumó el día de las elecciones.

Mientras ayunaba en el parque Lerdo, una amplia movilización ciudadana que incluía a personas del más variado espectro económico y social, con destacada participación de mujeres, salió a las calles a protestar y a manifestar de ingeniosas maneras su desacuerdo.

En esas memorables jornadas cívicas se difuminaron credos políticos y religiosos, y concurrieron fuerzas sociales de todo tipo. Se realizaron plantones, se cerraron comercios y clausuraron puentes internacionales; además, con leyendas alusivas a la denuncia se marcaron billetes.

Los nombres y apellidos de numerosas mujeres que desplegaron gran activismo en ese tiempo se registran en diversos documentos testimoniales. Pero, hoy quiero poner el énfasis en sus actitudes y en sus hechos.

Era una mujer, quien llegaba muy temprano al kiosco del parque Lerdo para que yo me aseara; mientras que otra llevaba una rosa y una sonrisa para endulzar la batalla cívica, pero esa faceta amable no era la única que adquiriría el rostro femenino. La vida cotidiana cambió radicalmente en los hogares chihuahuenses durante los cálidos días de aquel verano. Convencidas de que sus hijos merecían conocer un país justo y disfrutar las bondades de la democracia, no pocas mujeres dejaron las mañanas tranquilas y sosegadas, agilizaron sus labores en el hogar y, con la comprensión y apoyo de sus esposos, salieron a enfrentar el miedo y la violencia.

Frente al Palacio de Gobierno un grupo de ellas que manifestaba su rechazo al fraude electoral recibió la agresión de otro grupo de mujeres a sueldo. Los golpes no las hicieron declinar. Era más grande su convicción de defender una causa justa. Sin duda alguna, su valeroso ejemplo no será olvidado nunca por sus hijos ni por los hijos de sus hijos.

Ante la reiterada negativa de la Comisión Estatal Electoral de hacer entrega del padrón, pieza clave en la estrategia para perpetrar el fraude, un grupo de mujeres decidió hacer un plantón frente a sus instalaciones. Con entereza y decisión, en actitud de franco desafío, algunas fueron más allá y se introdujeron al edificio para constatar que ahí tenían, en cajas de cartón, numerosos ejemplares del documento tan categóricamente negado a la ciudadanía por los funcionarios. Permanecieron adentro, en desventaja, frente a vigilantes que las insultaban y amenazaban. Se quedaron en el interior del recinto durante cuatro días y tres noches, hasta que finalmente las autoridades entregaron el padrón solicitado.

Las participantes en aquella proeza reconocieron que por momentos habían tenido incertidumbre y temor, pero ninguna emoción o mal

pensamiento podía superar su satisfacción por el deber cumplido. Las mujeres, al igual que cuantiosos ciudadanos, descubrieron que la barrera de la imposición que se consideraba inamovible había empezado a resquebrajarse.

En otro tiempo y circunstancia, en las comunidades indígenas de México, particularmente en Chiapas, que tuve oportunidad de recorrer de manera especial a raíz de la irrupción pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en 1994, tuve oportunidad de conocer y apreciar la resistencia, la lucha y la esperanza de las mujeres indígenas.

Si bien son dolorosos los casos de injusticias en contra de los pueblos originarios del país, es mayormente inaceptable el abuso que se expresa en contra de sus mujeres, porque se ejerce en ellas una triple discriminación: por ser indígenas, por ser mujeres y por ser pobres.

Esas circunstancias de desventaja propician que sean las indígenas quienes presentan los mayores índices de analfabetismo, limitado acceso a la propiedad y a los recursos productivos, a servicios de salud, empleo y a oportunidades de capacitación. Sobreponiéndose a esas desfavorables condiciones, es creciente la participación de las mujeres en la demanda de sus derechos individuales y colectivos.

Las mujeres indígenas no sólo dan la vida a sus hijos, sino que también son cuidadoras de sus familias y transmisoras de su valioso patrimonio cultural; por lo tanto, se constituyen en pilares de la identidad y el vínculo comunitario.

Por ello, es indispensable fortalecer las identidades femenina y masculina indígenas, hacia la reformulación de una convivencia comunitaria más fuerte, incluyente y equitativa; promover consultas con los

diversos actores de los pueblos y comunidades indígenas sobre los usos y costumbres que generan desigualdad y discriminación hacia las mujeres, así como reconocer y respetar su pleno derecho a una vida mejor.

Un signo alentador de lo que las mujeres indígenas pueden lograr fue la actitud combativa de las comandantas zapatistas Ramona y Esther. La primera fue una de las más activas dirigentes del EZLN hasta su lamentable fallecimiento en 2006, a causa de una larga enfermedad contra la cual tuvo que luchar al igual que contra la discriminación y el olvido. Antes de su muerte, la voz de Ramona pronunció rotundas palabras sobre el derecho que asiste a las mujeres más pobres y marginadas de México, las indígenas, a hacer presente sus ideas y sus legítimas demandas en el foro plural que hoy es nuestro país. No fue vano su esfuerzo. Su ejemplo y palabra seguirán moviendo conciencias. Esther, por su parte, fue la mujer indígena que el 28 de marzo de 2001 subió a la tribuna de la Cámara de Diputados para defender la iniciativa de ley que habíamos elaborado en la Comisión de Concordia y Pacificación, para que los derechos y la cultura de los pueblos originarios se reconocieran constitucionalmente.

Con base en la seguridad de la fortaleza de las mujeres en la lucha cívica, sustentada en los testimonios que he referido, tengo la absoluta convicción de que no está lejano el día en que México sea gobernado por una mujer.



"Unir a las personas", papel del arte frente a un mundo convulso

DISTRIBUCION GRATUITA

Para ti no hablo yo
Para ti no hablo mi hijo
Para ti no hablo mi hijo
Para ti no hablo mi hijo
mi hijo, mi hijo, mi hijo, mi hijo
mi hijo, mi hijo, mi hijo, mi hijo
mi hijo, mi hijo, mi hijo, mi hijo

WENHUS
TOP AL WORLD

RICARDO TRABULSI. Es uno de los fotógrafos más afamados de México. Nació en la Ciudad de México, en mayo de 1968, año de revoluciones y controversias, época en que la juventud reclamaba que estaba prohibido prohibir, al tiempo que gritaba: ¡La imaginación al poder! y ¡El aburrimiento es contrarrevolucionario!

Es comunicólogo de profesión e inició su carrera como fotógrafo, a base de dedicación, trabajo y esfuerzo, hace más de veinte años. Desde muy niño, la fotografía le llamó la atención y le pidió a su padre que le comprara una cámara. A los diecinueve años entró a trabajar con Alberto Negrón, prestigiado fotógrafo de moda y celebridades. Desde entonces ejerce la fotografía como una profesión.

En el 2000, fundó y dirigió la Academia de Artes Visuales, institución dedicada a la enseñanza, práctica y reflexión de la fotografía como arte, profesión y medio de expresión personal.

Ha hecho fotografía editorial para las revistas más prestigiadas del país, como *Vogue*, *GQ*, *Elle*, *Marie Claire*, *Caras* y *Quién*, entre otras. Asimismo, ha efectuado estudios fotográficos para proyectos de las disqueras Sony, BMG, Warner Music, EMI Music y Universal Music México.

De las cosas que más disfruta en la vida destacan la buena comida, sus hijos y platicar con las mujeres.

La tiranía de los tacones

Ricardo Trabulsi

¿Cómo se decide quién es hermosa y quién no?, ¿cómo se llega al consenso de cuál es la piel, el cabello o el cuerpo ideal y deseable?, ¿por qué en un momento concreto las mujeres se visten de la misma forma con ligeras variantes?, ¿por qué la mayoría de ellas deciden someterse a la dolorosa, deformante y antinatural tiranía de los tacones?

A los diecinueve años asistí por primera vez a una sesión fotográfica profesional de moda. El prestigiado Alberto Negrón, bien conocido en la escena fotográfica de los años ochenta, era especialista en retrato de celebridades del espectáculo y en la elaboración de reportajes y catálogos para marcas y tiendas departamentales. Quedé muy impresionado de las indicaciones que hacía Alberto a las modelos:

- Hay arrugas en el cuello.
- Separa el brazo del torso.
- Cambia el ángulo de las piernas.
- Sube la falda.
- Saca el pecho.
- La mirada más seductora.
- Inclina la cabeza.
- Etcétera.

Al reflexionar y repetir estas extrañas instrucciones, comprendí con el tiempo que la fotografía comercial y los medios de comunicación en general construyen de manera precisa y artificial un modelo que se debe seguir e imitar. Se trata de la construcción de un estereotipo muy bien definido que luego es reproducido de manera espontánea por mujeres y hombres en nuestra sociedad.

Por un mecanismo complejo, consciente e inconsciente, las mujeres (los hombres también) asumen estos “sutiles dictados” de la moda y empiezan a imitarlos desde muy temprana edad.

El objetivo de la moda es el consumo constante de lo que produce toda la industria de la belleza (cosméticos, productos para el cabello y el cuerpo, alimentación, ejercicio, etc.) y la industria de la ropa y el calzado.

El cambio del estereotipo es necesario para estimular que las mujeres renueven su guardarropa y experimenten con productos nuevos todo el tiempo. Todo este comportamiento social es posible debido a una sutil programación de nuestra percepción del mundo y los valores que lo rigen.

Desde muy pequeñas las niñas aprenden de manera inconsciente qué significa “ser bonita”. Las historias de Disney son explícitas hasta el ridículo. Revise usted las cualidades físicas y sociales de “las princesas”, no importa si son de origen asiático, latino, anglosajón o cualquier otro, todas son patológicamente flacas, de nariz respingada, ojos grandes, piel sospechosamente parecida, todas tienen los pies pequeños y delgados, desproporcionados a su estatura y usan zapatos o zapatillas que son anatómicamente opuestos a un pie normal.

A pesar de que algunas exhiben ciertas cualidades morales y físicas excepcionales, éstas sólo son útiles para superar el conflicto de la historia y terminar por fin como parejas de esos príncipes “metrosexuales”. Mientras tanto, “los y las feas”, aquellos que no encajan con el estereotipo

estelar, por lo general son reducidos a personajes graciosos y buenos, o malvados y feos.

El siguiente paso de las niñas en este aprendizaje inconsciente pasa de las caricaturas a la “realidad” representada en telenovelas, series, películas, programas de entretenimiento y revistas. Lo asombroso es que el estereotipo permanece casi intacto: mujeres altas, delgadas y voluptuosas aparecen por todas partes. Buenas y malas sólo se diferencian por la ropa, el corte de pelo y algunos rasgos faciales.

El comportamiento de los personajes siempre acaba cumpliendo con las exigencias socialmente aceptadas; en caso contrario, deben sufrir el castigo por su desobediencia, rebeldía e independencia con la desgracia, el rechazo social o la muerte.

Poco a poco la niña que primero recibía gustosa su traje de princesa va adaptando sus gustos y costumbres a la moda del momento: adolescentes y adultas aceptan una serie de reglas no escritas, pero bien conocidas, en las que ellas no participaron ni opinaron.

De pronto tienen que ser delgadas y hermosas, altas, con piel impecable y el cabello voluminoso y brillante, deben sonreír con gracia luciendo una dentadura blanca y uniforme, con labios gruesos y bien delineados, de comportamiento amable, sumiso y plenamente realizadas en la compañía de su “príncipe azul”. Nadie se los dice, pero por todas partes los estereotipos aparecen premiando a unas y castigando a otras.

Las necesidades psicológicas y emocionales más elementales para cualquier ser humano se ven pervertidas y explotadas por el sistema de consumo. La necesidad natural de aceptación, la pertenencia a un grupo, la estabilidad y la seguridad en el futuro, entre otras, se convierten en motivaciones tergiversadas. El mensaje es: “Si quieres ser aceptada deseada y querida, te tienes que ver así, debes usar esta ropa, comportarte y vivir de esta manera”.

Esta historia no termina aquí. Queda aún una fase más dolorosa. Esta presión social no deja de imponerse a muchas mujeres. Cuando la belleza, entendida en los términos que hemos descrito, empieza a disolverse con el paso de los años, este sistema tiene reservada la alternativa de la intervención quirúrgica en varios niveles, desde las más superficiales como los *pillings* (adelgazamiento de la piel mediante productos químicos astringentes), el *botox* (inyección de siliconas en los surcos de las arrugas y parálisis temporal de los músculos faciales) hasta la conocida y aceptada operación de nariz, el estiramiento facial mediante cortes sobre la piel en la periferia del rostro, e implantes en todo el cuerpo.

En los 25 años de experiencia en el trabajo relacionado con la belleza, la moda y las mujeres del mundo del espectáculo, he sido testigo del nacimiento y decadencia a la que ellas son expuestas. Me parece una injusticia terrible que esta tiranía de la imagen, impuesta por un sistema que sólo está interesado en ganar dinero, cause tanta insatisfacción y dolor en la mayoría de las mujeres de nuestra sociedad.

Considero que ésta es una responsabilidad compartida. Las mujeres podrían cuestionar profundamente estos estereotipos y protestar en los medios de comunicación por el uso indiscriminado de estos modelos antinaturales e inhumanos. También es responsabilidad de nosotros los hombres para exigir lo mismo que damos y aceptar que estos estereotipos también nos afectan.

Quedan muchas cosas por hacer en este sentido; sin embargo, considero que lo principal es empezar por la concientización, en la que deben estar incluidos los hombres. Hay todo un trabajo pendiente con nosotros los varones, que también hemos sido víctimas de este sistema pero desde el lado de quienes exigen y discriminan en función de los estereotipos de la belleza impuesta. También para nosotros son símbolos de estatus la belleza, la elegancia y la distinción aprendidas desde esta tergiversada realidad.

Es necesario organizarnos, primero, para establecer qué clase de representación mediática queremos hacer de las mujeres y los hombres en nuestra sociedad, para que las generaciones futuras crezcan libres de esa tiranía. Luego, exigir que en la educación se incluya el estudio de este fenómeno y que el aprendizaje se refuerce mediante otros métodos: la autoestima y la convicción de que no es la apariencia lo que nos hace mejores.

Considero que sí es posible terminar con esta tiranía que impone angustia y desconfianza, que obliga desde muy temprana edad a mujeres y hombres a adaptarse a modelos que no les corresponden y que no ayudan a que algún día alcancemos la felicidad o al menos la sensación de sentirnos a gusto con el cuerpo que habitamos.



RICARDO BUCIO MÚJICA. Es una persona “abrazada en afectos por la vida, creyente de pocas causas, con convicción por los derechos humanos, buscador de democracias, escritor en potencia, llamado a la paternidad, amante del misterio y el silencio, y necesario de palabras y miradas”. Ha sido promotor del respeto y la tolerancia, carácter que moldeó en el seno de una gran familia donde se diverge en ideologías políticas y caracteres.

Estudió Ciencias Políticas y Administración Pública en la Universidad Iberoamericana (UIA) y el Diplomado en Nueva Gerencia Pública, Gestión Pública y Desarrollo Social. Ha sido docente en programas académicos en temas de sociedad civil y derechos humanos, y es miembro del Consejo Técnico de la Maestría en Derechos Humanos de la UIA.

Desde hace veintiocho años participa, de diversas formas, en y con organizaciones de la sociedad civil, impulsando acciones públicas a favor de la diversidad, la paz y los derechos de grupos de población en situación de pobreza, exclusión y discriminación; preocupaciones que llevó al seno de la Oficina de la Alta Comisionada de Derechos Humanos de las Naciones Unidas como especialista invitado.

Fue coordinador nacional de Cáritas Mexicana, director general adjunto del Instituto Nacional de Desarrollo Social, secretario técnico de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, secretario del Comité Coordinador del Diagnóstico y del Programa de Derechos Humanos del Distrito Federal y actualmente es presidente del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación y de la Red Iberoamericana de Organismos y Organizaciones contra la Discriminación.

Ha sido columnista del *Imer* y articulista de los diarios *Reforma* y *El Universal*, del suplemento “Todas” de *Milenio Diario* y de *CNN.com*.

Reeducar al macho de clóset

Ricardo Bucio Mújica

“Claro que te extrañaré, papá, pero es una buena manera de que vayas aprendiendo y te vayas preparando”... Mi hija Ana Pau, a sus trece, va de campamento dos semanas y me alegra el corazón verla abrir las alas, pero me preocupa saberla caminando tan pequeña en un mundo plagado de visiones complejas, peligrosas y confusas sobre las mujeres. Cuando mi hijo José Alberto hizo ese campamento –a la misma edad de ella– mi sensación fue diferente, y supongo que siempre seguirá siéndolo.

Mi adolescencia fue parecida. Campamento tras campamento, dejando atrás los brazos de unos padres, o quizá mejor dicho, los brazos de mi madre y la mano de mi padre, para ir a tratar de descubrir la vida, conocer el todo, aprender los cómo. Sin conciencia de peligro. Con anhelo de libertad, de identidad. Y no, mis hermanas no podían hacer ese proceso igual que yo. No sé si a ellas no las dejaban o si ellas mismas ni se lo planteaban.

La herencia militar de mi abuelo forjó a mi papá en el esfuerzo, la seriedad y la visión de ciertos temas y roles sociales absolutamente definidos. El profundo amor que mi mamá alcanzó a recibir de sus padres antes de quedar huérfana en su adolescencia le permitió mirar los cambios de épocas y de visiones del mundo conforme han ido pasando, aun ahora. De él y de su trabajo recibí la vida, el sentido de la responsabilidad y del respeto. De ella aprendí a abrir los ojos para agradecer, abrazar los

días e intentar vivirlos y el interés por ser parte de lo público y no sólo espectador. De ambos, y de mis ocho hermanas y hermanos, el amor y el apoyo a cada paso y cada decisión que he tomado, muchas de las cuales sé que no han compartido.

Mirar rostros, tocar manos, saber historias, escuchar voces, caminar lugares, descubrir búsquedas y compartir gozos, esperanzas, tristezas y angustias de muchas personas ha sido un método que he aprendido empíricamente. Pero ha sido un regalo que casi cada día he ido recibiendo a cucharadas. Ver la vida, sus matices. Sus rincones, sus dolores, sus colores. Sus miradas. Siempre he pensado que esto es de lo mejor de mis años de pasajero por el mundo.

Durante mucho tiempo me dediqué con intensidad a conocer y encontrarme con rostros e historias en centros comunitarios, comunidades indígenas, casas cuna, centros de reclusión, casas hogar de personas mayores, espacios sindicalistas, en instituciones públicas, en marchas, en mesas de diálogo, en zonas de desastres naturales, en casos de violaciones a derechos humanos o en espacios de culto, pero hasta hace pocos años comencé a mirar diferente a los hombres y a las mujeres.

Antes, sobre todo desde mi feliz paso por la Ibero, leí sobre el Estado, el desarrollo social, y sobre la inacabada construcción del orden deseado –como diría Norbert Lechner–. Intenté comprender a la sociedad desde la sociología, las doctrinas, traté de ahondar en el significado de la dignidad humana, quise creer en el sentido de la democracia, en que la política serviría para disminuir la desigualdad, alimentar el futuro y evitar los dolores evitables.

Mirar a ellas con otros ojos se fue dando poco a poco. Conocí a Gaby Brimmer, Patricia Henry Ford, Consuelo Morales o Paquita Jiménez. Con ellas y con otras personas, comencé a escuchar de manera implícita y explícita sobre los derechos de las mujeres. Gracias a mi amigo Alberto Athié conocí El Arca, comunidades de vida con personas con discapacidad

intelectual que vivieron abandono. Ahí, durante varios años de pertenencia y de conocer las Arcas de Honduras, Francia, Haití o Canadá, descubrí el valor del trabajo doméstico, de la construcción cotidiana de la vida y de cómo esto tiene que ver con la igualdad. A través del milagro inmerecido de ser padre por primera vez y tener a María en mis brazos, comencé a mirar a las mujeres con otros ojos, a redescubrir la grandeza de la vida desde sus pequeños ojos nuevos.

Pero en todo ello, pese al encuentro con ideas, experiencias, proyectos, organizaciones, hombres y mujeres muy valiosas, y la confrontación con historias de dolor humano y social, no me topé de fondo con la *perspectiva de género*... y ni siquiera sabía que tenía esa enorme carencia. Quizá me acerqué apenas con la intención y concepción de la equidad, que me parecía que era lo mismo. Pero no lo era.

Luego, la vida me presentó a Cecilia Loría, mujer que hasta entonces me significaba un nombre de destacada líder en las ONG, de feminista, de activista ciudadana. No sabía entonces que cada día me significaría más, incluso después de su tránsito hacia otros mundos donde prometió esperarnos. Conocí su pluralidad real, su convicción democrática, su olfato político, su sentido de la amistad, su capacidad de suma, su claridad e inteligencia emocional, su visión de Estado. Pero, sobre todo, a golpe de razonamientos y de constantes regaños –hay que decirlo–, intentó por días y años hacerme comprensibles –a mí y a muchas personas– las enormes diferencias en el significado y el impacto personal y social, económico y político que hay en la forma de ver, tratar, conceptualizar, valorar y definir a las mujeres.

Como dicen Margarita Zavala, Malú Micher y muchas personas más, también para mí Ceci fue una maestra en feminismo. Ella comenzó a reeducarme y lo siguieron haciendo (a veces sin siquiera saberlo), a través de su amistad, sus textos o su experiencia vital, la inolvidable Esther Chávez Cano, Marcela Largarde, Emilio Álvarez Icaza, Lydia Cacho, Daniel

Ponce, Marcelina Bautista, Marta Lamas o Arturo Díaz Betancourt, entre muchas otras personas.

En ese proceso, que ha durado varios años, comencé a mirar las diferencias que en mi hogar de origen hubo siempre entre hermanas y hermanos. Me di cuenta del enorme contenido sexista en la publicidad y en los medios de comunicación. Descubrí que el no haber visto jamás a mi papá lavar platos o levantar la cocina nunca me llamó la atención. Miré que son desiguales la estructura y la actuación de las Iglesias. Entendí el sentido democrático de las cuotas de género. Comencé a mirar la normalidad de las distinciones sistemáticas, irracionales, injustas y desventajosas que viven niñas y mujeres en la vida pública y privada, en lo social, lo económico, lo político. Ya había visto esas distinciones de tantas formas en la vida de muchas mujeres, en esa niña abusada por su padre, en aquellas adolescentes violentadas, en las esposas subyugadas, en las madres abandonadas, en las mujeres indígenas víctimas de exclusión, en políticas y empresarias menospreciadas, en tantas abuelas olvidadas. Había visto esto en muchos lugares, pero en realidad no lo había visto con mirada de género.

Sólo entonces confronté mis prejuicios y me acerqué con interés al porqué y el para qué del feminismo. Y me di cuenta que en mi yo interno, y a veces externo, era un pequeño orgullo (no muy pequeño) ser hombre, o mejor dicho, ser un macho, y sentir mayor poder, privilegios, posibilidad de decidir. Descubrí con asombro mi propio machismo, mi violencia de género, ignorada por no ser física, por ser sutil, por ser socialmente compartida, por ser paternalista. Al verse descubierto, este machismo se replegó, con actitud defensiva y sin ánimo de perder lo que creía haber ganado desde que nació varón.

Hasta hoy no deja de sorprenderme la cantidad de cosas que antes no miraba, como una persona sin discapacidad que nunca se da cuenta de la inaccesibilidad hasta que usa silla de ruedas, como quien no entiende la

utilidad social de la legalidad hasta que vive en una sociedad con un Estado de derecho o como una persona de clase media o alta que no percibe el clasismo y el racismo, aunque forme parte de él y lo reproduzca a diario.

No deja de sorprenderme la fuerza con que se arraigan mitos que desde hace siglos y a través de las culturas sostienen al machismo y a la misoginia: la mujer es irracional, es peligrosa, es un hombre incompleto. Justo así es el machismo: irracional, peligroso, hace hombres incompletos.

Mitos expresados, conceptuados, justificados y vividos de miles de formas diferentes.

Y vaya que es duro el proceso reeducativo. Es difícil aprender a mirar con perspectiva de género la vida, mi identidad, mi manera de vivir lo femenino y lo masculino, las relaciones de pareja, la vida de familia, mi matrimonio, mi vida sexual, mi paternidad de tres mujeres y de un hombre o la vida de mis muchas amigas. Reaprender a mirar a mi madre y descubrir su enorme valor e integralidad. Reaprender a relacionarme con las mujeres, con lo femenino. Este proceso complejo implica la organización social, la cultura política, las relaciones interpersonales, el sentido de autoridad y la concepción de derechos humanos y de sociedad democrática.

Ha sido complejo confrontar mi propio machismo de clóset que, pese a mi convicción racional en contra de él, pese al empuje diario de Adriana mi esposa –quien ha sufrido mi proceso y con quien he compartido y confrontado todo este camino que ella misma ha tenido que hacer– y pese al impulso frecuente de otras queridas mujeres que me confrontan y ayudan, sigue habitando en mi interior y se niega a desaparecer completamente.

No me gusta reconocerlo, mucho menos dejarlo por escrito, me duele... pero sí, aún soy macho de clóset. Pero también soy feminista confeso. Vivo en la contradicción permanente entre lo que creo que debe ser la vida y lo que aprendí que era, a través de una sociedad que sigue creyendo que así es. Ahora me indignan el sexismo mediático, las jua-

nitas, la falta de acciones afirmativas, las medidas compensatorias que no compensan y muchos menos igualan, y los discursos complacientes de funcionarias y funcionarios públicos por los avances obtenidos, sin preocuparse de lo mucho que falta por avanzar. No puedo creer a nadie que diga que no tiene prejuicios de género, que ese tema está superado. No me cabe tanta aceptación de la situación injusta de las trabajadoras del hogar, ni la indiferencia frente a la desigualdad y a la violencia de género por parte de ellos, pero incluso por parte de muchas de ellas.

Algo he avanzado. Ahora sé que al mirarme en los ojos de una mujer me miro más profundamente, nos miro, intento saberla y, entonces, me sé. Ahora intento mirarlas abriendo los oídos y luchando contra el privilegio de vivir en una sociedad machista. Ahora comparto la vida y el trabajo con las mujeres mucho mejor que antes, comparto proyectos. Tengo más amigas, más hermanas, más compañeras. Y me siento más libre, con menos miedo y con más igualdad también con los hombres. Ahora me permito llorar. Es un proceso de reaprendizaje de la vida que sigue, que quizá será permanente, y que no puedo caminar solo.

Es un camino largo, pero posible. Lucía, mi hija de siete años, nos confirma que se mira a sí misma con mucho mayor igualdad en dignidad y en derechos con sus amigos hombres de lo que lo hicieron mis hermanas o mis compañeras de infancia. Descubrimos en María a una joven cada día más mujer. Con gratitud vemos que José Alberto camina y crece con mejores elementos la vida de los que yo la aprendí. Y tiene razón Ana Pau en su afán de enseñarnos la libertad, y cada día lo intenta.

Y sí, debo aprovechar lo que vivo para seguir reaprendiendo, para trabajar por un mundo donde no se justifique la violencia de género, el machismo ni la misoginia. Ni siquiera en mi hogar, que a veces me cuesta más que el mundo completo. Ni siquiera en la profundidad y el misterio de mi mundo interno, de mi propio clóset.

Ellas... por ellos
se terminó de imprimir en julio
de 2012 en los talleres gráficos
de Corporación Mexicana de
Impresión S. A. de C. V., General
Victoriano Zepeda 22, col.
Observatorio, 11860, México, D. F.
Se tiraron 2 000 ejemplares.

Es en el mundo de lo privado, al que las mujeres han sido confinadas por tradición, donde ellas han sido reinas y esclavas, amas y víctimas; un lugar con rincones donde se esconden el miedo y la inseguridad, pero también donde se gestan los ingenios y las astucias para salir adelante.

Con la firme convicción de acercar al público lector nuevas miradas de un entorno incompreso, por desconocido y soslayado, el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación lanzó un guión a líderes y reconocidos maestros en sus disciplinas y ámbitos, para que escudriñaran evocaciones del pasado y experiencias del presente en busca de crinolinas y zapatillas; haciendo a un lado sus temores, remilgos y zozobras, para ir en busca de la presencia femenina en sus vidas.

En este libro se reúnen textos de hombres que se han atrevido a darnos atisbos de ese espacio. Políticos, artistas, académicos, diseñadores y periodistas, hombres de hilo y aguja, de ciencias, cámaras, letras y balones han abierto su intelecto y su corazón para ofrecernos sus opiniones y sentimientos acerca de lo que viven, descubren, repueban, comparten, aman y aprenden de las mujeres.